

**majo
moirón**

**la lengua
rota**

**“Me ve y me acaricia la cara.
Le digo: ‘Hola, mamá’, y sonrío
con los ojos cansados. No tiene
palabras”.**



**majo
moirón**

**la lengua
rota**

B

Para Angeles Salvador, y para mi mamá, Cristina.

*Nothing the daughter, the writer, had ever written or could ever
write could help my mother who had named me.*

JOY WILLIAMS, *Ill Nature*

*¿Cómo puede ser que todo eso que existió no exista más y que
ahora ella ignore todo lo que me pasa, que dé lo mismo blanco que
negro?*

HEBE UHART, "Querida mamá"

Una tarde, mamá volvió a casa sin saber hablar. Mi hermana dijo: perdió el lenguaje. Pero ¿dónde lo había perdido?, ¿se le escapó, lo olvidó en algún lado? El sistema de códigos que la conectaba con el mundo se cortó de golpe, un cable hachado por un relámpago. No sabía decir mi nombre, le faltaban las palabras o las confundía. Me llenó de miedo y de vergüenza, pero no podía ayudarla.

Sin palabras, los límites entre una persona y otra, la diferencia entre el cielo y la tierra, lo amargo y lo dulce, el placer y el miedo, lo triste y lo feo se volvieron difusos.

Mamá seguía siendo la misma, las mismas piernas, la misma cara. Busqué por su cuerpo alguna lastimadura, la marca y la razón de su cambio, pero no encontré nada. La materia del lenguaje no es sólida. ¿O sí?

Primera parte

La escuché ir y venir por los pasillos, inquieta, pasitos cortos de pantufla. Todavía no había amanecido así que volví a dormirme. Ahora que abro los ojos de nuevo, mamá ya no está. Con los párpados casi pegados, espío los movimientos de mi abuela, no estoy dispuesta a que el día empiece así, no de esta manera.

Apoya la bandejita de nácar sobre la mesa de luz y la mira. La arrastra, un poco más al centro, para que quede alineada al velador. “Dios está en los detalles”, dice siempre, y nadie cree tanto en Dios como ella. Miro sus manos, un sinfín de manchas claras del color de la arena. Mis hermanas dicen que esas manchas son la vejez, eso y los brazos flácidos que le tambalean. Qué horror, ¿los míos serán así algún día? Es como si la piel se le estuviera derritiendo. Tiene las uñas pintadas de coral, duras y gruesas, parecen dientes de megalodón. Está vestida con su bata verde de toalla, que deja en casa cuando vuelve a la suya.

Confunde mi bandeja de nácar con la de mi hermana Julia. Cada una tiene la suya, con sus iniciales labradas a mano en dorado: una con la J de Julia, otra con la A de Amalia, mi hermana más grande, y otra con la mía, la M de María. Las trajeron de Italia, cuando viajaron al Mundial. Miro la cama de Julia, ordenada, vacía; hace días que no duerme en casa. Por primera vez se subió a un avión sin nosotros, está en Chile, de gira con su equipo de hockey.

Mamá me contó que tuvo suerte: le tocó una familia divina y con buen gusto, le dieron un cuarto para ella sola, aunque tienen de mascota una rata enorme que escucha correr dentro de la jaula mientras todos duermen. Y eso que Julia ronca como una foca apenas se acuesta. Mamá dijo que la familia del intercambio igual la quiere mucho, que le dejan chocolates en la almohada.

—No va a querer volver —dijo el otro día.

La posibilidad me dejó espantada. Julia ama el deporte, en cuanto empieza a practicar algo, va con todo: tenis, hockey, fútbol, atletismo y hasta squash. Todos la admiran por desarrollar una habilidad saludable.

Mi destreza, en cambio, está abocada a la bicicleta. Aprendí a andar en el campo, con los hijos de Ramón, el casero, que según mamá son unos salvajes y hay que tener cuidado. Una vez, Julia salió en la moto con el más grande y se quemó la pierna con el caño de escape. El campo es mi

lugar en el mundo, el cielo ahí es infinito, no se corta con tejados, no hay casas vecinas y la nuestra tiene una torre desde donde puedo ver a los caballos, jugar a contar las liebres que se esconden por ahí. El día que papá lo compró, nos hizo taparnos los ojos a todas antes de abrir la tranquera. Fue uno de esos días que no se olvidan más.

La abuela pelea contra la persiana trabada hasta hartarse. Tengo miedo de que se anime a encender el velador. No hay nada más dramático que la luz artificial a la mañana, el día se pierde demasiado rápido. Solo mamá entiende esas reglas. El cuarto queda envuelto en una penumbra gris, pero igual la abuela insiste en que el día ya empezó, tirando sobre mi cama la camisa blanca del colegio y la pollera escocesa. Deja servido el uniforme sobre las sábanas, y me dice que va a hablar con Elvira para que arregle la persiana antes de que yo vuelva.

—¡No quiero ir al colegio!

—Ni se te ocurra —me ignora—. En la cocina están tus zapatos, Elvira los está terminando de lustrar. Vamos, que viene el pool, todavía tenés que comer algo.

Me acaricia de nuevo la frente, aunque no sé si me quiere acomodar el pelo. La miro con odio y se da cuenta.

Mamá no está porque hoy la operan de la espalda, la vi armar el bolso ayer, guardar el cepillo de dientes, dos conjuntos de ropa, un sobre con cosméticos y el pijama. Me dijo que en dos días volvía a casa. Pregunté en qué parte de la espalda y papá explicó que la cirugía es en un disco que tenemos en la parte baja, arriba de la cola. Cuando lo escuchó decir “cirugía”, mamá lo empujó con el hombro.

—¡José, por favor, las cosas por su nombre! Es una intervención.

Ahora, en el aire hay algo denso, una amargura que no es el aliento de la abuela. Ella se queja de que es tarde, que todavía no tengo puestas ni las medias. Cada vez que mamá le da una tarea, se pone nerviosa, se nota que nunca tuvo que trabajar. Agarra la camisa para desabotonar los puños y buscar mis brazos. Intento hacer de su maniobra un baile de robot, algo trabado, pero igual me viste mientras grita.

—¡Elvira, ayuda! —e impone el ritmo de una emergencia.

—¡Basta, abuela, no quiero!

Entra Elvira a la habitación y la abuela le pide que haga algo con mi pelo.

—¿Algo como qué? —pregunta.

Lo tengo ondulado por la trenza de Laura Ingalls que mamá me hizo anoche, un juego que tenemos de imitar a otra gente. Elvira me agarra de la mano y me lleva al baño, desarma los restos de trenza. Me pongo a llorar con ruido mientras la trenza desaparece, cada mechón dorado

se vuelve marrón bajo el agua. La abuela nos sigue con el uniforme en la mano, yo no paro de llorar. Elvira no es buena para las urgencias, se siente perseguida, tiene el ceño fruncido y resopla. Por un momento, el llanto se me mezcla con la risa, es ella la que se debería peinar.

Moja el cepillo con la canilla, me tira del pelo, me duele. Elijo una colita de plush verde del cajón de Julia, su favorita. Se la paso y la abuela ni sabe, debe pensar que es mía. Esa es la gracia de ser la más chica: todo, eventualmente, será mío algún día, todo lo heredo.

Cómo no inventé algo más definitivo, una gripe fatal, un dolor de cabeza que me hiciera desmayar, por qué no sabré provocar el vómito. Entro a clase con la idea de irme. Un dolor de panza no es suficiente para que la maestra llame a mi casa y pida que me vengán a buscar. Mis amigas me rodean con sus polleras a tablas, les pido que se alejen, que me siento mal. El aula es un lugar duro y frío, hay mucho metal. Me niego a escribir la fecha en el cuaderno, aceptar que el día sigue.

La maestra toma lista y envidia a todas las que hoy no vinieron. Por qué ellas y no yo. Paso las dos horas hasta el primer recreo en mi pupitre, sintiéndome morir, incómoda, tratando de hacer una almohada con el sweater, una almohada triste. No miro el pizarrón, tampoco encuentro la postura para quedarme dormida. Cierro los ojos y aparece mamá, la veo pasar en una camilla, entrando a una sala de operaciones y cuando las puertas se abren, una luz blanca me impide seguir viendo su cuerpo. ¿Será así la muerte, una luz?

Me acerco a la maestra y repito la actuación: que me duele la panza, que voy a vomitar. Actúo tan bien que ahora no sé si me estoy debilitando en serio. Todas salen corriendo porque suena el timbre del recreo, un enjambre de cotorras emergiendo de un árbol. Las sillas rechinan, varias se desploman contra el piso, obstáculos que atraviesan a los saltos, ovejas en el sueño, dispuestas a no perder un minuto de juego. Es el sonido de la libertad. Suelo ser parte, pero hoy se siente lejos.

Tengo un sentimiento malo en el cuerpo, una fiesta de fantasmas. Apenas el aula se vacía, la maestra deja de limpiar el pizarrón y se acerca a mi banco, charco de lágrimas, lleno de mocos. Le digo que tengo fiebre. Me tapo la cara y lloro más fuerte, ahora con ruido, y en el momento en el que la maestra empieza a desconfiar, cuando está a punto de enojarse y dejarme sola en el aula, le digo que tengo miedo porque la operan a mamá. Me sorprende cómo me gana la verdad porque soy bastante hábil en mentir. Decir la verdad siempre es un problema. Me abraza y me acaricia la espalda.

—No te preocupes, es una operación simple. Quizás, mejor deberías ir a casa a descansar. Vení, vamos a llamar para que te vengán a buscar.

—¿Cómo sabe que es simple? —Salta en mí otra alarma que no conocía.

Me dice que es simple porque nadie avisó nada. Pero no tiene sentido, quién podría avisar algo al colegio si no es mamá, la que viene a los conciertos, lee los cuadernos de comunicaciones y asiste a las reuniones de padres, y la que me pasa a buscar. Cruzamos el patio y atravesamos la parra con olor a fermento. Algunas de mis compañeras se acercan a preguntar si estoy bien. Mantengo la cabeza hacia abajo sin decir nada, no quiero que nadie me mire, mucho menos quiero ver.

La abuela llega a los quince minutos en un remís. Está vestida con una camisa celeste y un chaleco a cuadros que hace conjunto con el saco, los mocasines de cuero que le regaló mamá en su último cumpleaños, la cartera de siempre y su labial. La veo bajar del auto, su mirada me encuentra al instante. Primero me alegro, después le pregunto por mamá. Con una bolsa en la mano, me dice:

—Te traje ropa, cambiate antes de subir porque nos vamos al centro. Hay que pasar por el sanatorio. —Mientras caminamos, me pone la mano en la frente, pero se la saco enseguida, furiosa.

—Vos no sabés medir la fiebre.

Hay sol, pero igual hace frío. Tengo puesto un tapado azul, medias canacán de lana roja y un vestido con punto smock en el pecho que no usaba hace dos años. No sé cómo todavía me entra. La abuela me pide que me abotone el abrigo. Aprovecho para taparme el vestido de nena tonta que me eligió. Tengo la impresión de que algo está mal, pero no importa, mamá no se enojaría por cómo me veo, al contrario: diría que crezco muy rápido y que quiere que sea su chiquita para siempre.

Ella mira por la ventana y se acomoda en el asiento, busca en la cartera y saca su espejito de tortuga para retocarse el labial. Aprendí que las tortugas están en extinción y ahora ese accesorio me parece un cadáver. Hablando de cadáveres: estoy casi segura de que nunca conocí el color natural de los labios de la abuela. Aunque se despierte en el medio del campo, los tiene pintados de rojo porque, según ella, si no se los pinta, parece muerta. Me pregunto si eso también es la vejez, perder el pigmento.

No queda claro si habla sola o con el chofer.

—No entiendo cómo no se organizan. Un día, yo no voy a estar más, ¿y qué van a hacer? ¡Qué van a hacer! —no para, es una radio encendida—. Nadie pasó a buscar a Julia por el aeropuerto, llamaron del colegio. Qué desastre. Recién ahora está yendo Amalia.

Repente mucho “qué desastre”.

Amalia acaba de cumplir veintiún años, ya tiene auto propio, un Escort nuevo color plata que le regaló papá. Es como mamá y como los grandes, ya no va al colegio y tiene un puesto en las relaciones públicas de una empresa de cepillos de dientes, la más importante del país. Desde que trabaja ahí, cambió su look. Dejó los jeans por faldas de tubo y sacos con hombreras de la misma tela.

—Le tocaba a tu papá —sigue la abuela.

Quiere entender por qué nadie buscó a mi hermana en el aeropuerto, va contando las diferentes posibilidades con los dedos de la mano, tiene una forma elegante de contar. Mientras lo hace, descubro un tesoro en su cartera: mi moño azul, y me lo pongo encima de la gomita. Le pregunto si me lo puse bien, pero contesta cualquier cosa.

—Quiero saber si me necesitan y volvemos.

Mantiene la vista hacia la ventana, se saca y se pone el anillo, hace eso siempre que espera un turno, o cuando está nerviosa. Subimos a la autopista, un canal de cemento sin casas ni puestos de flores que me hace sentir claustrofobia.

—Después volvemos a tu casa y llamamos al médico a ver qué tenés.

Me acaricia la cara y vuelvo a mirar sus manos. Es chiquita, mantiene su peso en treinta y siete, según me dijo, sus anillos suman algunos gramos más. Mi favorito es uno que es un rosario, la condición para que me compren uno igual es que lo use para rezar, pero yo prefiero rezar a mi manera, sin contar la cantidad de veces que repito un padre nuestro, más bien pidiendo deseos a Dios y repartiendo algunos de yapa para José y María. Así se llaman mis papás: José y María Cristina. Yo tengo los mismos nombres, como si los estuviera juntando al existir.

Me mira y puedo notar que está preocupada. Me acomoda el moño para que me quede prolijo de los dos lados. No quiero pensar en cómo me veo, prefiero estar atenta. Pasamos la cancha de River y para que se distraiga le pido firmar el boleto del remís cuando lleguemos. Encontrar una firma me costó bastante, todavía tengo dudas. Cada vez que vamos en un remís con ella o con Elvira, la practico con los boletos que nos da el chofer, en los que se anota el costo del recorrido y al final del mes, mi papá hace la cuenta de todos los papelitos y los paga. Antes de que el remisero pueda estacionar, abre la puerta del auto y se baja. Desde adentro, le grito:

—¡Abuela, el boleto!

Vuelve a subir pidiendo disculpas. Le cuenta al remisero que está preocupada, y comienza a explicarle lo de Julia en Ezeiza, otra vez.

—Es una nena sola en un aeropuerto, y mi hija está internada —como si nunca fuera suficiente papelón.

El chofer saca una birome de la guantera y me la da. Firmo, y me doy cuenta de que la firma debería ser simple para momentos como estos. Se nota que la mía es robada, la saqué del cuaderno de una amiga y la adapté a mis iniciales. Sé que robar es un pecado; copiarse, imitar tampoco está bien visto, pero ¿no es esa la única forma de aprender?

Cruzamos la calle de la mano, esquivando el tráfico y el humo de los colectivos. Hay olor a podrido mezclado con garrapiñada. Doy pasitos rápidos y cortos, esquivando a los vendedores y sus carritos, tratando de seguirle el trote a la abuela para no perderme. La gente entra y sale del sanatorio con bebés o sobres llenos de estudios.

Atravesamos una puerta giratoria. Miro atenta entre ambos celestes y sillas de ruedas, imagino que me subo a una y me dejan recorrer el lugar a toda velocidad, una con motor, como en las películas. Pasa una camilla. La veo acercarse, hasta que nos roza y descubro que debajo de las sábanas no hay nadie. Nunca vi un muerto, tampoco me llevan a los cementerios, dicen que soy chica para eso.

Salvo una vez, que papá me llevó al de Olivos, uno bordeado por miles de talleres mecánicos y chapistas. Compramos flores, ramos de plumeros rojos y una strelitzia naranja gigante. Me contó que los plumeros atraían a los picaflores y el alma de un muerto puede convertirse en picaflor, adoptar esa forma linda y fugaz. Me dijo que estaba seguro de que su padre muerto era un picaflor. Se rio y no entendí, pero me reí por las dudas. Agarró un trapo y un balde, un poco de producto, y me llevó a conocer la tumba de mi abuelo. Apenas llegamos le tiró agua y limpió la lápida. Fue la primera y única vez que vi a mi papá con un trapo en la mano.

La abuela está perdida, a cada persona que ve le pregunta a qué piso tenemos que ir. Quiere que se lo repitan, que alguien la ayude, así que apenas veo el ascensor la tiro del brazo y le señalo el camino. Le pido permiso para apretar el seis, ya escuché ese número varias veces desde que llegamos: sexto, como el sentido de la intuición. Las puertas se cierran, y se abren en el sexto piso, y lo primero que veo es a papá.

Está sentado solo, con camisa y traje, igual que todos los días de la semana cuando sale a trabajar. Todas sus corbatas son distintas, aunque comparten un motivo: tienen diferentes tipos de estampados de caballos. Algo que lo caracteriza y que lo hace ser mi papá: ama a los caballos porque son majestuosos, rápidos, y porque le hacen ganar mucha plata. Nos mira y se levanta acelerado. Apenas lo veo, corro a abrazarlo. Agarro su corbata, él señala uno de los caballos con el dedo y me pregunta quién es.

—Materia —decimos los dos al mismo tiempo, nuestra yegua favorita; ahora está en el campo y sueño con volver a verla.

Me agarro de sus piernas mientras saluda a la abuela y nos cuenta que vio pasar corriendo por la sala de espera a los médicos que operaban a mamá, que por eso se olvidó de buscar a Julia en Ezeiza.

Le dice a la abuela que media hora antes de que llegáramos llevaron a mamá de urgencia a la unidad coronaria. Preguntó qué había pasado, y un médico o enfermero, no recuerda bien, le respondió que estaba dormida, que se quedara esperando afuera por si surgía la necesidad de firmar algo. Llamó a Amalia a la oficina, pero no la pudo encontrar. La abuela le dice que llamaron desde Ezeiza.

—Ese no es el punto, ya Amalia está yendo a buscar a Julia, no se tiene que preocupar por eso.

Papá me pide que vuelva a casa a descansar, me promete que mañana vamos a ir juntos a la oficina. Ese es uno de mis programas favoritos: puedo hacer fotocopias de lo que quiera y atender el teléfono como si fuera su secretaria.

—Por algo te fuiste del colegio, ¿no?

No me sale mentirle a él tan bien como a la abuela. Insiste en que lo mejor es que volvamos, que cualquier cosa nos avisa. Sé que no llevo la ropa apropiada para venir al centro, pero tengo un moño y no entiendo qué es lo que hice mal para que nos vayamos tan rápido y sin ver a mamá. No quiero, no debo irme de ningún lado sin saludarla. Tengo miedo de que cuando termine la operación se entere de que estuve ahí y no esperé a que saliera. Papá me agarra de la mano para llevarme al ascensor y me convierto en tronco para que tenga que arrastrarme. No funciona, le da plata a la abuela para que compremos en el kiosco y le dice, como si yo no estuviera: “Que elija lo que quiera”.

La abuela no maneja. A pesar de que mamá la tortura con que manejar es manejarse, ella responde que así es más libre, que el que menos tiene es más rico. Estamos a punto de irnos a esperar el auto para volver a casa cuando un médico con un pecho grande como un placard, parecido a un jugador de rugby, ojos celestes y pelo canoso, se acerca a mi papá. Me mira de reojo, se inclina hacia adelante para hablar con él. Es el hombre más alto que vi en mi vida. La abuela se une a ellos haciendo carpita, pero antes marca con un gesto que me quede en la silla.

Papá la une a la ronda presentándola como su suegra, ella no tarda en suspirar con la mano en la boca. Papá se agarra la cabeza, se acomoda el pelo. El médico habla bajito, pero la abuela se descontrola y levanta el tono de voz:

—Ay, Dios mío. ¿Sangre en el cerebro? ¡Hagan algo, José, por favor!

Papá me mira, se acuerda de que sigo acá, a veces soy un bolso que pueden dejar olvidado, un perro al que se le suelta la correa por cansancio. Papá quiere que la abuela se vaya, le pide que se tranquilice, que va a estar todo bien. La agarra del hombro y se la lleva a un costado, el médico sale sin saludarme.

—No se preocupe, está en manos de los mejores, Matilde. Este tipo trabaja en hospitales de todo el mundo. —La llama por su nombre, la trata de usted. No le dice “abuela”, tampoco “suegra”—. Vaya a casa, ahora la necesitamos ahí.

No me queda claro qué le pasa a mamá, pero no me gusta lo de la sangre. Imagino que se lastimó la cabeza, como el día que jugábamos en la plaza con Tami, Gimena y Ale al juego de la piedra. Una se lanza al aire y el jugador intenta golpearla con otra antes de que toque el suelo. Mamá me había advertido que era peligroso, y alguien tiró una piedra pesada y me cayó en la frente. Me tuvieron que llevar de urgencia al sanatorio y pegarme con la gotita; la sangre no paraba de salir.

Papá me agarra la mano, en recepción nos esperan dos enfermeras detrás del mostrador. Nos miran con medias sonrisas, parece que damos pena. Le entregan un papel y él lo firma. No tengo claro qué decirle así que le cuento que recién, en el remis, yo también firmé, y que me di cuenta de que tenía que cambiar mi firma.

—La firma es lo único que no se cambia —dice—. Nadie va a juzgarla por ser linda o fea. Es

desleal cambiar la firma.

Clava su lapicera en el papel y firma. Otra cosa que nunca cambia es esa pluma de tinta azul, color dorado y con sus iniciales. Casi todo lo que usa lleva su nombre: bordado en cada una de las camisas, una jota enorme soldada en la hebilla del cinturón. ¿Quién puede mirar debajo de su cintura para saber cómo se llama sin pasar vergüenza?

—¿Y esto que firmás lo tenés que pagar? —le pregunto. Ya no sé cómo hacer para mantenerme cerca.

Me besa la frente, pienso en la sangre de mamá, en su cabeza. Llama a la abuela para que vayamos bajando, que seguramente ya llegó el remís. Nos da un empujón en la espalda, como a los terneros en la manga.

Subo al auto y me pongo a llorar. La abuela me abraza, pero es un abrazo flojo que no me tranquiliza. No quiero irme, quiero ver a mamá. Le propongo pasar por la plaza para hacer tiempo hasta que se despierte, y volvamos a verla. Pero se niega, dice que yo no decido y hoy no podemos verla. Ahora se pone mal, me dice que me olvide, que hay que rezar porque la tienen que operar de vuelta. Le pregunto qué tiene y la abuela responde:

—¡Es que nadie lo sabe, querida!

Lo dice fuerte, se tapa la cara, está a punto de llorar, pero sacude la cabeza y parece vaciarla de sus tormentas. Señala un kiosco y le pide al remisero que frene.

—Mirá, bajemos.

No tengo hambre, pero igual compramos caramelos ácidos, un paragüitas, Tic Tac de naranja y unos chizitos. Todo me da asco, no tengo ánimo ni para pedir sobres de figuritas. La abuela agarra unos caramelos Media Hora. Volvemos a casa por la autopista, pasando las torres espejadas, el aeropuerto, la villa, todos los kilómetros que me separan de mamá. La abuela no me mira, está callada. Sus ojos húmedos apuntan hacia la ventana, el ruido del motor me empieza a dar sueño, hasta que dice que hoy voy a ver a Julia, que me ponga contenta.

—Hay que dejar que pase el día —agrega.

Finalmente llego a casa, me saco los zapatos en la entrada y me suelto el moño en la cocina.

—¡No dejes todo tirado! Estoy todo el día juntando tus cosas —se queja Elvira.

La casa, a esta hora, tiene un ritmo desconocido, ajeno. La aspiradora mezclada con la KitchenAid, el bip del microondas, algo fritándose. Elvira cocina para el día y para la noche, pareciera que le molesta mi presencia. Le dice a la abuela que seguro no tengo nada, que hace poco me encontró poniendo un termómetro en la lámpara para que se calentara, lo más parecido a la magia que sé hacer; pero ya es tarde, nadie me va a devolver a clase ahora.

Hace una semana, cuando Julia se fue, mamá preparó un calendario como los de adviento en una hoja de cartón. Cada día tenía un Sugus para comer y aliviar la espera hasta que volviera, los únicos que no comí son los días de menta.

Julia es mi persona favorita en el mundo y yo la suya, pero hace un año lo único que le importa es su novio porque él significa el futuro. Se queja de que nuestra casa es muy fría, de que siempre preparan la misma comida, se pelea con mamá para encender más fuerte la calefacción, se desespera si le ponen a lavar su ropa favorita sin avisarle antes, está segura de que nadie en la casa la entiende. Nada le viene bien, mamá dice que está en la edad del pavo y que no me preocupe cuando llora porque es parte de su crecimiento sentir todo demasiado.

En nuestro cuarto hay un libro que le compró y se llama así, *La edad del pavo*, de Elsa Bornemann. Cuando nadie me ve, leo algunas páginas y vuelvo a ponerlo en su escritorio, entre diccionarios y sapitos de pelo, el mismo lugar en el que se mantiene desde hace un año. El libro explica, al principio, que mi hermana está ingresando a un estado diferente, y tengo que reconocer que eso me preocupa, que le pase algo, no sé qué, y deje de quererme. Julia no lee, lo único que le interesa es su equipo de hockey, darse besos con lengua y comprarse ropa. Tiene el pelo largo, tetas grandes y piernas de lunga. Dice todo el tiempo que le gustan los Guns, pero escucha más a Aerosmith. El año pasado era tan chata que no usaba corpiño, y ahora tuvieron que comprarle unos ortopédicos de tanto que le crecieron de repente. No es algo impresionable, le quedan bien, pero mamá tiene miedo de que sufra dolor de espalda, como ella. Papá dice que más que corpiños parecen un escudo de guerra.

Salgo corriendo por el pasillo hacia los cuartos y espío a la abuela hablando por teléfono. El

que habla del otro lado es Ángel, su sobrino, que es médico. Voy hacia el otro teléfono, el del cuarto de mamá, y lo descuelgo. Apoyo el oído en el tubo:

—Y entonces le meten un tubito dentro de la tráquea. Pasa por la piel del cuello. Entra. Desde ahí, un líquido empieza a circular por el cuerpo de María Cristina. Circula por la sangre. Eso puede frenar las secuelas del coágulo, incluso revertirlo. Puede salir bien como no, pero no creo que salga mal. Lo están usando mucho, es muy joven todavía.

La abuela llora desconsolada. Se suena la nariz y queda un rato en silencio, hasta que lo rompe:

—Cristina no sabe vomitar, Ángel. Ese tubo le va a dar arcadas, la conozco, te lo firmo.

Pasa toda la tarde agarrada al teléfono, hablando de mamá. Después de llamar a su primo médico sigue por sus hermanas, sus compañeras de estiramiento, su vecina Ofelia, que es bruja. Si da ocupado, se hamaca en la silla hasta que la atiendan y antes de cortar les manda salud y paz, como en Navidad. No importa con quién, a la abuela hablar la tranquiliza, agota las palabras y arranca con muchos ajá. Se acomoda el chaleco y la camisa, se mantiene prolija. Juega con los aros de broche, se los pone, se los saca, clic, clac, los hace rodar entre dedo y dedo. Corta y vuelve a llamar a otro y a otro, hasta que suena el timbre, es el médico de la obra social.

A mamá le gusta que nos toque el mismo, Ricky Michelson, pide siempre por él. Sé que vive en unos dormís de Tortuguitas divinos y cuando mamá me busca por el campo de deportes, dice: “Mirá si nos encontramos con el doctor Ricky”.

Esta vez la que llamó fue Elvira, un pedido que le hizo la abuela antes de sentarse en el escritorio, para que me venga a revisar. Mamá y el doctor pueden quedarse conversando una hora después de atenderme, empiezan con vacunas y terminan con Punta del Este. Si por algún inconveniente viene otro, ella se amarga, apenas les ofrece agua. Con Ricky se hacen chistes, se preguntan por la vida del otro, los hijos, las vacaciones, mamá lo admira porque hizo una carrera larga y la sostuvo. Antes de irse, Ricky le recomienda que compre vitamina C y ella sigue sus órdenes: al día siguiente, pide tubos de Redoxon en la farmacia, que terminan vencidos en la alacena. Le ofrece un pedazo de torta, hace todo para que Ricky no se vaya. Una vez, él le hizo un comentario por el corte de pelo y ella se puso roja. Trató de disimularlo respondiendo con un chiste:

—¿A usted no se le escapa nada, doctor?

Cuando la vuelva a ver, lo primero que voy a contarle es que vino. Pero hoy nadie le ofrece nada. La abuela llega a la habitación cuando se está yendo. Ricky hace una prescripción médica para justificar mi falta, y le explica que estoy bien, que quizás solo tenga que descansar. Salen juntos del cuarto y ya detrás de la puerta, él pregunta por mamá.

—La están operando. ¿No sabía nada?

Por qué habría de saberlo. Le dice que está preocupada.

—Quizás usted me pueda explicar, doctor.

Se alejan y ya no escucho. Miro la ventana grande: alguien, no sé quién, arregló la persiana. Puedo ver las palmeras rodeadas de alegrías del hogar, que mamá planta una y otra vez cada verano porque no sobreviven, son flores débiles. Le encanta la jardinería, la ayuda a relajarse, a pensar.

Busco mi diario en la mesita de luz y escribo: “15 de julio de 1994”. Abajo, alineada al lado izquierdo de la hoja, presionando fuerte la lapicera: “Hoy la operaron a mamá” y todo lo que hice en el día, o lo que quiero recordar.

Se hace de noche y llegan mis hermanas. Escucho la puerta que se abre, sus pasos, tacos sobre la madera del hall principal. Entran conversando y van directo hacia la cocina. Puedo reconocer el murmullo de Julia y Amalia desde muy lejos, las huelo como si fuera un animal. Es la hora de la cena, tengo el pelo mojado de la ducha y ya estoy en pijama, la abuela siente esa prolijidad como un triunfo propio.

La emoción de tenerlas de nuevo en casa se convierte en envión y me hace llegar patinando a la cocina, corro a abrazarlas: primero a Julia, bien fuerte, es tan flaca que se siente como abrazar un conjunto de huesitos; después a Amalia, que es tan distinta, llena de curvas.

—Hola, enana —me dice Julia.

Están apagadas, parecen cansadas. Elvira pone la carne en el horno y vuelve a hacer otra mención de lo bien que me siento, como si todavía hubiera dudas de que me inventé una enfermedad para no quedarme en el colegio. Nadie la escucha, mis hermanas tienen olor a chicle, sabor tutifruti, trato de identificar si Bubbalo o Bazooka. Julia sonríe, dejando ver la evidencia: es un Bazooka. A mí todavía no me dejan comer chicle, varias veces me lo tragué y con solo uno que quede pegado en los pulmones, puedo terminar en una sala de operaciones.

—¿Me extrañaste? Decime que no dormiste en mi cama.

Le tapo la boca y me trepo a su espalda, quisiera no salir de ahí nunca, como esas hermanas siamesas que nacieron en Córdoba y están unidas por el tórax, el abdomen y el corazón; creo que también comparten el hígado. Amalia me mira, tiene los ojos llorosos.

—La monita de la casa.

Así me llama. En Vicente López, el barrio donde vivimos, hay un ombú a dos cuadras, al que la abuela me llevaba a trepar cuando era más chiquita. Veo que Amalia apoya la cabeza sobre la mesa tapándose la cara y suspira. La levanta de nuevo y vuelve a sonreír, pero es una sonrisa falsa, lo sé porque lo que más conozco es a mi familia. Lo único que conozco. Julia se saca el chicle de la boca y lo deja pegado en el plato para volver a usarlo. Se queja por la vergüenza que tuvo que pasar esperando sola en Ezeiza.

—¡El peligro es peor que la vergüenza! —contesta la abuela—, si todavía sos una nena.

Amalia se seca los ojos con cuidado para evitar que se le corra el rímel y parecerse a un panda.

Si no fuera por su cara triste, sería una noche como cualquier otra. Elvira le pregunta a Julia por su novio. Tatu le robó el corazón a mi hermana hace un año, es un amor que crece cada vez más. Son inseparables. No entiendo cómo no se aburren. Tatu juega bien a todos los deportes, están juntos desde hace un año, se conocieron en la matiné de Punta. Ella está convencida de que tiene un aire a Dylan McKay. Creo que se aman, aunque, cada vez que se pelean, a Julia le gusta uno nuevo, es descarada, no espera ni un día. Hay tantos chicos lindos en el mundo, aunque todavía les tengo asco, o bronca, ¿o es curiosidad? Elvira comenta que Tatu ya llamó tres veces para saber si había llegado bien.

—¿Por qué no te fue a buscar él? Hiciste preocupar a tu abuela —le dice.

—¡Qué decís, Elvira! No puede. El papá le va a regalar un auto cuando cumpla diecisiete. Falta poco, yo cuento los días.

Julia me suelta, se siente expuesta, quiere ir hacia su cuarto para llamarlo y pedirle que venga, últimamente no puede vivir sin él. Elvira tira palitos de papas en una olla con aceite caliente, y antes de que Julia se levante, agrega:

—¿No sabe lo que es un colectivo ese chico?

La abuela se ríe. La sigo a Julia detrás de Amalia, que la corre pidiéndole que por favor lo llame mañana. Está seria, le habla en secreto, como escondiéndose de mí, dice que ahora tenemos que comer juntas, pero Julia se niega:

—Tengo que contarle lo que le pasó a mamá, lo necesito más que nunca.

—Mirás demasiadas telenovelas —le dice Amalia.

—¿Qué le pasó a mamá? —les pregunto.

Amalia me mira con impresión. Me agarra de la mano para que vayamos juntas a su cuarto. Julia es rápida y aprovecha para encerrarse en el nuestro dando un portazo. Amalia me cuenta, habla pausado. Me dice cosas que ya sé: que tuvo que pasar a buscar a Julia en pleno horario laboral. De ahí, fueron directo al sanatorio; que papá la había llamado a la oficina porque algo había salido mal en la operación.

—¿Pero qué salió mal?

—Un coágulo —dice.

—¿Un coágulo? ¿Qué es un coágulo?

Dice que es una bolita gelatinosa muy muy chiquita que rodó y rodó por el cuerpo de mamá hasta alojarse en su cerebro. Quedó trabada en una vía angosta, como un elefante en una callecita de Europa. Pero no sé si el cerebro es como el mapa de una ciudad, quizás se parece más a un bosque.

Julia sale del cuarto de al lado, se acerca a nosotras y se aleja, viene y va, parece cargar un secreto, busca cambiar de tema criticando la forma en la que maneja Amalia, dejan en claro que se pelearon durante todo el viaje. Elvira nos llama, está la comida. Vamos a la mesa y Tatu toca el timbre.

—Es tarde, Julia, ¿qué hace acá? ¿No caés todavía? —Amalia se enoja.

—Es que estaba cerca, en lo de Tin. Mañana ya se va al centro y se hace más difícil verlo. Pará un cacho, Amalia, no sos mi mamá.

Julia le abre a Tatu y nadie lo quiere saludar, salvo la abuela, que le pregunta por su familia. Su mamá es bióloga y descubrió una molécula, salió en el diario. La abuela no puede resistirse a saber más.

—¡Tu madre es una eminencia!

Julia la mira mal. Se sirven un plato cada uno y se encierran en la habitación que compartimos. Sé que voy a terminar durmiendo con la abuela y eso me da bronca, quiero mi cama, varias almohadas para mi sola. Para Julia, una casa sin padres es una suerte, pero para mí es un horror. Amalia aprovecha el envión y se levanta de la mesa. Me da otro beso en la frente, agarra unos tupperts con comida que le preparó Elvira y se va.

—Voy a hacerle el aguante a papá mientras terminan con mamá, pero mañana hacemos un programa que te divierta. ¿Vos no estás enferma?

Salgo de la cocina corriendo y me doy cuenta de que no tengo a dónde ir. No tengo respuestas, tampoco entiendo bien mis preguntas. Golpeo la puerta de nuestro cuarto para que Julia me abra y aunque escucho que se niega, Tatu aparece del otro lado, acomodando su flequillo rubio con la mano, un gesto de varón que vi en una publicidad. Tiene el pelo seco de tanta manzanilla que Julia le regala desde que decidió que su novio es surfer.

—¿Qué querés, pendeja? —me dice.

Lo miro con dureza, traba la puerta como un poste, pone el brazo como si fuera cinta de clausura y se lo corro para entrar. Julia está tirada en la cama con su música. Como si nada en el mundo le importara, lee las letras de lo que suena en el librito de tapa de los Rolling, busca una pose que le quede linda. Tiro el librito al piso y le pregunto si vio a mamá. Todo junto: que por qué la dejaron quedarse en el sanatorio y a mí no, y por qué nadie me dice nada, nadie me habla, no me explican qué tiene, qué es un coágulo en la cabeza.

—¿Qué coágulo?

La palabra la hace incorporarse, se sienta. Lloro, me hundo en sus tetas enormes como si fueran almohadas, o nubes. Tatu se acerca y Julia lo frena de golpe, pide un espacio que imagino como nuestra carpa que nadie más ve. Me acaricia el pelo, me dice que me tengo que calmar, pero no puedo, quiero entender, quiero irme con mamá.

—Mamá no está bien —dice Julia.

Es sábado por la mañana y Amalia se despertó antes que el resto para secarse y plancharse el pelo. Durante la noche, soñé que me rompía el brazo y mamá me curaba con vendas de azúcar que guardaba dentro de su botiquín prohibido, donde tiene la Dr. Selby. Es la única de la casa con acceso al botiquín que todo lo cura y si me caigo o me lastimo, ella busca mi herida, evalúa qué hay que hacer, sopla cuando hay sangre. Si es apenas una raspadita, dice: “Es solo cuestión de darle aire”.

Me despierto y voy al baño, el secador de mi hermana sigue enchufado, sus pelos forman figuras sobre la bacha. Recorro el mármol frío con las manos, el cajoncito de maquillajes está abierto y rebalsa de cosas: peines, broches para el pelo, en el fondo hay una base estallada, un poco de glitter pegado en la manija. Me mojo la cara con agua fría, tengo los ojos hinchados de tanto llorar. Anoche, Julia me acarició la espalda hasta que me quedé dormida. No recuerdo el último instante, una obsesión que sostengo desde hace meses: esa amnesia que llega antes de rendirme al sueño; la memoria es escurridiza. Sí recuerdo que Julia le tuvo que pedir a Tatu que se fuera porque yo no podía calmarme. Se metió conmigo en la cama y en algún momento de la noche se pasó a la suya.

Amalia es capaz de levantarse a la madrugada para arreglarse el pelo. Mamá me contó que la costumbre arrancó cuando yo todavía no sabía caminar. Por ahí circulaba como bebé, haciéndome ver. Amalia creció y el pelo se le fue secando, hasta que le salió un remolino en la frente, que cuando cumplió quince estaba de moda, y al poco tiempo esa moda se terminó. Ahora la que está a la moda es Julia, con su pelo lacio y largo; se anima a hacerse trenzas y peinados, no le tiene miedo al cambio, aunque la mayoría de los días lo usa planchado y natural. Lo importante es que cuanto más se convierten en mujeres, mamá más las compara y me cuenta a mí las diferencias.

Hace seis meses, Amalia se recibió en la universidad y aceptó un puesto en la empresa Braun. Cuando la contrataron, mamá le compró su primer talleur color beige de marca para felicitarla. Escuché decir a la abuela que con la primera hija se está más encima y es cierto, no le saca los ojos, lo que hace sentir insegura a Amalia. La primera semana de oficina lo usó todos los días, cambiando entre remera y camisa para combinarlo diferente y que se notara menos que era el

mismo. Mamá opina que le queda precioso, pero para mí la hace parecer vieja.

Desde el trabajo de Amalia se espeja el sol. Ayer, cuando llegó a la recepción, su jefe la estaba esperando para hablar. Amalia se preocupó. Más tarde, le contó a Julia que entró a la oficina roja de pudor. Eso es algo que tenemos en común todas, que heredamos de mamá: los cachetes que se prenden fuego, color rosa fluorescente. Heredamos la vergüenza. El jefe se dio cuenta y la trató bien.

—Tenés que ir a verla lo antes posible. Llamó tu padre para avisar hace media hora. Mandale saludos de parte mía y bueno, a tu mamá, pobrecita.

A Amalia esa palabra la puso nerviosa: “pobrecita”. Cualquier cosa menos lástima.

—Me vas avisando cuando te acomodes, te esperamos cuando estés tranquila.

Amalia le confesó a Julia que, del susto, sonrió como si le estuvieran diciendo que se había ganado unos días de vacaciones, o un ascenso. Fue hasta su escritorio para hablar con Mariano, su novio ingeniero, usa anteojos de John Lennon y es prudente. Él le preguntó si necesitaba que fuera con ella, pero Amalia terminó yendo sola.

—Estoy segura de que no es nada.

—Si todo está bien, podemos aprovechar los días que te da tu jefe para irnos a Colonia y estar solos.

Según Julia, Amalia se hizo ilusiones con la idea de viajar con él y estuvo todo el recorrido hasta el sanatorio insistiendo con ese posible plan. Está esperando ese momento especial con Mariano hace meses, para que él le regale un anillo con un diamante verde y le pida casamiento. Es algo que sueña con mamá.

En su vestidor, mamá tiene un perchero exclusivo con reliquias del pasado de la familia: hay vestidos de Emilio Pucci que heredó de su tía muerta, lonas de Marimekko de los años setenta que no se consiguen más, una cartera Birkin, varios pañuelos de Missoni. Entre todo eso, se destaca el tul antiguo del vestido de casamiento de nuestra abuela. Amalia quiere descoserlo y usar parte del encaje del pecho para confeccionar el propio. Cada vez que mamá abre ese ropero, empezamos a imaginar el casamiento, la torta de pisos, la caminata hacia el altar. Nos ilusionamos con la fiesta, mi hermana mayor me promete que voy a ser su cortejo, me hace sentir protagonista. No pasa muy seguido esto de abrir el ropero para que juguemos, cada vez que lo hacemos Julia y Amalia se terminan peleando por qué le va a quedar a cada una. Julia quiere los zapatos blancos de Chanel. Amalia está segura de que su momento está cerca, es un propósito necesario. Mamá dice que este novio es el definitivo.

Con la primera luz del día, papá y Amalia salieron para el sanatorio. Ni Julia ni yo tenemos que ir al colegio, a ella ni siquiera le toca hockey. No llegué a verlos, como si se estuvieran escondiendo de mí. Desde el baño, escucho a la abuela hablando con Elvira. Revisan juntas el menú para que Elvira se ponga a cocinar. Se las nota un poco perdidas, con trabajo, pero sin saber por dónde empezar.

Sigo a la abuela, que da vueltas y vueltas por los pasillos de la casa acomodando todo lo que encuentra: un pilón de toallas, camisas recién planchadas de papá, un cuadro que está apenas torcido. Da pasitos cortos y veloces hasta frenar en la cocina. Tiene puesto el deshabillé de mamá, quiero que se lo saque, no le corresponde. Acomoda las biromes al lado del teléfono, dobla otra vez el repasador que cuelga en la manija del horno. Me pongo delante para que frene y, sin saludarla, le digo que tiene que avisarme cuando mis papás se van de casa.

—Cuando está mamá no pasan estas cosas —le explico—. Tampoco podés vestirse como ella.

Salgo corriendo a los gritos por el pasillo. Ella me sigue, pero yo le cierro la puerta del cuarto en la cara, me tiro en la cama de Julia. Intento meterme adentro de su axila para que me abraze, pero crecí y no entro. Julia se despierta asustada, dice que soy una pesada.

—¿Y ahora qué? —Escucha a la abuela del otro lado, que viene corriendo. Me mira frunciendo el ceño y se levanta de un salto para abrirle la puerta—. Es vieja, te tenés que controlar —me dice en voz baja.

La abuela entra.

—Te juro que no los vi. Ni Amalia ni tu padre me dijeron nada, y estoy preocupada desde ayer. Le dijeron a Elvira que se iban al sanatorio y salieron.

No quiero mirarla mientras me habla. ¿Cómo se saca el enojo? ¿Acaso se barre o se cepilla? ¿Hay un viento que de pronto aparece? Estoy segura de que lo mejor es distraerme. Julia levanta la persiana, abrazo fuerte la almohada y me concentro en un conjunto de motas que se deja ver sobre un rayo de sol que entra por la ventana. Me hacen pensar que las cosas van a seguir como siempre, que todo va a estar bien. Las mismas motas, todos los días, un conjunto de bailarines milimétricos. A veces parecen seres vivos, me pregunto si todos pueden verlas. Mamá me dijo que son pelusas, pero elijo creer que no estoy sola.

Nuestra habitación tiene la ventana más linda de la casa. Es grande, luminosa cuando el sol está inmenso como hoy. Se pueden ver las tres palmeras que plantó papá, una por hija. Aunque mamá contó que es mentira, ya estaban cuando compraron la casa. Son árboles altísimos, seguramente tengan más años que la abuela. Lo bueno de las palmeras es que no cambian: casi no se les caen las hojas, tienen siempre el mismo color. Me tapo la cara con la almohada, pero Julia me la saca con la excusa de acariciarme el pelo. Me abraza, le dice a la abuela que se acerque y a mí que no sea mala. Se convierte en un ángel dulce. La abuela se arrima a la altura de mi cabeza. Abrazo a mi hermana y no me suelto. Miro a la abuela, cada centímetro que se acerca lo sé: tiene ganas de acomodarme el pijama.

—Parece que el médico de tu mamá llamó mientras vos y Julia dormían.

—¿Y? —Julia contesta rápido.

—Una enfermera encontró a Cristina confusa y le avisó al médico. Supongo que nos llamarán en unas horas para explicarnos qué quiere decir. Vayan a desayunar. Yo les cuento todo, les prometo —dice y sale de la habitación.

Es más inquieta que mamá y hoy está peor que nunca. Según Amalia, por eso es tan flaquita, y porque solo desayuna nueces y almendras como las ardillas. Algunos fines de semana, mis papás se van de viaje y ella queda a cargo de mí, como ahora. Se aburre tan rápido que desordena los juegos de mesa que no usamos para tener algo que hacer. Ordenar es su actividad favorita, una necesidad casi física, que intenta convencernos de sentir. Por más que lo fuerce, antes que ordenar se me ocurren miles de cosas.

Julia me lleva de la mano hasta la cocina para buscar el jugo de naranja exprimido y perderme en el camino, así puede volver a dormir mirando la repetición de Beverly Hills de la semana. Trato de llorar, pero no me sale, quiero ver a mi mamá.

—Basta de berrinches, ya no sos un bebé, ¿no te parece?

Llegamos a la cocina, me agarro fuerte de su brazo, pero se suelta con la excusa de tomar su jugo. Le hace un chiste a Elvira, se olvida de mí. Antes de salir de la cocina se da vuelta y me da un beso, pero ya es tarde.

Elvira me mira, me pregunta si quiero jugo. La abuela entra de nuevo a la cocina y ahora la abrazo, le pido disculpas. Está cambiada y puso el deshabillé en su lugar. Me invade un miedo enorme de que mamá no vuelva nunca, de quedarme sola de verdad. Mientras me hundo ahí, estrujando su cuerpo para que mi peso se vuelva suyo, me masajea la espalda en círculos

—¿Querés jugo o no, nena? —grita Elvira.

Trato de imaginar a mamá confusa, caminando como si la vida fuera un cuarto oscuro. Los ojos para cualquier lado, algo parecido a subirse a un samba. Una chica con el pelo atado, vestida de azul marino como se visten las enfermeras, tratando de hablar con ella, todavía medio

dormida por la anestesia, diciendo estupideces, haciendo ruido de animales.

Para operarla tuvieron que dormirle, igual que cuando Amalia se cayó al saltar una valla en un campeonato de atletismo y se llevó puesta la primera. Recomendaron ponerle de urgencia un tornillo en la rodilla, como a las patas de una mesa. Me acuerdo cuando salió del quirófano: estábamos todos esperándola en su habitación del sanatorio. Mamá le había llevado ramos de flores que había hecho con hortensias de la entrada de casa. Al rato se enteró de que tenerlas traía mala suerte para los futuros matrimonios de sus hijas y le pidió al jardinero que las matara.

Papá le dijo a mamá que lo de las hortensias era una estupidez, que en la tele decían cualquier cosa, creo que discutieron. Durante la cirugía, decoramos el lugar entre los cuatro. Colgamos cartas de las amigas de Amalia en todas las paredes. Papá es exagerado, sumó una rosca de rosas blancas. Amalia entró a la habitación en camilla, hablaba raro, decía que había estado en una playa tomando sol. Estaba más graciosa que nunca y contaba que el agua estaba fría, que no se había puesto bronceador. Crema naranja, gritaba medio dormida, crema zanahoria. Se reía, se quejaba del dolor, parecía borracha. En un momento me asusté, pero mamá nos explicó que estaba bien, que la anestesia tarda en irse para que el dolor sea gradual, y hasta que no se despertara del todo iba a parecer un poco confundida. Usó la misma palabra que la enfermera.

Mientras abrazo a la abuela, suena el teléfono. Pienso que puede ser papá. Corro hasta el escritorio para atender, pero la abuela me gana de mano y en la corrida, escucho que le grita a Julia.

—¡Es Amalia desde el sanatorio!

Llego al escritorio. Está separado del living por un biombo japonés con pájaros sobre ramas peladas. Desde adentro nadie puede verme, pero la estructura liviana permite que escuchemos todo. Descuelgo el teléfono despacio.

—A partir del registro de la enfermera, le realizaron un psicofísico por las dudas —escucho que Amalia le cuenta a la abuela.

Julia se escabulle como yo y cuando me ve, se asusta, le hago shhh y entre las dos tratamos de escuchar por el mismo auricular:

—Todavía no la pudimos ver, le están haciendo estudios, pero lo que dice el médico es que mamá no está siguiendo órdenes.

—¿Cómo es que no sigue órdenes? Cristina no hace caso nunca, es terca.

La abuela habla alterada, pregunta los nombres de los médicos y si no habrá que buscar una segunda opinión, se pone verborrágica porque no entiende.

—No, abuela, pará. No es eso. Es grave —grita Amalia—. No puede repetir lo que le dicen, no puede leer ni escribir. Se equivoca cuando habla. En vez de “mesa” dijo “ceja” y volvió a dormirse. La escucharon decir “boat”, una palabra en inglés —respira para recuperar la calma—.

Hay que esperar. Lo de la mano derecha es común, del ojo derecho también ve raro, pero el médico dijo que de eso no nos tenemos que preocupar, que es típico de estos casos.

Dice eso y se quiebra.

—No puede decir el nombre de papá, tampoco el mío.

La abuela llora con ella.

—Dios mío, ¿y qué van a hacer? Que no escuchen las chicas. ¿Qué les digo?

Pero oímos: cómo se suena la nariz, cómo se seca las lágrimas. Cómo acomoda la banqueta de la cocina, cómo hablan. Cómo se quedan las dos en silencio unos minutos, hasta que Amalia se recupera:

—Ahora tengo que cortar, pero esto tiene que mejorar, abuela. Lleva tiempo. Vos rezá y esperemos a avisarles a las chicas. Yo después hablo.

Todos los veranos vamos a Punta del Este, con el baúl a punto de rebalsar después de hacer las compras en el free shop del ferry: chocolates, perfumes y galletas danesas. El auto avanza por una ruta llena de palmeras, Julia viaja enchufada al discman, yo espero el momento en que el mar aparezca. Los grandes escuchan la radio, conversan. Papá viaja solo por unos días. Va y viene con la excusa del trabajo. Mamá no avisa cuándo él se va, parece como si se escapara.

En las vacaciones de invierno, en cambio, vamos al campo y él se queda. Apenas mamá se recupere de la operación, vamos a instalarnos ahí para la temporada de cruce. Miles de caballos desfilan por el parque, revolean las colas entre los árboles, relinchan y se dejan acariciar. Llegan trailers de visita para ver si encuentran una yegua nueva para cruzar, o un lote de caballos criollos a buen precio. La única que no está en venta es Materia, una pura sangre que gana todas las carreras y es mi amiga. Todavía es joven, una potra brillante con el pelo largo y unos genes que llenan de orgullo a mi papá.

Fui la primera en montarla, hace un año, una tarde que la estaban probando en el corral. Parecía que habían ganado un premio, chicos estrenando un juguete nuevo, hablaban de quién la iba a estrenar. Ese día, vino un fotógrafo del pueblo a hacer el anuncio en el diario de que papá había comprado un caballo carísimo. Mamá pensó que la idea del fotógrafo de subirme arriba para la nota era un disparate, recién domada y con lo rápida que era. Pero él le dijo que era necesario, creo que porque soy rubia y podía dar internacional. Me alzó y me puso arriba de Materia, a pelo. Era la primera vez que me subía a un caballo sin montura, se sentía parecido a estar agarrada a un trapecio, sin control.

Primero hubo un silencio y después el fotógrafo apretó el disparador y papá me pidió que sonriera. Desde ahí arriba, le toqué el pelo para sentirme más segura, una manera de decir “cuidame”, y Materia se aflojó. Supe que me quería.

Pasamos la tarde frente al televisor sin hablar. El cielo se cubre de nubes, de repente llueve y después para; la casa está oscura por la tormenta que anuncia el pronóstico. La abuela le pide a Elvira que nos lleve la comida al cuarto mientras nos dejamos hipnotizar por la tele. Los sábados dan todo repetido y hacemos zapping entre *La niñera*, *Tres por tres*, *Quereme* y un documental sobre cocodrilos que están la mayor parte del día quietos, a la espera de una presa para lanzar un ataque. Me acuerdo del cocodrilo que una vez vimos muerto en el campo. Estaba tirado al lado de una zanja que da al arroyo que desemboca en el Paraná, dado vuelta y con el abdomen hinchado. Un grupo de peones lo habían encontrado en el recorrido de la mañana y papá quiso que lo fuéramos a ver. El agua del río había subido y lo había traído hasta ahí. Papá todavía guarda su piel. No era un cocodrilo, era un yacaré, dijo papá. Extraño el campo, donde el horizonte se hace más grande y los problemas parecen más chicos.

Julia maneja el control. La abuela se encierra en el baño a rezar. De vez en cuando, sale y nos dice: “Hay que saber esperar”, no entendemos si está hablando de mamá, del almuerzo o de la vida.

Se aburre, va a la cocina y vuelve con un té de marcela, una hierba uruguaya digestiva con aroma bien dulce, que les gusta a todos menos a mí. Traemos varias cajas de saquitos de Punta del Este, porque mamá se asegura stock para el año.

Se sienta en la cama vacía, acomodándose para ocupar apenas un pedacito del respaldo, no quiere que se arrugue el acolchado. Cruza las piernas.

—¿Qué miran?

Ninguna contesta. Es la hora del sábado en la que arrancan las carreras de caballos y si papá estuviera, encendería el televisor de la cocina para que se escuche desde cualquier ambiente de la casa. El relator acelerado, los caballos cruzando el disco, pero hoy no está, y con Julia vemos cualquier cosa con ganas de no ver nada. Yo con la cabeza del lado de sus pies, y Julia al revés.

Elvira entra con el almuerzo, hace una especie de acrobacia para que no se caiga nada de la bandeja, ninguna se mueve a ayudarla. Trae milanesas bien quemadas para Julia, porque la carne

le da impresión; mayonesa en vez de ketchup para mis papas, y un huevo al costado, no encima, porque las papas con el huevo a caballo se humedecen, pierden gracia. Hay que reconocer que, para hacer papas fritas, Elvira es experta.

La abuela no come, picotea como los pájaros, juntando miguitas de nuestros platos, se queda tildada en mi torre de papas, me pide una y Julia le ofrece las suyas diciendo que no tiene hambre. Invita a Elvira a que se quede con nosotras. Palmea la cama.

—Vení, sentate.

La mira a Julia para incomodarla. La abuela no sabe quedarse callada, se aburre y sale enseguida, trae camisas para coser, vuelve a sentarse. Nos pregunta si queremos jugar a las cartas. Se escucha un trueno, pero la tormenta no llega. Julia dice que apenas termine de comer, le juega una partida. No hay una vez en la que no gane, pero eso no es un problema: a la abuela le encanta verla hacer trampa.

—¡Qué viva que es mi nieta! —dice después de perder.

—Abuela, estar viva es otra cosa —contesta Julia.

No salimos de la habitación hasta el final del día, cuando escuchamos el portón de la entrada y nos levantamos de la cama a la vez. Reconozco que es Amalia porque se le traba siempre la reja y suena un golpe estruendoso y agudo. Julia también la reconoce:

—Qué torpe que es —dice y se mete en el baño, yo corro al pallier a recibirla. Desde el pasillo, me saluda:

—Hola, piojita. —Acomoda la cartera en el perchero de la entrada.

—¿Y mamá?

—Ahora te cuento.

Me agarra de la mano y vamos hacia la cocina. No nos cambiamos en todo el día, el pijama que tengo puesto es el mismo de ayer a la noche. Amalia no dice nada. Tiene la cara cansada, las ojeras marcadas y los labios secos y rotos.

—Te traje algo —dice, y saca de su abrigo una bolsa de caramelos Lion D'Or. Los agarro rápido y me los meto en el bolsillo antes de que aparezca Julia.

Nos sentamos mientras Elvira calienta un poco de comida del almuerzo. La abuela entra y se sienta con nosotras. Agarro las lapiceras y me hago la distraída, dibujo formas geométricas, barriletes y globos, trato de no tachar. Voy por un octógono, después un cubo. Amalia cuenta que mamá está dormida desde ayer, que la pasaron a una habitación normal. Ahora hago un círculo, adentro de otro círculo.

—Tranqui, abuela, no está en terapia.

Dice que papá se quedó a dormir con ella, que alguien la tiene que acompañar. Al parecer, llegó a esta hora, tarde, porque estaban llenando formularios para que la pasaran a una habitación

más linda, con ventana a la plaza.

—Papá quería eso, que se pareciera lo menos posible a un sanatorio, tener algo para mirar.

A cada enfermera que se acerca a mamá, papá le da una propina en dólares para que le averigüen si hay alguna novedad.

—Pero no hay novedades de nada, abuela. Hay que seguir esperando.

—Va a ser la primera vez que tu papá duerma en un sanatorio.

La abuela trae el pasado para hacerla reír, pero Amalia sigue caída. Relleno el círculo y todos los otros círculos que le hice adentro se pierden, la abuela insiste.

—Tu papá odia los sanatorios —habla desde el otro lado de la barra.

—Señora, ¿quién no los odia?

Elvira tiene razón, y aunque a veces esos ambientes fríos me hayan asustado, yo quisiera estar ahí con mamá, durmiendo con ella.

Es sábado a la noche, ninguna de mis hermanas sale a bailar. Cenamos fideos y nos vamos a la cama. Ahí, rezo un rosario sin cuentas y con la luz apagada. Le pido a Dios que me lleven a verla. Pido claridad, entender qué pasó; que se despierte y vuelva a casa, y todo haya sido un error. Que manejemos al campo, los cinco metidos en el auto. Volver al arroyo, ver si salta un pez. Pasar todo un fin de semana en el corral con Materia, acariciarle el cuello, comer empanadas fritas, bizcochitos de grasa, mate con azúcar y perderme. Perderme hasta la casa embrujada o el tanque del molino viejo, cruzar el lote de avena sola, la inmensidad. Correr con los caballos sueltos hasta el monte, mirar las bestias buenas pastar. Caminar bajo los árboles con mamá, abrirle la tranquera.

Julia se duerme enseguida, o se hace la dormida, difícil saber la verdad si solo veo su sombra. Cuando necesita tiempo sola, me ignora, y yo lo acepto porque es común escuchar que me pongo insoportable. Cada noche, la luz se apaga y hay una barrera de palabras. Finalmente, logro dormirme hasta que el teléfono suena. ¿Sueño o realidad? La mayoría de las veces que llaman tarde son chicos que gustan de mis hermanas. Hubo uno que escribió con aerosol en la reja “Amalia te amo” y abajo “Toro”. Papá se enojó mucho. Hablaron con los padres del Toro, se disculparon de parte del chico y pagaron la pintura. Ni siquiera era su novio, aunque Julia me confesó que algo pasó y Amalia se hace la buenita, pero le da bola a cualquiera.

Vuelvo a dormirme y al rato abro los ojos otra vez. La sombra de Julia no está más, se fue del cuarto. Tardo en decidir si salir o no a buscarla, pero mi casa está llena de pasillos largos, madera maciza que hace ruido, tampoco puedo prender la luz a esta hora y que se despierten los demás. Me imagino miles de formas de salir del cuarto sin que me agarre ese fantasma que siento en la espalda, uno que me sigue cuando es de noche y estoy sola, pero no logro tomar coraje y me quedo entre las sábanas. Por suerte, vuelvo a dormirme.

A la mañana me parece que fue todo una pesadilla, pero la cama de Julia sigue vacía. Con la seguridad del sol, corro a buscarla. Abro la puerta y veo que se asoman sus pies en el cuarto de enfrente, el de Amalia. Está metida en la cama, abrazada a un acolchado de flores azules y celestes. Entro y le pego un empujón en el hombro, le pregunto por qué se fue.

—No podés abandonarme si no está mamá. Le voy a contar.

Me dice que a la noche llamaron del sanatorio. Primero pensó que era Tatu porque se habían peleado y estaba esperando que la llamara para pedirle disculpas, pero salió a atender y vio que Amalia hablaba por teléfono.

—Era papá. Quería contarnos que mamá se había despertado. —Se apoya contra el respaldo para explicarme—. La buena noticia llegó con forma de susto —dice y sigue contando.

Que papá estaba durmiendo en el sillón cama y en un momento de la noche, escuchó los ruidos de los caños de la camilla donde descansaba mamá. Se despertó de golpe, asustado. Se dio cuenta de que no se había sacado el cinturón para dormir. Se lo aflojó, le pegó una tirada de esas que hace siempre que está cansado para sacárselo de una y volvió a acostarse en el sillón. Hasta que los caños de metal de la camilla volvieron a rechinar, y entonces se quedó quieto debatiendo si abrir los ojos y descartar la duda. Mientras escucho el relato que me hace Julia desde la cama, apoyada sobre el estampado que hace juego con las cortinas, pienso en papá. Hay noches que ronca como un elefante marino.

—Estaba oscuro, pero abrió los ojos y vio que mamá se estaba moviendo —dice—. La vio sacarse los cables de los brazos y pararse sola. Entonces, encendió el velador para hablar con ella y le preguntó: “Cristina, ¿qué hacés?”.

Mamá no respondió. Estaba tratando de encontrar una de sus pantuflas, desorientada, como si el espacio fuera una laguna y sus pies estuvieran buceando cucharitas.

—Como jugando al cuarto oscuro —dice. Y se ríe.

Hace una pausa y continúa:

—Mamá trató de decir algo, pero solo balbuceó de una manera horrible, con saliva en la boca. Lenta como un caracol, comenzó a desplazarse con una sola pantufla directo hacia la ventana, mareada. Papá la miró y le volvió a preguntar lo mismo, pero ella seguía buscando dónde sentarse como si quisiera hacer pis en la ventana. La tuvo que agarrar antes de que cayera al vacío desde un octavo piso. Pero bueno, a pesar de todo, camina.

Me pregunto qué es un coágulo. ¿Algo chiquito, como un microbio? ¿Cuántos átomos tiene? Una bola de sangre, un buñuelo de moco en la cabeza de mamá. Algo asqueroso. Sangre coagulada revuelta en ensalada, vómito caliente, que sea de un pariente. Me pregunto si duele.

Es lunes, empezaron las vacaciones de invierno. Papá nos pasa a buscar para ir a ver a mamá. En el auto camino al sanatorio, le pregunto si vamos a ir al campo, pero Julia me pellizca el brazo para que me calle antes de que pueda terminar la frase. Me acerco y le explico:

—Extraño a Materia.

Me sonrío apenas, sé que no me entiende, en el campo ella se aburre, quiere volver para ver a sus amigas y tiene miedo de perderse un asalto o una fiesta. Papá pone la radio, hablan de la jugada del Beto en Boca, y de que para lo que queda del invierno se vienen varias lluvias de granizo y más días nublados. Me había olvidado de lo que necesito el sol.

Papá estaciona en el parking enfrente al sanatorio, uno color amarillo. Lo conozco porque es el mismo donde estaciona mamá cuando me tengo que hacer una radiografía, o la vez que me caí de la bicicleta en Punta del Este y fuimos directo desde el ferry para que me pusieran un yeso. Yo estaba ilusionada, me lo había prometido papá en el camino mientras gritaba de dolor. Creía que, si exageraba, el yeso era seguro, pero terminaron optando por una venda horrible, color turquesa. Mamá se enojó con él por hacerme promesas falsas, no ponerme un límite.

—Una fisura no es suficiente para ponerte un yeso, pero eso no quiere decir que no pueda doler igual.

Entramos a su habitación despacio, con miedo. Julia me da la mano. Mamá duerme, parece ser la misma. No tiene vendas en la cabeza, está igual, no veo sangre. Hay un montón de cables atados a su cuerpo. Me suelto de Julia para acercarme y entender su expresión. Hay algo raro, está distinta, entregada a otra cosa. Es extraño verla dormir tanto. Respira normal, su pecho se infla al ritmo natural de una siesta. No pareciera que va a morir, pero qué es la muerte sino una siesta enorme. Papá nos señala la vista de la habitación, quiere que miremos afuera.

—¿Vieron? Son increíbles las copas de estos árboles desde acá arriba. Qué ciudad. —Los

sanatorios lo ponen nervioso. Vuelvo a mirarla, tiene una especie de camisón blanco que no es el suyo. Amalia intenta descifrar lo que pienso y acierta:

—Tiene puesto un ambo. Es más higiénico que usar tu propio pijama, son normas del hospital.

Me acerco más, le toco la mano. Está tibia. Mueve un poco la cabeza, pero sigue con los ojos cerrados, en otro mundo alejado del mío. Quisiera despertarla, decirle hola.

—No hagamos ruido que tiene que descansar —dice Amalia. Busco mi parte favorita de su cuerpo: el cuello, las clavículas puntiagudas, todo el espacio desde el pecho hasta las tetas, con todas esas constelaciones heredadas por el sol. Está más pálida que de costumbre y se le transparentan los pezones sobre la tela dura de ese vestido de papel; se le trasluce la bombacha. Las bombachas de mamá son color piel. Salvo para Navidad y Año Nuevo, que se encarga de comprar una rosa para cada una, así tenemos suerte para lo que viene. Le regala una hasta a Elvira, trato de pensar si este año se olvidó.

Papá me llama para que me siente con él en el sillón.

—Estuvo toda la mañana diciendo una sola palabra: “corbata”. Quería agua y corbata, quería ir al baño y corbata, quería decir mi nombre y corbata otra vez. Cuando venga el médico hay que decirle. Está trabada.

Habla y por cómo sonrío, cree que está diciendo un chiste, pero Julia pone cara de horror, pareciera que está por llorar. Papá nos agarra del hombro.

—Vamos, que tiene que dormir. —Nos saca a las tres de la habitación. Dice que hay que esperar, que vayamos afuera.

Nos sentamos en una sala de espera blanca con sillones beige de ecocuero. La gente circula por los pasillos en sillas de ruedas. Julia los mira pasar con los ojos bien abiertos, parece asustada.

—Va a mejorar, tengamos fe —dice papá—. Ahora se tiene que despertar para empezar con la rehabilitación, como cuando te lesionás en hockey —explica mirando a Julia, y agrega que hoy mamá pidió que fuera la peluquera a verla al sanatorio.

—Lo que quiere decir que tan mal no está.

Pero papá miente: mamá no puede hablar y yo estaba cuando Amalia llamó a Lili, la peluquera que viene a casa los lunes, que es el día en que mamá se lava el pelo. Lili es incondicional para ella, no va a cambiarla nunca, las pocas veces que tuvo que ir a otra peluquería sintió que la traicionaba y le pidió disculpas. Amalia pensó que sería una buena idea llevarla para hacerle el brushing, así se le mejora el ánimo. La abuela pensó que la idea era buenísima.

Yo no la vi, pero papá dice que a la mañana se despertó llorando.

—A la mañana le sucede eso de la angustia —dijo.

No sé cuánto tiempo hace que estamos sentados acá, en una especie de lounge del sanatorio, hay una mesita ratona, un baño y una máquina de café. Papá golpea el pie contra el piso. Quiero que Julia cambie la cara que tiene desde que salimos de la habitación, que imaginemos algo juntas.

—¡Imaginate un sanatorio en donde también pasen música!

Espero una buena señal, pero no le interesa. No traje juegos, marcadores, tampoco Julia trajo su discman. Papá pregunta si queremos ir a comer un tostado, y mis hermanas niegan con la cabeza al mismo tiempo. Trato de decir algo más, pero no se me ocurre nada llamativo. Julia se me adelanta y pregunta:

—No nos vamos a ir al campo, ¿no? Ni a ningún lado de vacaciones.

Papá pone cara de desconcierto, parece un búho. Revolea la mirada, no quiere mirar, Amalia le pide a Julia que se calle. Me siento culpable por esa pregunta, como si fuera mía. Se acerca un enfermero para avisarnos que el horario de visitas se termina en veinte minutos, pero nadie le responde. Papá mira a Julia, parece que él va a hablar, pero ella lo interrumpe, dice que mamá está toda enchufada, que tiene que arreglarse, que es un horror, que qué vamos a hacer con eso así. Se pone a llorar escondiendo su cara en la camisa de papá. Más allá hay otras personas que pasan y la miran. Julia dice que quiere irse de vacaciones igual, aunque creo que lo que no quiere es explicarles a las amigas por qué se cancelan nuestros planes. Me pregunto si, como a mí, mamá le da vergüenza. Papá habla, nos promete que vamos a irnos más adelante, que hay que esperar. Julia se levanta.

—¡Es mentira! ¡Decís eso y después te olvidás! —grita.

Sale corriendo hasta la puerta del baño, entra pegando un portazo, Amalia la sigue. Una caprichosa no negocia el momento para recibir lo que pide. Es un impulso irrefrenable. Julia está enojada, o triste, a veces no sé si esas dos cosas son lo mismo. Saco del bolsillo dos Lion D'Or que me traje y le convido uno a papá. Les sacamos el envoltorio brillante al mismo tiempo, el ruido del papel es incómodo como en el cine, pero los comemos a la par, sin hambre y en silencio.

Hoy volvemos a visitarla, toca hablar con los médicos. Amalia nos guía hasta una parte del sanatorio en donde una mujer nos está esperando. Ella nos mira y nos invita a pasar a su consultorio. Papá la presenta.

—Ella es Carmen, la fonoaudióloga de mamá. Es parte del equipo médico.

Quiero aprender esa palabra para jugar al ahorcado. Papá tiene puesta su corbata aunque hoy no va a poder trabajar, mamá está internada y nuestro futuro, paralizado. Papá sonríe sin intenciones de seducirla, no es común verle desinterés por una mujer. Una vez, en una fiesta en casa, lo escuché decir con sus amigos que no había nada mejor en el mundo que el vino y las mujeres. Las demás señoras que conozco llaman a mi padre un caballero. Le gusta gustar. Le pregunto a Amalia, en secreto, qué hace Carmen.

—Es la que le va a enseñar a hablar de vuelta.

Entramos los cuatro. Hay dos asientos del otro lado del escritorio. Julia queda parada, Amalia y papá se sientan, yo me hago un lugar sobre la pierna de papá.

—La rehabilitación es lenta. Primero hay que armar el rompecabezas de la memoria —dice Carmen.

¿Desde cuánto la memoria es un rompecabezas? Yo creo que la memoria es un mar oculto. Amalia se muestra atenta, le quiere caer mejor que los demás, o quizás solo quiere hacernos pensar que alguien está a cargo de este tornado. Carmen me mira, dice que soy linda. Reviso las caras de todos para identificar el motivo de esta consulta, pero no saco ninguna conclusión. Escuchar a un médico me cuesta más que escuchar la misa. Amalia le muestra a Carmen una carpeta, le dice que trajo lo que le pidió.

Carmen tiene una trenza larga y gruesa de fibras blancas y negras que cae pesada sobre su espalda y termina en una gomita de tela amarilla con forma de moño. Me gustaría tener el pelo tan denso como ella, usar moños de todos los colores. Un pañuelo de seda le cubre el cuello y lleva una camisa celeste bien ancha.

Mi hermana saca una foto de la cartera. Es un retrato de toda la familia.

—Para que mamá haga memoria —dice.

Antes de que la doctora pueda responder nada, papá le pregunta cuántas chances hay de que

vuelva a casa habiendo aprendido los nombres de sus hijas.

Amalia se comporta como líder de manada, papá la sigue y la deja hablar más de lo que suele dejar hablar a mamá. Respeta su inteligencia, quizás porque trabaja. Lo miro, pareciera no saber qué hacer solo. Con mamá al lado lucía más fuerte, tengo la impresión de que se achicó. Hace dos días que lo escucho confundirse.

—Háganle caso a mamá, digo a Amalia: háganle caso a Amalia —dice a veces.

Hoy, cuando mamá desayunaba, le hicieron la primera prueba. Amalia nos señaló a cada una sobre la foto, y mamá la miró sin hablar.

—Mamá, ¿quiénes somos?

El dedo de Amalia presionaba mi cara o la de Julia, y cuando se puso más y más insistente, los ojos se le empezaron a llenar de agua.

—Me cuesta entender cómo no puede pronunciar eso que ella misma nombró —dice Amalia con ojos húmedos.

Le cuenta a Carmen que al principio de la tarea mamá la miraba, quieta, sin decir nada, pero que después no pudo parar de llorar.

—Le dije vuelvo más tarde, y salí corriendo —Amalia va paso por paso con la doctora—. Ese día durmió sin parar.

—Su reacción es esperable, hay que tener paciencia —contesta Carmen.

Amalia saca de la misma carpeta un papel con una lista de preguntas. Las lee en voz alta, discuten una por una. Julia mira los diplomas colgados en la pared, ¿querrá irse? Agarro la foto que queda sobre el escritorio, una de las tantas que nos saca Teddy los veranos en Punta del Este. Quizás, eso puede ser el tiempo: todo lo que pasa entre una foto de Teddy y otra.

Cada temporada, mamá elige el día para la sesión. Se encarga de prepararnos la ropa en composé, incluso para papá. Camisas blancas, vestidos de lino, pantalones floreados, jardineros de Oshkosh, colores pasteles y chombas de Polo. Amalia a veces amaga con ponerse una flor en la oreja y Julia la burla.

Ese día, mamá me saca del mar más temprano que de costumbre para bañarme y hacer eso que ella llama “ponerme linda”. Yo me quejo, quiero seguir jugando, barrenando las olas, gritar “¡abajo!” y saltar la ola hacia arriba, y “¡arriba!” para atravesar la ola por debajo, sumergiéndome. Volvemos a casa cuando todavía el sol está alto. Es de esos días en los que mamá me pone mucho, pero mucho perfume. Yo me escapo siguiendo a papá y ella apura a mis hermanas, que se maquillan, para cruzar al bosque. Salgo con él de la mano y nos metemos entre los pinos. Teddy nos hace fotos como si fuéramos una familia de revista, como si mi familia fuera el centro del mundo. Es un fotógrafo profesional que documenta a todas las familias que conocemos. Tiene una tienda en Gorlero con todas esas fotos pegadas en la pared. Mamá dice que Teddy elige las más lindas para su vidriera y hay una mía ahí colgada, de cuando tenía tres años. Teddy me conoce desde que nací, y eso no es solo una forma de decir: la primera foto me

la hizo cuando mamá fue a pasar mis primeros tres meses de vida a la playa, un verano en el que no quería volver a Buenos Aires y nos quedamos allá solas y juntas.

Salimos del consultorio. Amalia me lleva de la mano, es la comandante. Nadie habla, ni siquiera entre ellos. Julia me agarra desde atrás, se acerca mientras caminamos hacia la salida y en secreto me dice:

—Mamá perdió el habla.

—¿Es muda? —respondo.

Julia me hace señas con la mano para que hable más bajo y siga caminando, así no nos perdemos. Vuelvo a buscar la mirada de Amalia que parece tildada, un poco zombi, mira hacia adelante. Papá hace lo mismo. Con un brazo, agarra su agenda y con el otro, abraza a Amalia. Atravesamos una ventana llena de bebés en cunitas de plástico. Amalia frena a mirarlos.

—Sigan, ahora los encuentro.

La sala de espera está llena de mujeres. Son las mamás de mis compañeras del colegio, me traen caramelos, chocolates, y nos quieren cuidar. Papá las invitó creyendo que podían ayudar a que mamá se recuperara, pero sigue igual. Le traen flores, como si estuviera muerta. Sé que ella no quiere ver a nadie, papá le dijo a Amalia delante de mí que no podemos exponerla. Por suerte duerme mucho.

Las amigas vienen igual, a decir que están, a ofrecer ayuda. Las veo salir del ascensor y ocupar la sala de espera como un grupo de socorristas. El aire se dispersa, proponen llevarme a sus casas a jugar con sus hijas, una me invita a patinar sobre hielo y otra a jugar al bowling. Si pido algo me lo dan.

Preguntan por el parte médico, le ofrecen a Amalia tomar un café en la esquina para que yo no escuche. Las mamás son tribu, se agrupan. Las veo a todas juntas, tan parecidas, con sus carteras Longchamp y sus trench, camisas de Cacharel, perlitas en las orejas, el pelo atado con una media cola. Usan hebillas en vez de gomitas, mocasines en vez de zapatillas. Mi favorita se llama Raquel, la mamá de Tamara y la única que tiene el pelo suelto y largo hasta la cintura; un pelo llovido que vuela. Mientras conversan sobre el club y el parte médico con mi familia, ella baja hacia mi altura y me saluda con un beso. Quiere saber cómo estoy, pareciera que le importa de verdad.

—Creo que bien —le digo.

—No es fácil el lugar en el que estás.

Raquel propone llevarme a la casa a jugar con su hija, que, aunque no seamos del mismo grupo en el colegio, es mi amiga. Le tiro del saco a papá para que se dé cuenta de que no quiero irme a ningún lado, necesito que un adulto responda por mí. Abro bien grande los ojos tratando de crear alguna señal y que papá responda que no quiero, pero no registra.

—Te vas a cansar acá, gorda. ¿Por qué no vas un rato y después Amalia te busca? —dice.

Voy corriendo a mi hermana, le pido que por favor me busque temprano, que no quiero estar mucho tiempo en otro lugar.

—¿Y si me pierdo verla? —Amalia me escucha y vuelve a decir lo que dijo la fonoaudióloga de tener paciencia, me jura por Dios que no va a atrasarse.

Raquel maneja muy rápido. Es la única que está separada. El terror más grande para Tami es que su mamá se enamore de otro porque es muy linda y tiene las tetas paradas como una adolescente. Mamá me contó que son de mentira. Raquel trabaja mucho, pasa todo el día escribiendo en su computadora. Tiene una que no le vi a nadie más que a ella. Es raro, porque Raquel casi no sale cuando voy a su casa, salvo para ir al supermercado y traernos toda la góndola de importados. En la alacena no faltan los chocolates Lindt, las medialunas de Pillsbury, las gomitas de Haribo. ¿Sabrá Tami que tiene tanta suerte? Cuando se pelean, le dice a su mamá cosas como: “Vos y papá rompieron una familia”. Discuten siempre que voy, Tami le grita y nadie la reta. Eso la hace parecer más adulta, pero una adulta triste. La critica por ser linda; tiene miedo de llamar la atención. Pero la realidad es que desde que se separó, Raquel parece más joven, más feliz, y como el papá de Tamara es millonario llegaron a un buen acuerdo. No hay forma de saber por qué los papás se separan, pero veo una frescura en todas las familias que se rompieron, una forma de felicidad diferente, lo huelo apenas llego a sus casas, hay algo con lo que no cargan. Las madres parecen más libres, rejuvenecen. Y lo mejor de todo: una tiene dos casas. Dos camas, dos mesitas de luz, dos baños; dos habitaciones en barrios opuestos de la ciudad. De repente, existen menos posibilidades de aburrirse: rutinas distintas, dos cepillos de dientes, comidas variadas. En cambio, papá y mi mamá están juntos hace tanto tiempo que sus gustos son los mismos: sus pintores favoritos no cambian, Raúl Soldi me tiene harta, Quinquela Martín ya lo aprendí en el colegio. Nos falta algo del orden de lo nuevo. Mamá y papá leen los mismos libros. Los viernes está implícito que el que sale pasa por la florería, y compran las mismas flores para renovar los floreros, todo debe permanecer igual.

Raquel está siempre disponible, atenta a los ánimos de su hija, y Tami nunca está sola. Se acerca a mirar cómo jugamos con la ropa y le dice que todo le queda bien, aunque le quede mal. Es el juego favorito de mi amiga: la ropa, las cosas que le compran todo el tiempo. Sabe mucho del tema, tiene todo lo que aparece en las revistas de Julia, prendas de telas suaves y perdurables, polleras de toalla, que ni siquiera se consiguen en este país y todavía no tenemos edad para usar; eso le dice Julia a mamá. Tami me muestra lo nuevo y cree que la voy a querer más por eso, pero a mí lo que me gusta de ella no es solo su ropero, sino que es ácida. No es obligatorio estar feliz con Tamara, nunca dice lo que tiene que decir, y ni siquiera se preocupa por darse cuenta. Es mi única amiga con un vestidor. Raquel le cedió el suyo porque está ubicado afuera de la suite principal de la casa donde viven, en Barrio Parque. ¡Los cajones de ese vestidor! Esos sí que se deslizan sin culpa, con un frente de vidrio que deja ver lo que hay adentro sin tener que abrirlos y desordenar. En el medio, tiene una banqueta para sentarse y pensar cómo vestirse. Mi hermana Julia dice que no puede ser, que es la chica más malcriada que conoce. Me dice que igual, tenga lo que tenga, no salió como la madre y todo le queda mal, que Tami es fea, pero yo tengo mis

dudas, veo cosas lindas en ella. Sus ojos tan grandes, su piel blanca con textura de bebé, su constante cara de miedo me da ternura. Nos encerramos en el vestidor entre tapados nuevos que le trajo el papá de su último viaje. Me dice que me puede prestar el que quiera. Agarro un gamulán escocés con corderito adentro.

—Ese lo compró en Madrid hace días nomás, pero te lo presto.

Le digo gracias. Me lo pruebo, me miro al espejo, y me pregunta:

—¿Ya viste a tu mamá?

—Sí, pero duerme mucho.

—Mi mamá tuvo una prima que también tuvo un infarto cerebral y mejoró.

Me saco el gamulán como si tuviera una araña metida adentro, le digo que mejor lo estrene ella, que puede prestármelo otro día. Insiste, pero prefiero no llevarme nada. Esa palabra, “infarto”, es la primera vez que la escucho. Me pregunto si mamá se va a morir, cuento los minutos para que Amalia me lleve a casa de vuelta. El ropero me asfixia, lo disimulo diciéndole que tengo hambre. Vamos a buscar dulce de leche con granas de chocolates a la cocina, pasamos por la puerta y está Raquel hablando con Amalia, mi salvavidas, en el lugar que debería estar ella, mi madre.

—Mientras se recupere Cristina, podés venir a casa cuando quieras —dice Raquel.

A Tami le copa la idea, no tiene tantas amigas, a mí me agota. En mi grupo prefieren no incluirla, dicen que es rara y que desde que sus papás no están más juntos es conflictiva. A Amalia también parece gustarle la idea. Ya puedo ver cómo me van a inventar un programa para mañana, cuando Raquel interrumpe:

—Tengo lasaña a punto de llegar a la mesa, por qué no comen algo antes de irse.

Amalia asiente, no sabe todavía cómo se evitan estas cosas, eso es algo que no se enseña, cada uno tiene su forma. Baja la mirada y me hace una seña para que camine con ella hasta el comedor y no me queje. Entiendo desde ahí que sus órdenes son sus órdenes. Durante toda la comida, se porta como si fuera mi mamá, hace comentarios de la decoración del departamento, de los platos pintados a mano. Dice qué encanto, que todo es divino. No entiendo de dónde sabe tanto, cómo la imita tan bien. Pone la voz parecida, me acaricia el pelo de la misma manera. La miro y sin decir nada, sabemos que ahora es así, que somos un equipo, que para sobrevivir hay que saber actuar. Raquel trae volcán de chocolate de postre para cada una, le da una copa de vino dulce a mi hermana. Amalia es como dice mamá: “demasiado dada”.

Acepta el café para terminar y dice: “Bueno, vamos yendo”. Ella odia el café. Solo yo sé que no tomaría ese líquido negro en su vida, pero hoy no duda. Lo agarra con los dedos y hace un gesto amargo, contando que todo lo que nos está pasando la tiene cansada. Raquel dice que la entiende. Le recomienda que no descuide su trabajo, que cualquier cosa ella me puede cuidar a mí. Es cierto que podría con todo el tiempo que pasa en la casa. Tami me mira fijo y me agobia. Elijo ubicar la vista en la bandeja giratoria que está en el centro de la mesa para no pensar en el

infarto, en la sangre, en otra noche sin ella, y en la muerte. Pego los ojos ahí, Raquel la hace girar a su conveniencia para llegar al azúcar. Mamá dice que es más sano el edulcorante. La miro girar y girar, hasta que Amalia se levanta y antes de levantarme yo también, le digo:

—Tenemos que comprar una bandeja igual, para cuando vuelva.

Raquel escucha y dice:

—¡Qué atenta! Es nueva, se llama Lazy Susan, en honor a las “maids”, que son todas un poquito vagas.

—No entiendo, ¿quién es Susan? —pregunto, mirando a Amalia.

—Es un nombre genérico, una mucama imaginaria en Estados Unidos —contesta Tamara.

Queda una semana para que terminen las vacaciones de invierno. Hasta ahora todo fueron programas aburridos con la abuela, algunas noches durmiendo en lo de mis amigas, especialmente en lo de Tami, que ahora se va de viaje con su papá a México. Le pregunté a Julia si vamos a hacer algo.

—Papá nos prometió —le digo.

—¿Qué parte no entendés de que mamá está enferma?

Me pide que no le pregunte más lo mismo, pero vuelvo a hacerlo. ¿A quién si no? Las personas grandes cambian el tono de voz cuando me hablan. Es jueves, estuve todo el día en casa, en un momento fui a la puerta a ver la gente pasar. Julia se fue al shopping con sus amigos y los de Tatu; Amalia se la pasa en el sanatorio cubriendo turnos con papá.

Nadie controla lo que hago, ni la cantidad de chocolates y zucaritas con leche que repito. Elvira es la única que lo nota, insiste con que por dentro tengo la lombriz solitaria, que me come los nutrientes. Si esa lombriz recorre la circunferencia completa de mi cintura, me muero. Me pregunto si es verdad o lo dice para asustarme y que aprenda a comer mejor. Dice que una vez vio a un niño que, mientras se bañaba, largó la lombriz por la cola. Desde entonces, no estoy tranquila. Y aunque esa idea me dé el miedo suficiente como para cambiar, odio las verduras, salvo por la mandioca, que es dulce. Elvira me trae del norte cuando viaja a visitar a su familia, mamá le paga el pasaje en avión así puede encargarle kilos para nosotras, que comemos mucho de lo mismo. ¿Es eso la abundancia? A pesar de sentir el intestino acelerando a toda velocidad o quizás por eso, se hace la tarde y me duermo una siesta con la tele prendida.

Sueño que estoy en el campo de nuevo, y mamá y papá me llevan a ver un halcón. Yo no quiero acercarme, sentir ese bicho enorme tan cerca me asusta. Insisten hasta que accedo. Nos ubicamos a pocos centímetros del animal, el halcón me picotea la pierna y desaparece de un solo aleteo hacia el cielo. Aparecen mis hermanas, me dicen que no es nada y yo les creo. Me dejan sola en una habitación blanca como una heladera. La pierna me empieza a sangrar y se me hace un agujero en la cabeza. El cuarto blanco está ahora lleno de sangre y canicas rojas con las que te podés patinar, creo que son los coágulos. No puedo moverme. Aparece mamá, vestida de blanco igual que la habitación, con el pelo blanco también, muy pálida. Le pido que me lleve al médico.

Ella dice que no es nada, pero mi cuerpo se empieza a poner violeta y enseguida me crece una especie de forúnculo gigante, en el centro, que se pone más y más violeta, y mi panza se deforma; después mis pies y mis piernas.

Me despierto y ya es de noche. Dormí toda la tarde, tengo mal humor. Alguien apagó el televisor y la luz mientras dormía y ni me di cuenta. Seguramente fueron Elvira o la abuela. Julia abre la puerta, recién llegada a casa, tiene puesta una mochila. Se acerca a mi cama y se tira encima mío. Me acaricia, me da un beso.

—Tengo hambre —le digo.

Voy a buscar comida a la cocina y le pregunto a Elvira por mi abuela.

—Se fue a su casa —responde, mientras acomoda minuciosamente el juego favorito de tazas de mi mamá, una por una.

Cada taza tiene pintados una flor y el nombre del mes en que aparece. En enero están las lilas, en diciembre es el muérdago, septiembre es de las margaritas. La taza de junio está rota, pero mamá pegó los pedazos para conservar el juego completo. No quedó mal para la vitrina, pero no se puede usar porque chorrea. Todavía falta rasquetear un poco del pegamento en el borde de las rajaduras, que arman una especie de mapa político, una taza dividida en provincias. La agarro y Elvira me dice que tenga cuidado, que si se cae de nuevo, se pierde para siempre. Mi favorita es noviembre, el mes en el que nacimos yo, mamá, papá, y el mes en que nacen las peonías.

Elvira acomoda el juego con cuidado, le pasa un trapo liviano a cada una buscando que brillen. La miro alinearlas en ese zigzag que diseñó mamá para que entren todas y queden a la vista, hasta que escucho el chillido de la reja. No es hora para visitas. Me acerco a la puerta, veo el auto de papá entrando al garaje, mamá está en el asiento del copiloto. ¿Es ella? Es.

El motor se apaga, hay un silencio, papá abre la puerta, camina hacia el lado de mamá para ayudarla a salir. Ella se agarra de su brazo como una inválida, y él, atento, pone su cuerpo para que le sirva de bastón. Corro la cortina de lino de la ventana del hall principal para ver mejor, pero tampoco me decido a abrir. Le cuesta moverse, parece mareada, arrastra los pies. Finalmente, sale del todo y ahora sí, es mamá y es la misma, alta, apenas un poquito más que él.

Tantos días en el sanatorio y el pelo como si hubiera salido de la peluquería. Lleva puesto el Loden azul marino, una boina de fieltro color gris topo. Tiene un pañuelo de seda atado al cuello porque todavía el frío persiste y ahora que está así, Amalia nos avisó que no se puede enfermar, que está débil. Salvo por su dificultad para caminar y el acordeón en el ceño, es mi mamá y está de vuelta, tan linda como siempre. Corro a buscar a Julia, que quedó tirada en el cuarto mirando la televisión. Le digo que venga rápido, que mamá volvió. No se mueve ni un milímetro, pero igual dice: “Ahora voy”. Me indigna su falta de emoción, a veces pienso que siento más que todos en mi familia y a pesar de tener la misma genética, entre nosotros hay diferencias tan grandes como entre un caballo y una mula.

Vuelvo a la cocina con Elvira y le digo lo mismo: “Mamá está de vuelta en casa”. Terminó de acomodar las tazas y la noto apurada, amasando ñoquis con la tele encendida. Apenas le aviso, la apaga. Repite “ay, ay, ay”, queda un poquito de harina de sus dedos en el botón de power.

—Llegaron antes —dice. Le robo dos bolitas de masa cruda y me las meto en la boca.

—¡Basta! Tu mamá va a pensar que no te cuidamos.

Dice que está apurada, y advierte que después me va a doler la panza, como si leyera el futuro. Me río y la abrazo, no me puedo acordar hace cuánto no me sentía así de feliz. Elvira es arisca, me echa diciendo que tiene que concentrarse. Me asomo de nuevo a la ventana y veo que mamá está a punto de entrar. No sé si acercarme: algo me frena de abrir la puerta ansiosa como siempre y gritar “¡mamá!”, como la mayoría de las tardes en las que la espero a que vuelva de buscar a Julia por algún programa, del supermercado o de algún lugar a donde van las madres cuando están solas.

Se acerca a la puerta y me meto corriendo de nuevo en la cocina, antes de que se dé cuenta. Desde ahí, puedo verlo todo. La puerta de casa se abre lenta, mira hacia abajo, no sé si tendrá sueño o sigue un poco confundida. Balbucea algo que no se entiende.

—Tranquila, vamos al cuarto así te acostás —le dice papá.

Él mira para adelante y me ve, Amalia está atrás acomodando la valija. Me hace señas para que me esconda, dice que mamá necesita descansar. Es verdad que no habla, tampoco me saluda. La veo pasar por el pasillo largo hasta su habitación, con la cabeza rendida hacia abajo, agarrada del brazo de papá. La veo alejarse por esa especie de túnel hasta llegar a su cama y cerrar la puerta.

Segunda parte

Es su primera mañana en casa y salgo a buscarla. Voy a la cocina, un lugar donde nunca supo esconderse. Pero las cosas cambiaron y ella todavía duerme. Tomo mi jugo de naranja sola en el comedor, espero a que se despierte. Amanecí temprano, como si tuviera colegio. Las vacaciones corren, se escapan. Mamá dice que crecer es eso: dormir cada vez menos. ¿Y ahora qué?, ¿se convirtió en chiquita? Duerme más que un bebé. Con su retorno, ir al campo me parece algo posible, quizás me dejen invitar a alguna amiga.

Papá salió a trabajar y siguen las sobras de su desayuno en la mesa: un plato con migas de pan negro, una taza con fondo de café, una tostada quemada en la tostadora. La agarro y le raspo la parte negra con un cuchillo Tramontina. Un montón de migas caen sobre la mesada, se confunden con las pintitas del mármol. Elvira entra y se queja de que estoy ensuciando.

—¿Tan temprano? —pregunta.

Dice que me parezco a papá, que no sabe prepararse el desayuno solo y dejó todo sucio. Agarra un trapo y se pone a limpiar. Amalia aparece y me da un beso en la frente. Le dice a Elvira que mientras le prepare un tostado de queso y tomate, que tiene hambre.

—¿Mientras qué? —pregunta Elvira.

—Voy a la farmacia a buscar los medicamentos de mamá.

Cuando está por salir del comedor, la agarro del sweater y frena de golpe.

—¿Puedo ir?

Amalia me mira. Me acaricia el pelo, trabándose los dedos en mis nudos de la noche. Me tironea.

—¡Ay!

—Te envidio, el mismo pelo finito de cuando eras bebé.

Se acerca y empieza con un ataque de besos húmedos en el cachete, como tener Plasticola en la cara, besos que me subestiman.

—¿Por qué mejor no te quedás? Yo vuelvo en diez, mamá quiere que te quedes.

—Mentira, si lo único que hace es dormir.

—Duerme porque tiene que curarse. —Ahora que está en casa, tiene que aprender a hablar otra vez, a volver a nosotras.

De repente, se me va el hambre, dejo lo que queda de tostada en la mesa. Amalia trata de animarme.

—Va a estar bien. Mientras tanto es como en el juego de la silla, tenemos que acomodarnos rápido. Vos sos rápida.

Me mira sonriendo, con miedo a que me asuste y decida montar uno de mis escándalos. Nadie grita más alto que yo en un restorán cuando me enoja. Vengo bien, mi punto de vista de las cosas está cambiando, pero no estoy lista. Ella lo sabe, pongo mi mejor cara de insatisfacción para que me lleve, no me rindo fácil, pero me dice que la espere ahí, en la cocina, como una planta de plástico.

Pienso en agarrar un palo y una sábana, juntar mis cosas e irme, vivir una aventura, viajar sola al campo, pero no sabría cómo. Se me ocurre salir y esperar en la esquina, donde está la garita, pero ni esa distancia me animo a hacer sola, sin mamá. Imagino mucho esa noche que nunca llego a concretar: yo esperando en la garita, sentada en la entrada de la esquina, que tiene escaloncitos en la puerta, hasta que alguien se dé cuenta o mamá pregunte por mí.

Amalia vuelve a acariciarme el pelo, da órdenes de lo que vamos a comer, y sale. Elvira tiene prendida la radio AM, en donde hablan de un atentado terrorista, buscan al hombre que armó el coche bomba, y mencionan el éxito de Andrea del Boca en el exterior, es una perla negra en la tele.

Camino en puntas de pie, despacio para que nadie me sienta, y salgo por el pasillo. Elvira se queda hablando sola del paro de transporte, y de que este país no tiene futuro, les responde a los locutores como si la escucharan.

Trato de no hacer ruido y avanzo sin que nadie me vea; voy hacia la habitación de mamá. La puerta está entornada. La abro con cuidado para que no rechine y me delate. Me acerco a ella. Está dormida, tiene puesto su pijama de seda favorito. Tardé mucho en darme cuenta de que mamá también es un cuerpo. Las pantuflas están de su lado, al borde de la cama. La bata que hace juego con el camisón cuelga sobre el respaldo de los pies. Amalia repite desde ayer que el médico le aconsejó a mamá dormir todo lo que pueda, que después de todo lo que vivió, su cuerpo necesita descansar para deshacerse del trauma y no convertirlo en dolor de cabeza. Está acostada boca arriba sobre el acolchado cuadriculado. Por un momento, ese detalle me angustia: mamá solía dormir de costado. Me acerco más y huelo: sigue ahí su perfume. Parece de otro país, como noruega o alemana.

Me acerco en silencio todo lo que puedo, luchando contra mi ansiedad torpe. Tiene la cabeza vencida hacia un lado. Respira por la nariz, con las dos manos apoyadas sobre la panza. Me dan ganas de acariciarlas, pero me contengo. Reconozco sus manchas del sol en las muñecas, el mismo reloj enredado en su pulsera de oro blanco.

Busco en su cuerpo alguna marca, recorro su piel pecosa y solo encuentro unos moretones diminutos esparcidos entre los antebrazos. Las piernas están intactas. Desde algún otro lado de

casa, Elvira grita mi nombre y me sobresalto. Salgo del cuarto en puntas de pie antes de que Elvira me encuentre. Cuando estoy lo suficientemente lejos de la habitación principal, empiezo a caminar normal y me la encuentro. Le digo lo primero que se me ocurre:

—¡Estoy buscando mis acuarelas en el mueble del pasillo!

Me quejo de que no están donde están siempre, donde las guarda mamá, pero tampoco sé bien cuál es el cajón correcto.

—Después las buscás, necesito ayuda para el almuerzo, vení, no seas lauchita.

Es la hora de comer y Elvira descongela una bolsa de ñoquis caseros. Me siento primera en el comedor y espero que lleguen los demás. Sobre la barra, Amalia ordena la bolsa de medicamentos dentro de un pastillero, en donde cada ventanita es para un día de la semana. Julia y yo somos las únicas sentadas en la mesa, nos tiramos sobre el cuenco de queso rallado, jugamos a la guerra por la cucharita. Amalia le pregunta a Elvira por mamá.

—¡Qué sé yo, Amalia! Tengo que cocinar, limpiar, cuidar a esta borrega que no se para de esconder.

—¡Mentira! No me escondí —le grito con queso en la boca y Julia me imita. Por primera vez no me lo tomo mal, necesito reír.

Amalia sale a buscarla. Hay un bol plateado lleno de ñoquis con tuco en el centro de la mesa, iluminado, estrella. Ya estamos comiendo cuando entra mamá de la mano de Amalia. Yo me levanto de la silla, no sé por qué hago eso, una reverencia. Quiero salir corriendo y hago todo lo contrario, digo: “Hola, ma”. No responde, es cierto que no habla, pero hace ruidos, todavía tiene cuerdas vocales.

Julia me tira del brazo hacia abajo para que me vuelva a sentar. Hace minutos, peleábamos por queso y ahora me cuida, la edad también es circunstancia. Amalia agarra del hombro a mamá, la ayuda a sentarse. Le muestra los cubiertos, como si se hubiera olvidado para qué sirven, igual que Ariel en *La Sirenita* confunde tenedor por cepillo. Estoy a punto de acercarme a abrazarla, pero bajo la mirada a los ñoquis, una multitud de bolitas para pinchar, coronadas con salsa. El calor del plato me llega a la cara, un humo suave, sé que lo mejor es seguir comiendo, no hacer conclusiones. Elvira espía desde la barra de la cocina, se seca los ojos con un repasador. Pareciera que mamá sufrió una especie de golpe.

—Questame. Quiesta —dice.

Como si dentro de mamá hubiera un bebé tomando la torre de control, un niño perdido jugando a un jueguito con las manos. Frunce las cejas, perdió la costumbre, parece incómoda con nosotras en casa. Toda mi atención se dirige al plato para no mirarla, pero ni siquiera recuerdo lo que es el hambre. Amalia nos avisó que no le podemos pedir nada todavía, no es tiempo de preguntas. Mamá levanta la cabeza, me mira fijo un rato y se pone a llorar haciendo ruido. Julia

le agarra la mano y ella grita. Las dos nos asustamos. Amalia se levanta para llevarla de vuelta a la habitación, la silla hace un ruido duro, la torpeza de las dos es molesta, le pide a Elvira que le lleve la comida en una bandeja. No sé si hice algo mal, si algo le duele, me pregunto dónde.

Apenas salen, Julia enciende la tele. *El Chavo* nos arrebató la angustia, una ola que nos tapa, la risa del público cada vez que Quico hace un chiste me va sacando, de a pedazos, una placa tectónica del pecho. Julia ni me mira, tiene una forma de sobrevivir diferente a la mía, prefiere no hablar. Me levanto y voy hasta el televisor para cambiar de canal.

—Ni se te ocurra —grita.

Necesita más que yo tener ese público riendo. Me corre de enfrente de la pantalla, sube el volumen bien fuerte. Vuelvo a insistir hasta que se cansa, pincha el último ñoqui, dice que la tengo harta y se va. Me quedo sola esperando el postre.

Hace una semana que mamá está de vuelta con nosotros. Elvira lo anuncia mientras mete en el horno unas medialunas con jamón y queso para merendar.

—Qué alegría, ¿no? —dice.

Trato de rastrear algún momento feliz de los últimos días, pero por suerte Elvira propone algo más: preparar juntas la tarta favorita de mamá, la de nuez. Voy corriendo a buscar el mortero en los estantes al lado del microondas. Es a ella a la única que le sale bien esa tarta, es suya. Elvira une la manteca con el huevo y la harina usando los dedos, el truco de mamá. Antes de amasar, los ingredientes se unen con los dedos, sin usar la palma, así la masa se va formando sin esfuerzo. Una taza de azúcar rubia sobre el centro rompe con la suavidad de su consistencia, pero así, grumosa, empieza a ganar dulzura. Me robo un pedazo sin que Elvira se dé cuenta y me lo meto en la boca, mi comida favorita. Cuando es tiempo de picar las nueces en el mortero, me aburro, así que salgo de la cocina camino a la habitación de mamá.

Detrás de la puerta, escucho la ducha abierta. Es la única habitación en suite de la casa. Trato de estudiar los sonidos para ver cuánto le falta, si está por terminar. Desde que volvió, está más lenta y nadie tiene permitido apurarla. Dudo que esa regla se sostenga demasiado, así que por ahora prefiero que la rompa otro. Cierra la canilla, la escucho secarse el pelo con la toalla. Mamá desenrosca la tapa de alguna de sus miles de cremas, se pone perfume y algo de ese aroma llega hasta donde estoy. Aroma a mamá.

La puerta se le traba, pero finalmente sale en bata con el pelo apenas seco y camina despacio hasta la cama. Me ve y me acaricia la cara. Le digo: “Hola, mamá”, y sonrío con los ojos cansados, no tiene palabras. Insisto en que mi presencia genere un efecto, el que sea, intriga, curiosidad, ¿nostalgia? Me siento en una de las banquetas estilo francés que tiene al final de la cama, esperando a que termine de vestirse.

Si tuviera puesta una máscara, tampoco hablaría. Mamá suele pedir que la espere jugando en mi habitación o viendo tele mientras se cambia, pero ahora que está así, en toalla, no dice nada, apenas me registra, o quizás no sabe con qué palabras pedirlo. Se para frente al conjunto de ropa que le preparó Amalia antes de salir. Lo mira, estirado sobre la cama, dibujando un cuerpo.

Me pregunto por qué tarda tanto, si necesita ayuda. Mira, con detenimiento, esa silueta

imaginaria, una persona que se parece, pero no es ella. Estudia las mangas y los cierres, murmura unas sílabas que no entiendo; estoy segura de que no son palabras. Se sienta al lado, toca las fibras de cada prenda, y le cae una lágrima. Se levanta y va hacia el espejo. Despacio, trata de entender su forma, toca el espejo haciendo contacto con el reflejo, poniendo el dedo índice sobre lo que ve. Mira hacia abajo y por un momento, parece olvidarse de que estoy y de que existo. Da pasos de tortuga, logra esbozar un “no”. Quiere decir algo más, pero se equivoca y casi instantáneamente, desiste. Salgo sin que lo note.

Una semana en casa y Amalia es la única que puede adivinar lo que quiere decirnos. Papá, en cambio, redondea la frase que mamá trata de empezar a hilar y por cómo ella lo mira, parece equivocarse. No sé cómo termina de cambiarse y viene hacia la cocina. Sigue prestando atención a la limpieza, casi en automático, solo que no sabe cómo decirlo. Mira entre la KitchenAid y el microondas y hace un gesto.

—Mercerca —dice mamá.

Elvira se asusta

—Me acerca. Acequia —repite.

Elvira toca dónde mamá señala y entiende que lo que quiere decir es que está sucio. Le responde que lo va a limpiar con Cif y sí, también pasarle cera. Le habla fuerte, como si mamá se hubiera quedado sorda. Mamá sale de nuevo hacia su dormitorio, cualquier actividad del día la deja de cama. Amalia dijo que los dolores de cabeza duran seis meses por lo menos, hay que darle tiempo, pero es importante que haga los ejercicios de las palabras.

—Si no no la vamos a volver a entender nunca más.

Me asusta cuando repite eso de que mamá no vuelva a ser como antes.

La tercera noche en casa, empezó con la tarea. Amalia dijo que no podíamos esperar más para su rehabilitación

—Es clave que vuelva —dijo.

Es mamá la que cierra las puertas corredizas del living cuando se hace de noche, un gesto que me tranquiliza, una forma de decir “a dormir”. La casa se hace más chiquita, hay menos lugar para los fantasmas del silencio. Pero ahora que está en rehabilitación, Elvira se olvida y tengo que ir yo.

Antes de darme vuelta con la misión cumplida, veo a mamá sentada en el escritorio: papá de un lado y Amalia del otro. En un cuaderno rayado, intenta escribir palabras que perdió. Mi hermana le corrige “terca” por “manteca”, “vaca” por “flaca” y “miseria” por “amor”. Está sentada en el sillón de cuero, tiene su bata blanca, el pelo atado con una hebilla. Mira los cuadernos y dice “no quiero”, después “no puedo”. Repite otra vez “no, no, no”. Se traba.

—¡Es que no puedo! —grita.

Me da bronca, es lo que mejor sabe decir, lo único que le sale sin errores. Amalia y papá le dicen que sí, que tiene que poder, que mire cómo puede. Mamá respira profundo. Papá se cansa, camina hasta la barra. Se sirve un whisky, agrega cubitos de hielo que agarra de la frapera con su mano de gigante, y se desploma en el sillón. Le pregunta a mi hermana si quiere que traiga chocolate.

—¿Ahora? —Está inquieto.

Amalia insiste con el mismo ejercicio, pero mamá se niega. Papá abre la vitrina con colecciones de pipas que nunca fumó, piedras preciosas y copas de carreras de caballos, toquetea todo nervioso. Acomoda las medallas de sus yeguas, ordenándolas en fila. Mira de reojo el cuaderno y vuelve a las medallas. Mamá señala palabras en la hoja.

—Maneje auto, gustar de cocinar, cuánto es, cómo cuesta —lee en voz alta.

Niega con la cabeza, tira el cuaderno al piso, arranca un berrinche. Papá se acerca, le agarra el hombro.

—Vamos, Cristina, dale, no te me podés caer ahora.

Amalia levanta los papeles del piso, no quiero mirar más.

Es sábado por la mañana, camino hasta el baño para hacer pis y me la encuentro en el pasillo. Está sentada sobre un revistero, confundida, tratando de encajar su cuerpo en el soporte de madera. Hace crac y se rompe. Las *Glamour* quedan desparramadas en la alfombra, algunas cerradas, otras abiertas, varias destruidas. Amalia sale de su habitación como un rayo. Mamá no puede moverse y aunque quisiera, no sé cómo ayudarla. Amalia la agarra de los dos brazos.

—Andate a tu cuarto —me grita.

Me encierro en el baño, respiro agitada, una bronca que no me entra en el cuerpo. Vuelvo corriendo mientras Amalia intenta levantar a mamá del piso para llevarla a la habitación.

—¡Vos no me podés gritar así!

Cierro la puerta de mi cuarto y me doy cuenta de que estoy temblando. Julia se fue temprano al club y no tengo a nadie. Me meto en la cama y con la almohada trato de formar un cuerpo al lado del mío. Si tan solo tuviera un equipo de hockey, si me gustaran los deportes como a mi hermana. Mi respiración vuelve a su ritmo y el silencio se acomoda. Papá entra pidiendo permiso, abre la puerta muy despacio, al ritmo de la sorpresa. Está recién bañado, huele a perfume, levanta la persiana y dice que es un día divino.

Un día divino es un día con sol.

—Vamos, arriba. Hace mucho que no salimos a comprar regalos.

Es la primera vez que voy al shopping con papá. Entramos de la mano y me olvido de todo, entiendo que nada es perdurable, y los sentimientos se terminan.

—Vamos a elegir algo que te haga feliz —dice.

Pienso en algo que pueda hacerme feliz un buen tiempo, algo que dure, pero la felicidad también es un momento, como cuando vamos por la ruta en el auto solas con mamá y ella pone el *Álbum blanco*, y siento que soy hija única, mientras cruzamos los campos de girasoles, los de trigo, y ella frena a cortar un plumero de la ruta para sus floreros.

Caminamos por los pasillos de la mano, ninguno de los dos sabe a qué negocio entrar ni a dónde ir, pero seguimos. Avanzamos con la inercia de estos días, hasta que vemos un cartel

luminoso y nos quedamos mirando. La gente nos pide permiso para pasar, leo Musimundo y papá sugiere que entremos. Le señalo la cola de gente que hay en la puerta y no hace falta que ninguno diga algo más. Nos quedamos quietos, perdidos entre la multitud de gente con bolsas en la mano. Papá me mira. Hace una carcajada, exagera siempre que se ríe conmigo, una conducta muy común para hablarles a los niños a la que estoy acostumbrada. Sigue sin saber qué hacer, mira a los demás, a ver si se le ocurre algo. Pienso en lo que haría Julia si estuviera en mi lugar, piedra libre para la tarjeta de papá.

Lo agarro de la mano y lo llevo a Paula Cahen D’Anvers, que es el lugar donde se compran ropa mis hermanas, y hay una línea de chicos que mamá dice que es medio de nena agrandada, pero tampoco se me ocurre otro lugar. Cruzamos la puerta y lo primero que veo es un maniquí puesto en altura de una nena más o menos de mi edad. Está vestida con un montgomery marrón, el interior forrado en escocés, unos jeans oxford y una camisa blanca. Elegir ropa con un varón me incomoda, así que prefiero ser rápida. Señalo el maniquí. Los dos estamos dispuestos a hacer de esto el trámite más corto posible. Me mira y acierta:

—¿Nos gusta?

Respondo que sí. Busca a una vendedora, le pide el conjunto entero para que me lo pueda probar. Yo solo me refería al montgomery, pero ninguno de los dos está para aclarar malentendidos y perder el tiempo. La vendedora me lo alcanza. Es la primera vez que estoy sola en un probador. Me da miedo que entre alguien, la cortina nunca cierra bien y queda un espacio abierto que mamá suele ajustar mientras me cambio. Hago tiempo adentro del cambiador sin probarme nada. Me miro al espejo, bien cerca del reflejo, abro grande los ojos y quedo tildada. No quiero llorar más. Espero unos minutos y vuelvo a salir. Papá está sentado en un banco en la puerta de los probadores.

—¿Y?

Le digo que bien. Agarra la ropa, estira el montgomery para que quede prolijo, rendido sobre su brazo, y agrega:

—Parece abrigado, te puede servir para el campo. —Se agacha hasta mi altura y agrega lo único que quiero escuchar—: Vamos a volver.

Julia dice que, cuando se pelea con Tatu, lo único que le saca la bronca es comprar, que la plata está para eso y mientras la vendedora mete todo en la bolsa, pienso que puede ser cierto y que quizás se lo enseñó papá. Termina de pagar y me sugiere que me ponga el montgomery para llegar a casa.

—Así se lo mostrás a mamá.

Volvemos y corro hacia mi cuarto para buscar a Julia y mostrarle mi ropa nueva, hacerla sentir orgullosa, pero todavía no vuelve. Camino, despacio, a la habitación principal. Mamá está tirada

en la cama con la tele prendida en cualquier canal, Utilísima y cómo hacer un merengue suizo. Mira a la ventana, papá entra detrás.

—Déjame a mí —me dice.

Camina hasta la cama y en cámara lenta, mamá se da vuelta para mirarlo, con la misma expresión con la que miraba hacia la nada. Papá le anticipa, con mucho esfuerzo, pronunciando con énfasis y el volumen de la voz bien alto, que quiero mostrarle el tapado nuevo que acabamos de comprar. Repite “nuevo” muchas veces, me mira de arriba hacia abajo, algo entendió. Él me pide que me acerque, y ella extiende la mano hacia el montgomery. Toca uno de los botones del medio, lo abrocha. Toca la tela, revisa el corte y por primera vez, con un tono forzado y pausado, me habla.

—Muy linda —dice.

Papá tiene un principio que no se permite desobedecer: los domingos a la mañana son para estar afuera. Ayer a la noche, Amalia me sugirió quedarme a dormir en lo de mis amigas, pero prefiero aburrirme a estar lejos. Para entender, tengo que estar. Se me ocurre salir a andar en patines. Me pongo el montgomery nuevo y le pregunto a papá si me puede acompañar. Los fines de semana cierran la calle que bordea el hipódromo, es una oportunidad increíble para encontrarme con amigas. Mamá disfruta de ese programa conmigo, se queda conversando con las otras mamás, se ríen a carcajadas y comparten preocupaciones, pero él dice que no, que hoy me quiere enseñar algo nuevo.

Agarra la revista *Palermo*, las llaves del auto y salimos. Desde que mamá está en rehabilitación, se obsesionó aún más con los caballos. Lo sé porque va más seguido al hipódromo y vuelve tarde. Nos subimos y arranca el auto sin decir una palabra. Hay algo incómodo en nuestro silencio, no estoy acostumbrada a hacer programas sola con papá, no sé bien de qué hablar y él tampoco pregunta. Creo que él está igual de incómodo porque lo escucho toser, acomodándose la garganta. Primero, pasamos a comprar medialunas de grasa en La Vicente López. Le hace chistes a la panadera, ella sonríe y me ofrece probar hacer el moño del paquete usando las tijeras para lograr el rulo de la cinta en las puntas. La habilidad me parece una magia. Ya en la caja, papá se tiente con chocolates y unas bolitas de mazapán. Mamá siempre se queja de que papá compra de más, a lo que él responde que no hay nada más rico que las sobras. La pila de tupper en la heladera con comida fría es una suerte entonces, de la que yo diariamente me quejo. Para todo tiene una respuesta y eso a mamá la irrita, dice que los hombres se creen que se las saben todas, que tienen que hacer eso para sobrevivir. Me ofrezco llevar el paquete de medialunas y volvemos al auto. Antes de subir, papá se arremanga la camisa y se pone los anteojos. Le pregunto a dónde vamos.

—A dar unas vueltas —dice.

Si me porto bien, a la tarde puedo ir al hipódromo con él.

—Corre nuestra yegua —dice.

Me hace sentir cómoda que diga que me pertenece. Lo suyo es mío. Es el último año de carreras para Materia. El que viene le toca criar, lo que quiere decir que ya no se moverá del

campo y se volverá gorda. Los caballos ya no necesitan ser veloces, se dedican a comer pastura. Salimos en su descapotable hacia el barrio de Florida. Bajamos en la estación de tren y nos sentamos a comer las medialunas sobre un banco al lado de un kiosco de diarios, mirando una calesita que parece fuera de funcionamiento. Hace tiempo, la sortija era lo único que me interesaba en el mundo, pero después crecí y las cosas cambiaron. Ahora son los caballos, como a él. Lo miro, papá señala la calle y me pide que lea el cartel en voz alta. Tardo unos segundos y digo: “General Artigas”. Se levanta y camina hacia esa dirección, sin decir nada. Deja la bandeja con las medialunas sobre el banco y como veo que no tiene intenciones de retroceder, agarro el paquete antes de que se llene de hormigas y lo sigo, incómoda, con los dedos llenos de almíbar y miedo a perderme. Hacemos una cuadra, dos, tres. Estoy a punto de hartarme de sostener sola el paquete de medialunas, hasta que frena en una casa blanca, destartalada y chiquita, con rejas verdes y el techo a punto de desplomarse. No sé si es una casa o una choza. No parece ser de nadie. La puerta de entrada también es verde, pero está gastada, hay cartones tirados en el jardín de adelante, el pasto está muy crecido. Tiene olor a pis de gato en la entrada y está sucia.

—Acá nació yo —dice.

No sé bien qué responder. Agarro fuerte el paquete de medialunas, y más fuerte, cada paso que papá avanza hacia la casa. Llega a la puerta y la mira. Me doy cuenta de que mi papá cuando era chico era pobre. Cruza la reja y comienza a sacar los papeles de las publicidades que dejaron pegadas sobre el cerco de hierro. Abre la puerta, no tiene llave, saca uno por uno del jardín los cartones tirados. Miro para los costados a ver si viene alguien, si algún vecino nos ve. Papá sale a tirar lo que juntó y vuelve a observar la casa. Me dice que lo ayude a limpiar la entrada, pero mi cuerpo no se mueve. Acomoda la manija de la puerta. Abre el buzón, agarra las cartas. Se sienta a revisar una por una, como si fueran suyas. Quiero acercarme a leer, pero no estoy segura si lo que estamos haciendo está bien. Varias son facturas, pero entre medio hay un sobre color crema que papá abre, lee y guarda en el bolsillo. Vuelve a mirar la casa, me mira, me pide una medialuna.

—La vuelta al colegio es un alivio —escucho decir a papá—, de nuevo a la rutina.

Es la hora de dormir y se sientan con Amalia en el living a discutir y organizar la agenda familiar de la semana, como si mi hermana ahora fuera mi mamá, pero ella nunca necesitó discutir una agenda con nadie, mucho menos con él. Amalia dice que también trabaja, que necesitamos más ayuda, que paso demasiado tiempo sola y soy chica. Le explica a papá que eso es un peligro, y por eso, sugiere que la abuela viva en casa por unos meses, pero papá responde que prefiere que tengamos dos mucamas y se despide.

—Ahora me voy a dormir. Lo estás haciendo increíble, Amalia, ¿estás lista para ser mamá vos también! Mirá cuando sea abuelo, con lo joven que soy.

Pasa por nuestro cuarto para que apaguemos la tele.

—Julia, es tarde y tu hermana es chiquita, dale, descansen.

Saluda desde la puerta. Mamá, en cambio, no se limitaría a hacer eso. Cuando todavía le tocaba a ella, solía entrar todas las noches con la cara llena de olor a crema de lavanda para darme un beso en la frente. Las veces que no llegaba a esperarla y me quedaba dormida antes de tiempo, ella confirmaba el beso de buenas noches durante el desayuno. Es una regla que, mientras las cosas se acomodan, espero que vuelva. Mamá la llama “amor de madre”; dice que algún día lo voy a entender. Papá apaga la luz y empieza a cerrar la puerta. Le pido que la deje entornada porque tengo miedo a la oscuridad, Julia se ríe porque papá se lo cree.

—Es un colgado, para mí no sabe ni cuántos años tenés —dice cuando él se aleja.

No es la falta de luz el problema, lo que en verdad me da miedo es perderme algo, como si mi familia fuera un cargamento de soldados que de día planifica y de noche escapa o cambia la estrategia. Desde la cama, escucho a papá hasta que se duerme, mamá se acostó antes por sus dolores de cabeza. Papá hoy no ronca, un milagro, voy al baño y de camino, veo que Amalia habla por teléfono con su novio Mariano, le cuenta las cosas del día, le habla de mamá. Camino en puntas de pie, tanteando la posibilidad de conseguir información nueva sobre ella.

La puerta de la habitación de Amalia está abierta de par en par. A lo lejos, puedo sentir el lavarropas centrifugando, el lavavajillas todavía sacándole brillo a los platos. Parecen dos monstruos que conversan creyendo que ya nos dormimos. Mi hermana está sola, tirada en su

escritorio, anota algo en un cuaderno como si fuera una secretaria de la familia. Se la ve concentrada, tan atenta a lo que escribe que ni me siente acercarme. Al lado del cuaderno, están todas las tarjetas de crédito de papá, hay doradas y plateadas. Eso es algo de lo que Julia se queja últimamente, le parece injusto que ahora ella pueda hacer lo que quiera con las cuentas de la familia y las tenga a su disposición, pero a Julia le faltan dos años para ser mayor de edad. Amalia es la favorita de él, siempre lo fue y más ahora, algunas seguridades persisten. Se da vuelta rápido y me descubre. Me guiña el ojo con ternura y dice en voz bajita, como si fuera un secreto:

—A dormir.

Ayer fue el primer día de clases después de las vacaciones, pasó rápido, ninguna de mis amigas me preguntó nada. Estuvimos durante el primer recreo armando nuestros lockers, decorando, cada una, la parte que le pertenece. Yo comparto el mío con Tami y con Gimena. El locker limpio es lo mejor de volver, vacío y sin marcas, listo para empezar de vuelta.

Gime trajo stickers plateados de California, un estado de los Estados Unidos lleno de osos. Los hizo ella con una máquina que solo existe allá. Contó que vio un oso marrón asesino, y que para que no te ataquen tenés que hacerte grande estirando los brazos hacia arriba lo más que puedas. Si hacés eso, los osos dan la vuelta y te dejan tranquila. Para decorar mi parte, yo llevé un poster de Oasis que le saqué a Julia, lo pegué con cinta bifaz, pero igual quedó desprolijo, no soy buena para las manualidades. Le vino con el CD que le regaló Tatu, original de Londres. Apenas se lo dio, le pedí que me lo regalara, que empezaba el colegio y después de estas vacaciones horribles, no tenía nada para decorar mi locker. Al principio se resistió, pero Amalia la terminó obligando, diciendo que ahora, más que nunca, teníamos que ayudarnos entre las tres.

Apenas lo saqué de la mochila, Gime me dijo que era una agrandada, no cree que me guste Oasis en serio, pero hay un tema de ellos que me sé de memoria, dura siete minutos y medio. Lo aprendí estas últimas semanas, pasando más tiempo en casa, esperando que mamá se recupere. Todavía prefiero no contar esa parte de mis vacaciones, y es que tampoco sé bien qué decir, así que dejé que siga esparciendo entre las demás compañeras que me hacía la más grande, pero es una perfecta mentirosa. El único problema con mentir es que nadie después te cree, porque si fuera por todo lo demás: imaginar, soñar, hacer cosas reales que no existen, no tendría problema en ser perfecta haciéndolo. Mientras la escuchaba, pude darme cuenta de lo único bueno que me había llevado de estas semanas, y es que una pared se cae y se miran otras, y mis hermanas ahora tenían un lugar distinto en mi vida y yo en la de ellas; finalmente, se habían acercado a mí. Gracias a Oasis, con Julia habíamos inaugurado una especie de ritual: todas las noches, después de cenar, ella pone el disco en repeat y se tira en la cama a escucharlo. Aprieta play y sin escuchar ninguna orden, apago la luz del cuarto para que podamos ver las estrellas fluorescentes que tenemos pegadas en el techo, nuestro cielo más cercano. Cuando se iluminan, entrecierro los ojos buscando que se multipliquen por efecto y pueda volver a las noches en el campo. La

canción se llama “Champagne Supernova”, comienza con el ruido de un charco, y las aguas se mueven. La primera vez que la escuché, mamá todavía estaba en el sanatorio y yo me preguntaba si iba a volver. Tratábamos, juntas, de que la canción se apoderara de todo. Había algo esperanzador en que el sufrimiento no fuera solo mío; algo más calmo.

Las vacaciones sin ir al campo se hicieron eternas. Volver al colegio estuvo bien, como cambiar de tema. La clase de arte duró dos horas con recreo y nos dieron una actividad para aprender a trabajar con una máquina de coser. En casa hay una antigua, labrada con flores. Era de mi bisabuela, está puesta sobre una mesa pesada de roble que hay en el altillo. Nadie va ahí, salvo que los grandes hayan salido y me den ganas de subir al techo y tocar la copa de una de las palmeras sin que nadie me vea. La máquina de coser es de uso exclusivo de la abuela. Mamá tiene miedo de que se rompa porque es una reliquia, aunque ella detesta coser, pero igual es buena cuidando las cosas, conservando lo que papá sugiere tirar a la basura. Cuando la abuela viene a pasar el fin de semana, mamá le hace todo tipo de encargos con la máquina, y el sábado se escucha el traca traca toda la mañana: coderas de gamuza para los sweaters de cashmere, que en Argentina no se consiguen, dobladillos de pantalones de mis hermanas, pespunte por aquí y por allá. La abuela se apura para poder disfrutar.

Hoy, cuando el pool me dejó en casa, mamá tomaba un earl grey en el comedor de la cocina y hacía la tarea de su fonoaudióloga. Recortaba palabras de una pila de revistas. Iba lento para que le quedara prolijo, usaba una tijera grande para cortar pechugas. Cuando la vi con semejantes cuchillas, me pareció que peleaba contra lo imposible. Primero me causó gracia: recortar revistas es una tarea que me daban en primer grado. Me acerqué, dejé la mochila en una silla y me senté en otra. Le pregunté si podía ayudarla. Ella tardó en mirarme, pero cuando finalmente levantó la vista, dejó lo que estaba haciendo y se fue de la cocina, como un perro asustado. Me senté en su banqueta a mirar los recortes. Ninguna palabra se unía con la otra. La primera frase decía: “él ellos me parecen lindas”. La segunda: “Motor del caño en el auto”. Julia tiene razón: mamá es un desastre. Entró de vuelta como si nada y se puso a hacerme un té con leche con tostadas negras, manteca y miel. Puso la radio y me preparó la merienda sin ayuda de Elvira. Mientras, yo hablaba acerca del día de hoy, de lo que almorcé, intentando correr la vista de esos recortes.

—¿Cómo le cole? —dijo.

Miró detrás de la barra y sonreímos al mismo tiempo. Le conté que no tenía tarea, la había terminado en una hora libre que nos dieron porque faltó la de Geografía, pero que me habían encargado útiles. Me pregunto cuál, le dije que varios. Hablamos un rato y noté que los errores en la conversación no eran tan graves como con los recortes, la charla fluía, ¿mamá mejoraba? Me emocioné y empecé a hablar sin parar, llenando todos los espacios. Saqué el cuaderno de comunicaciones de la mochila y leí en voz alta la lista que pedía la maestra para que mañana

pudiéramos hacer, de manera artesanal, unas pantuflas con la máquina de coser del colegio. La idea era regalárselas a nuestras madres para su día, pero me guardé ese secreto. Miró el reloj y dijo:

—Se va a hacer tarde para volver con papá y Amalia.

Le dio un último trago a su té, se levantó de la silla y tuvo una idea:

—Vamos a comprar la lista.

Caminamos cuatro cuadras hasta la avenida Maipú en silencio. Era la primera vez que salíamos solas, sin supervisión. Nos cruzamos con algunos de los perros de los vecinos paseando con sus dueños, saludó a todos con una sonrisa. Yo acaricié a Plomo, el husky de la calle Laprida, que nos ama. Una tarde apareció en casa, nadie nunca supo cómo entró. Papá estaba convencido de que Plomo había hecho un pozo, de esos que hacen las escuadrillas de ladrones para asaltar un banco, pero nadie encontró evidencias en casa. Él piensa que es un perro inútil, pero a mí me parece hermoso y suave. Todos los vecinos conocen a mamá y la saludan cuando pasan, me había olvidado de cómo la gente la quiere por ser alegre. En un momento, me señaló un gnomo de cerámica tomando mate que había puesto uno de nuestros vecinos más viejos del final de la cuadra y se rio.

—Qué horrible —dijo, hizo una mueca de asco que me causó gracia.

Apretó fuerte mi mano para cruzar la avenida Maipú y entramos a La Orquídea, la mercería de la esquina, una enorme y muy variada. Se sentó a esperar que la atiendan, pero yo le señalé la máquina para sacar número y fui a buscar el nuestro.

—¡Me olvida todo! —dijo.

Mientras esperábamos, se acomodó la camisa varias veces, como si olvidarse del número la hubiera incomodado. Acalorada, se levantó, me agarró la mano de vuelta y se puso seria. Susurró para ella misma un “qué hice”, le pregunté qué pasaba y me acarició la frente con sus manos húmedas. El miedo a que le robaran a sus hijas seguía en pie, a pesar de todo, podía verlo en su cara.

Una vendedora gritó nuestro número y nos sacó del incierto. Preguntó qué estábamos buscando. Mamá le dijo que necesitábamos una tela bien linda. Me miró y me guiño el ojo.

—¿Pero qué tipo de tela? —dijo la vendedora.

Mamá empezó a fruncir el ceño, después se rio.

—Una tela, bien linda.

La vendedora dejó de entenderla.

—Señora, todo lo que vendemos acá suponemos que es lindo.

Mamá se puso nerviosa, pero la señora nos empezó a traer opciones igual, aunque con muy mala cara. Mamá tocó cada uno de los géneros, agarrándose la cabeza como si le doliera.

—¡Ay! —dijo y me soltó la mano y empezó a decir que no. Los ojos clavados en el mostrador; me perdió de vista. La vendedora iba y venía con diferentes estampados.

—No puedo, no puedo saber —dijo mamá.

La mujer la miró primero a ella, después a mí, suspiró y eligió por ella, una tela que no pude ni ver. Tampoco me importaba. Miré alrededor nuestro y conté diez personas en la fila, esperando su turno con mal humor y amargura. Agarré su cartera, busqué la plata y le pagué a la señora. No esperé el vuelto. Para ese momento, mamá tenía los ojos llorosos y la vendedora le acariciaba la espalda mientras la compañera nos hacía la factura. Nos preguntó si estábamos cerca, le dije que sí. Salimos de La Orquídea, la agarré de la mano y a las pocas cuadras, casi llegando al gnomo, frenó y bajó hasta mí para decir:

—Abrazame.

Le dije que había que llegar rápido a casa, que por favor no frenáramos.

Esta semana me lleva al colegio Amalia, que retomó su trabajo. Los primeros días, la idea de salir de casa la tenía entusiasmada, pero ahora que la veo manejar, puedo darme cuenta cómo carga el dolor de las últimas semanas, las ojeras, los ojos chinos, está cansada. La escuché decir que sus fuerzas se estaban agotando, me dio miedo que se muera, pero mamá me enseñó que nadie muere de dolor de alma, aunque no estoy segura de que eso esté comprobado.

Amalia dice que no puede con algunas trabas de mamá. Mientras maneja, trata de combatirlo disimulando, avanza, me mira de vez en cuando, se alisa el frizz del pelo con la mano. Empieza a decir, de la nada, una especie de discurso de que es hora, que cada una tiene que hacer su vida en algún momento. Sube la perilla del volumen de la radio y trata de sonreír como si nada, pero enseguida la boca se le inclina de nuevo hacia abajo, casi como un reflejo. Me pregunto si el cansancio es algo que se acumula en la vida, y si las arrugas son eso: surcos para almacenarlo. Saluda a cada una de mis compañeras por nombre y apellido mientras las levanta haciendo pool, les pregunta por sus familias. Parece triste, aunque papá dice que tenemos todo.

Llegamos a la puerta del colegio, el lugar en el que puedo descifrar de dónde vienen los demás, cómo son las otras familias, el preámbulo de mi comparación. Autos azules, autos blancos, combis grises y naranjas, camionetas negras y altas como aviones. Me detengo en cada una a ver si encuentro algo de las intimidades de los demás, cómo viven, cómo se hablan, de qué forma se miran. Padres ejecutivos; madres vestidas de gimnasia, algunas maquilladas, otras en pijama. La mayoría son mamás. Estacionan, sacan las mochilas del baúl, van frenando de a uno en la puerta. Algunos salen corriendo, otros se bajan con sus hijas y las besan. Soltar les cuesta, como si las extrañaran. Después se olvidan, viven sus vidas sin nosotras. Nos recibe en la puerta una maestra distinta cada día. Hoy toca Miss Anne, la de inglés, nació en Escocia y cada vez que la miro pienso por qué está acá si Escocia es tan lejos, ¿dónde está su familia? Se siente bien salir del auto de mi hermana, más joven que mamá, más moderna. Antes de saludarla, le subo el volumen a la música de Tracy Chapman y me pregunto si alguna compañera me envidia, si paso desapercibida, si tengo suerte.

Entramos a la clase de arte conversando. Apoyamos la mochila, y el día se empasta. La maestra nos saluda, y cada una saca su tela. Todas comienzan a ponerse en fila para la máquina, incluso trajeron dedales de las abuelas. Salvo yo, que después de estudiarlas y sentir sus telas, compruebo lo que ya sabía: mi tela es una peste, brilla y parece un camisón. Tami se acerca a mi banco, me pregunta de qué color me la compraron y yo le digo que tiene aviones.

—¿A verla?

Agarro la mochila y salgo corriendo hasta el locker con la fantasía de esconderme ahí adentro, hacerme chiquita, confiando en que, si me acurruco, entro; es bastante grande y busco una salida. La maestra me sigue, se disculpa con la clase y sale gritando mi nombre. Ya estoy grande para entrar en el locker, sigo de largo y me alcanza en el baño. En el camino le pide a la maestra de enfrente que la cubra.

Entra. Primero me dice que vuelva a la clase urgente, que puede amonestarme por salir así. Me tapo la cara con las manos, le digo que no puedo volver, que necesito ayuda. Asomo los ojos y la miro, la maestra insiste en que salga del cubículo ya o me lleva a hablar con la directora. Abro la puerta muy despacio, tragándome el llanto, y saco la tela de la mochila dándome cuenta que es un trapo. Le pido que por favor no le diga a nadie, que mamá está enferma. Es una especie de goma espuma que brilla, liviana, parece frágil. La maestra la agarra y dice:

—Esta tela no te va a servir para hacer pantuflas.

Es evidente que eso ya lo sé, le explico que mi mamá se equivocó. Lo primero que se me ocurre es culpar a las vendedoras.

—Fui con ella, pero le dieron otra bolsa que no era la nuestra.

Le pregunto si tiene alguna de repuesto para mí. Le digo que quiero hacer el regalo del Día de la Madre igual, que este año es importante. Me contengo hasta que no aguanto más y lloro. Creo que llorar puede servir, pero la maestra vuelve a repetir que no tiene tela extra, que podemos pensar en otro regalo.

—¿Qué le gusta hacer a tu mamá?

Trato de pensar, pero durante el tratamiento, mamá parece haber dejado todo, las clases de ikebana, sus estudios de francés, los talleres de arte, su obsesión con regar y el trabajo de jardín. La maestra me pregunta si le gusta cocinar. Interrumpo el llanto y le digo:

—Le gusta tomar té.

Vuelvo a casa con una funda para una tostadora. Termino de coser antes que todas mis compañeras. La meto en el fondo de la mochila porque ni yo quiero verla, la maestra me trata mejor. Apenas abro la reja, mamá se acerca a recibirme, como si me estuviera esperando, como una amiga. Me pide la lonchera para limpiarla en la cocina.

—¿Hoy fue bueno? —pregunta, pero le tiro la lonchera al piso sin ánimos de responder nada y salgo corriendo.

Detrás mío, ruedan los tupper sobre las piedritas de la entrada y ella se queda a recogerlos.

Busco la llave de mi cuarto en el cajón de la mesita de Julia y me encierro, con la velocidad en la que se camuflan los pulpos y se esconden los peces dentro de la barrera de coral. Me pregunto si es para siempre, si a partir de ahora no va a entender cómo funciona el mundo. Quiero que alguien me explique, pero a la única que entiendo es a mamá; ahora es ella quien no me entiende a mí. ¿Esto será para toda la vida? Lo que más me preocupa es el tiempo, que corre a otro ritmo. Me tiro al piso, me apoyo sobre la puerta. Puedo escuchar cómo se acerca como si nada hubiera pasado.

—¡Quiero abrir! —insiste—. ¡Soy chiquita! Sos muy chiquita.

Intenta decirme que está mal, que no puedo encerrarme sola en el cuarto, pero no puede ser clara y como se equivoca, su reto pierde fuerza, una varita mágica sin poder. Le grito del otro lado de la puerta: que la tela estaba mal, que era horrible y no pude hacer el ejercicio, que no sirve para nada y ahora estoy atrasada, que es el peor año de mi vida y es su culpa.

—¡Qué importa la tela! —dice bien alto, insiste con que le abra la puerta. Dice que va a abrir ella, pero quiere decir que tengo que abrir yo.

—No entendés, hablás mal.

No me responde. No estoy segura de si sigue ahí o se ofendió y se fue, hasta que pongo la oreja sobre la madera y la escucho respirar bajito. Espío por la cerradura: está parada mirando hacia el picaporte si me decido a dar vuelta la llave. Balbucea algo y se frena antes de formar una palabra y que le salga.

La escucho hacer una especie de quejido, frustrada, llora despacio, casi en silencio.

Hasta hoy, quise creer que las mamás no lloraban, me siento chica para no creerlo más. Abro la puerta con cuidado y un poco de pudor, todo lo que nos dijimos está ahí, en el aire, va a tardar en irse, como el olor a humo de la chimenea del campo. La miro, ahora está apoyada sobre la pared del pasillo, sentada en el piso, con la cabeza entre las manos. Me quedo mirándola desde arriba, tiene los ojos llenos de lágrimas y apenas me ve, hace ruido cuando llora. Se levanta y antes de que vuelva a decir algo mal, la abrazo fuerte.

La abuela riega el jardín. Es un sábado de sol y me pide que la acompañe. El clima empieza a calentar y me hacen pasar más tiempo afuera con la excusa de la vitamina D, pero sobre todo para que no desordene tanto la casa. Arrancamos por los canteros de las ventanas, donde se bañan los zorzales. Una nube tapa nuestro reflejo sobre el vidrio y nos deja ver a mamá adentro, recostada en su cama, mirándonos.

La abuela le hace señas para que se levante.

—¡Faltaba agua, Cristina! Voy a regar las orquídeas.

Mamá se levanta de la cama lenta como un elefante, haciendo un esfuerzo extra. Tarda, pero llega hasta la ventana y empieza a correr el vidrio, empujando fuerte hacia un lado. En el medio, se traba. Son ventanas viejas, enormes y macizas. Pelea con la manija. Me acerco y la saludo con la mano. No la puedo tocar, un mosquitero nos separa.

—Hola, ma. ¡Mirá! Estamos cuidando tu jardín.

No escucha bien, pero igual sonrío con los ojos chinos, medio dormida. La abuela dice bien fuerte que ella y yo estamos divertidísimas, pero la verdad es que ella riega y yo no estoy haciendo nada. No le gusta darme el mando de la manguera, dice que mojo todo, que le voy a mojar el pelo de peluquería. Es verdad que hago eso: si estamos nadando en la pileta, me gusta tirarme de bomba cerca suyo, mojarle el pelo e invitarla a que se zambulla. Vuelve su atención a la tarea de hidratar las plantas y enfoca hacia la Santa Rita. Le da a ese monstruo un baño de agua fresca, las flores que se asoman por primera vez en el año empiezan a llorar, húmedas, brillantes, chorrean. La flor de la Santa Rita tiene otra flor chiquita adentro, en el centro, color blanco sucio; un secreto a la vista. Pasamos por la salvia y confirmo que la primavera está llegando. Pienso en todo lo que pasó últimamente, el registro desvariado del tiempo. No deja de sorprenderme cómo no puedo acordarme de nada de cuando era bebé. Caminamos tirando de la manguera hasta la estrellitzia preferida de mamá, otro dinosaurio más grande que mi hermana, y la abuela dice:

—¿Alguna vez te dijeron que naciste con el corazón roto? —habla para mantenerme entretenida y que no deje de seguirla. Pienso que puede ser capaz de inventar algo así para que me quede ahí, prendida a su falda, polleruda de la abuela.

—A mí no me gusta nadie —respondo.

Ella se ríe. Desde adentro, veo cómo mamá tirea de la manija para abrir la ventana por completo y escuchar. Finalmente, se aburre, vuelve a la cama dejándola mitad abierta. La abuela me cuenta que, cuando me alzó en el hospital apenas nací, fue la primera en decir que yo tenía algo mal. Nadie le prestó atención, rieron creyendo que solo quiso decir que había salido fea, pero durante mis primeros días de vida, la cosa no estuvo fácil, dice la abuela.

—Empezaste a desarrollar una inflamación en el pecho. Una que no paraba de crecer y no era normal.

Con tal de no dármele a mí, tira la manguera al piso y dice que va a armar un charco para pajaritos. Empieza a sacar unos yuyos que bordean los canteros de las ventanas y sigue hablando.

—Hasta que tus papás dieron con el médico indicado y te hicieron una ecografía.

Vuelve a agarrar la manguera sin mirarme. La sigo mientras pasa de palmera en palmera.

—Tenías un soplo.

—¿Qué es un soplo? —pregunto.

—Un soplo es un agujero en el corazón.

Me mira a los ojos y se da cuenta de que me dejó preocupada, así que sigue.

—Es algo común, pero el tuyo era muy grande. El médico le sugirió a tu mamá una operación: unos parches podían cubrir el agujero. Son tejidos que el músculo del corazón se apropia y vuelve a tapar.

Me imagino que tengo un corazón de tela, después un corazón con un tapado, toco el centro de mi pecho como si me faltara algo.

—Para esto, te tenían que abrir el esternón hasta llegar al músculo y arreglarlo. ¡Imaginate a tu madre!

Cuando la nombra, la busco del otro lado de la ventana, tirada en la cama de vuelta.

—Tu mamá tuvo miedo, así que tuve que ocuparme yo. O mejor dicho, Dios —dice la abuela con cara de ganadora.

Va hacia la canilla para cerrar el agua y enrollar la manguera. Se aburrió, así que pide que la ayude trayéndola desde bien lejos, ella nunca tiene fuerza. Mientras tiro y se va acercando, me cuenta que puso la medalla de una virgen escondida en la almohada de mi cuna y le dijo a mamá que esa virgen iba a solucionarlo todo.

—Tu mamá es creyente —dice.

Según ella, papá tuvo dudas, le insistía en que había que escuchar mejor al doctor, avanzar con la cirugía. La abuela dice que se pelearon por mi culpa y mamá se fue conmigo, las dos solas, a nuestra casa en Punta del Este. Se instaló ahí a esperar que ese agujero se cerrara solo, a rezarle a Dios. La abuela me acaricia la cara y dice:

—Cristina es única, ¿y querés saber más?

Asiento con la cabeza, le digo que quiero saber todo, que lo necesito para entender. La abuela

baja la voz.

—Todos esos meses, tu mamá no quería llevarte al médico, entonces te pesaba en la balanza de la verdulería, como si fueras una bolsa de papa.

Se ríe y hago lo mismo, por las dudas.

Ya hace más de un mes que mamá está en casa. Espero en la puerta del colegio que me pasen a buscar. Miro hacia afuera. Me trepo a la reja como una presa para ver si aparece el auto de mi hermana para señalárselo a la celadora y salir corriendo. Pero me sorprende papá. Maneja su Mercedes Benz, tardo en reconocer que es él. Toca la bocina. Mamá tiene otro auto y ahora que ella no puede manejar, papá dice que va a aprovechar y cambiarlo por una camioneta para cuando vuelvan a darle el registro.

—Es más cómodo para el campo —dice.

Nos amontonamos en el asiento de atrás con mis tres compañeras que hay que dejar en sus casas. Se olvida dónde viven, dice que tiene las direcciones anotadas en la agenda, pero es mentira, hay que marcarle el recorrido. Le pregunta a cada una por sus padres mientras acelera. Ellas le piden que baje el techo del auto. Entonces papá aprieta el botón mágico y aparece el cielo celeste. Las chicas gritan “¡wow!”, piensan que mi papá es divertido y eso me alegra; nuestros pelos se sacuden al compás del viento.

—¡Sientan la libertad! —dice papá, apretando un poco más el acelerador.

El auto es su libertad, lo que cabalga todos los días en la ciudad, a veces hasta muy tarde en la noche.

Se baja la última y me cambio al asiento del copiloto, abro la guantera para elegir un casete y encuentro su virgencita negra. Tiene una base de hierro, es una virgen que papá lleva a donde sea y nunca supe bien por qué. La pongo en mi palma y cierro el puño a ver qué siento. Solo calor. Papá me explica que esa virgen es muy especial:

—Es una réplica de Santa Teresa de Lisieux.

Dice que adentro tiene oro, pero sé que es mentira, lo hace para asegurarse de que para él es muy importante. Me cuenta la historia: se la regaló su tía, que era monja, cuando él tenía catorce años. Se la había traído de París. Es su amuleto y le trae suerte desde entonces. Me la saca de la mano con cuidado para besarle la cabeza. Mientras maneja, me cuenta cómo esa figura lo acompañó a cada uno de los lugares a donde fue.

—Hasta cuando tu mamá y yo nos fuimos a casar.

Todas las mañanas antes de despertarse, donde esté, lo primero que hace es besar a la virgen

negra antes de salir de la cama.

—¿Y por qué es negra? —le pregunto.

Papá me explica que ese color es del tiempo y del uso, que la virgen es de bronce brillante. Vuelve a aclarar que tiene algo de oro. Pienso que papá le pidió demasiadas cosas y la virgen comenzó a oscurecerse. Además, si esa figura negra simboliza nuestra suerte, ¿por qué no estuvo en el sanatorio con mamá? Se ríe cuando le pregunto y me explica que nunca la soltó, que tiene que estar con él para que la suerte nos pueda reinar.

—Hay una frase de Santa Teresa muy conocida que dice: “Se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas que por las no atendidas”. Algún día la vas a entender.

Elvira dice que es tarde, que me tengo que ir a dormir. Le respondo que no es mi mamá, no puede decidir cuándo mandarme a la cama. Se agarra la cabeza, dice que es una desgracia, que ya nadie me educa.

—Y encima yo, con lo grande que es esta casa, también me tengo que ocupar de vos, tan difícil.

No entiendo si la difícil soy yo, la casa o su vida, pero camino hasta el cuarto de Amalia. La puerta está cerrada porque está con Mariano y no puedo entrar. Mamá está en el escritorio haciendo los ejercicios de rehabilitación, tengo prohibido interrumpirla. Papá salió a comer afuera, vuelve tarde. Esta noche, Julia duerme en lo de una amiga y no tengo a nadie. Elvira está cansada, termina de acomodar la cocina y yo todavía no tengo sueño. Le pido más chocolate, le digo que me haga un huevo pasado por agua, repite que es tarde, que no sé lo que quiero, hasta que se hace tarde enserio y el cansancio me gana, entonces lloro. Dormir sola me da una mezcla de tristeza y miedo. Dormir es parecido a morirse.

Elvira termina de limpiar la mesada de mármol de Carrara y apaga las luces de la casa para irse a su cuarto, en el piso de arriba, al lado del altillo. Me dice que me arregle sola, que total siempre hago lo que quiero. Se va. Sube regañando. Las piernas le pesan de noche, lo sé porque las venas se le hinchan y se pueden ver, sobresalidas de su pantorrilla y de color violeta. Miro hacia arriba, enciende la luz de su cuarto. La puerta sigue abierta, entra al baño a cambiarse, sigo sus pasos desde abajo. Voy rápido al cajón del living donde mamá guarda sus chocolates suizos, agarro uno y subo a la habitación de Elvira:

—Traje chocolates.

A esta hora no me soporta, lo veo en su cara, me advierte que tengo que volver a mi cuarto ya mismo.

—Dejá de hacerte la viva, ¿me vas a comprar con chocolate a mí?

La casa es oscura, le digo, tengo miedo. Sin paciencia, abre la cucheta de al lado de la cama y me tiende unas sábanas que saca del ropero. Me dice que es solo hasta que me agarre sueño, que mañana tengo colegio y si no duermo en mi cama, mamá se enoja.

—Ya no se da cuenta de nada —contesto.

Papá llega de trabajar, se sirve un whisky y camina hacia el living. Me tiro en el diván mientras lo veo avanzar y sentarse en su escritorio. Está concentrado, hace cuentas. En la mesa ratona hay unos elefantes que traen suerte, eran de un tío abuelo que nunca conocí. Están al lado de un puercoespín, que también es un timbre y que mamá usa para llamar a Elvira cuando hay visitas. Hay que apretarle la cola. Pegado al puercoespín, hay un folleto blanco que dice LARA. Leo el paréntesis que hay debajo: “Liga de Afasia de la República Argentina”. Es donde mamá hace el tratamiento.

Papá habla por teléfono. Leo: “El paciente afásico y su familia”. Parece una especie de guía breve para que podamos entender qué le pasó. Mientras busco soluciones, voy pasando dibujos, ejemplos de diálogos y una lista de síntomas, en donde dice que el paciente puede tener fatiga, dificultades de concentración, y “menores posibilidades en el hacer”.

Papá hace las últimas llamadas de trabajo mientras Elvira termina de preparar la comida. Captada por un olor que no descifro bien, entro a la cocina, curiosa, para conocer el menú de esta noche: roast beef a la plancha con papas noisette, algunas ensaladas, choclos con manteca, queso con membrillo para el postre. El extractor está encendido, suena como una turbina de avión. Es el momento de la casa con más ruido: los televisores prendidos; teléfonos que suenan; mamá haciendo los ejercicios de rehabilitación con Amalia, repite oraciones una y otra vez hasta que salgan, como una gimnasia. La voz de papá hablando por teléfono retumba en los pasillos. Julia odia eso de él, que hable tan fuerte, dice que no hay necesidad de escuchar qué medicamento hay que darle a un padriño para curarle la úlcera; Materia y las demás yeguas no le interesan para nada.

La ropa cómoda cierra su día. Cambia traje y corbata por una remera del hipódromo de Santiago de Chile y un pantalón escocés Polo, que usa de pijama. Empieza la vida que tiene con nosotros en casa y se sienta en el comedor, espera la comida mirando el noticiero. Cambia el canal de Elvira sin preguntarle a nadie, diez minutos antes de que termine la novela. Ella no dice nada, pero acelera el ritmo de trabajo con el fin de servir rápido y seguir mirando la novela desde su cama. La mira desde que la conozco, sabe todo lo que está pasando y sé que eso no se hace. Elvira tiene un matrimonio con la novela de la hora de la cena. Pasamos un rato los dos solos, sin

hablar, sentados en el comedor hasta que entra Julia.

—Hola, papi.

Julia le da un beso en la frente a papá y los dos se acomodan juntos, hambrientos y ansiosos por sacarse la comida de encima. Se aseguran un espacio privilegiado cerca de la pantalla. Esos son sus lugares.

—¿Algún día vamos a cambiar nuestras sillas? —digo y no me dan bola.

No es la primera vez que pregunto. Los dos me hacen callar al mismo tiempo. Le pido a Julia que me cambie, ella dice que me calle. Elvira trae un Cynar con soda para papá y se retira para terminar de emplatar. Va y viene con las ensaladas a la mesa y al mismo tiempo, grita para avisar a las demás que está todo listo. Mamá y Amalia llegan conversando como si fueran amigas, se sientan del otro lado del televisor. Elvira escapa a ver el final de su novela.

Mamá se sienta y nos sirve a todos la comida. Primero a papá, que todavía no la saludó. La tele le interesa más que cualquier otra cosa. Amalia pide que bajemos el volumen:

—Mamá quiere anunciar algo importante.

Julia y papá resoplan, tratan de dilatar el momento hasta llegar al aviso publicitario, hasta que lo silencian. Todos la miramos para que hable. Mamá sonrío vergonzosa y dice “no puedo”, pide que hable Amalia, pero mi hermana le insiste.

—Dale, mamá, si hoy estuviste re bien.

Con la mirada de todos clavada en la cara, mamá habla.

—Es dos años desde el infarto.

—Meses, mami, pasaron dos meses —la corrige Amalia.

—¡Meses, meses de meses! Perdón, no puedo. Seguí vos.

Hacen un intento más, pero mamá se traba. Papá se pone impaciente, pregunta: “Por qué tanta intriga, che, dale”. Para que todos podamos entender, Amalia resume:

—Hoy llamaron a casa para invitar a mamá a contar su experiencia en una conferencia frente a muchas personas.

Mamá está contenta, se tapa la cara riéndose. Surge en mí una nueva preocupación que no conocía. Pregunto dónde y por qué. ¿De qué va a hablar? Si no puede decir nada. Me asustan sus exposiciones desde que se equivoca, especialmente en el colegio; trato de hablar por ella.

—Mamá fue reconocida como un ejemplo por su recuperación —explica Amalia.

Papá le palmea la espalda, mamá la encoge en un mismo movimiento, se le pone la cara roja de pudor. Cada uno vuelve a su plato, Julia le da rosca a la perilla del volumen para que suba.

—Voy a tener una copa —dice mamá.

Amalia la corrige con ternura:

—Ma, no la confundas. Te van a dar una medalla.

Mi hermana le dice que mañana van a ir juntas a la tienda de su amiga, Cecilia White, a comprarse ropa nueva para el evento. Pregunto si yo voy a ir a la conferencia y mamá dice:

“Vemos”. Julia pregunta cuándo es, avisa que los miércoles no puede faltar a hockey. Papá le pide Amalia que por favor le recuerde a su secretaria.

La abuela abre la ventana del living de su departamento, tiene una vista privilegiada al cementerio de Recoleta. Cientos de tumbas y algunos próceres muertos, un paisaje perfecto para el día gris. Trato de contarlas mientras acomoda los sillones para hacer lugar con la colchoneta y empezar su sesión de estiramiento de todas las mañanas. Me despertó para que la vea.

—Mirá. Aprendé.

Sugiere que la copie así aprendo, y sin darme cuenta, estoy en una clase. Levanta las puntas de los pies, alza las manos hacia el cielo. Parece apenas rozar el suelo con la cola, su cuerpo se estira como el de una bailarina. Ni un gramo de grasa y se le notan los huesos, se mueve como una pluma. La abuela dice que gracias a sus clases de estiramiento se mantiene flexible y que con lo que le pasó a mamá, nosotras deberíamos hacer lo mismo.

—Es aprender a lidiar mejor con los cambios. Una tiene que hacerse de herramientas propias.

No entiendo, pero me gustaría estirarme tanto como ella, que parece de goma. Su casa la compró mi papá, al poco tiempo que se quedó sola. Yo era chiquita cuando mi abuelo tuvo un paro cardíaco jugando al póker; sé por mamá que la abuela no lloró. Estaba convencida de que esa era la mejor forma de despedirse de él, o quizás estaba harta de cómo la destrataba, pero se sabe que solo dijo: “Murió haciendo lo que mejor sabía hacer, que es perder plata”. En la entrada hay fotos viejas de ella en Mar del Plata con mi abuelo muerto. Ahí, él es bien alto y grandote, un ropero; ella, igual de chiquita. En algunas, aparece mamá sonriendo entre los dos con mi misma edad.

Ayer a la tarde, papá me trajo a dormir con la abuela porque tenía que volver al campo y nadie sabía qué hacer conmigo. Son tensos los momentos en donde siento que soy una pelota. Mamá iba a pasar el sábado con sus profesores en una jornada especial de rehabilitación. Julia, como todos los fines de semana, se inventa un programa y desaparece. Amalia ya hizo, hay que dejarla descansar. La abuela termina su clase de estiramiento y vuelve a acomodar la mesita del living para que todo quede igual. Me pregunta si tengo hambre y antes de que responda me trae sanguchitos de miga de jamón y queso de la panadería y confitería Anselmo, cerca de su casa. Me dice que es la panadería preferida de mamá desde que nació y en realidad se llama Anselmo 1922. Pruebo uno, ella no desayuna.

—¡Me olvidé tu jugo! —dice la abuela, y sale corriendo a prepararme un vaso bien alto de exprimido de naranja.

Cuando termino de comer, me dice que no hace falta que me bañe, que podemos ir a ver a su amiga Ofelia, la vecina que vive dos pisos más abajo y es bruja. No es la primera vez que me lleva. El día está feo y en su casa no hay nada más que hacer. Julia me contó que cuando era chica Ofelia le daba miedo. Su pelo blanco, tiene algo de espíritu, pero ahora cree que es una bruja buena y tiene poderes de verdad. Me voy a la habitación a ponerme una camisa escocesa, la uso debajo de mi jardinero, en el espejo del ascensor confirmo que me encanta mi look.

La abuela baja en pantuflas. Los programas que hacemos cuando vengo a dormir a su casa son dentro del edificio. A lo sumo, nos alejamos una cuadra hasta el kiosco. Ofelia nos abre la puerta, se abrazan como si se quisieran mucho. Suena un bolero que no conozco. Justo antes de entrar al living hay una de esas cortinas de mostacillas que suenan como la lluvia. Mamá las llama cortinas de verdulería, pero a mí me encantan. La atravieso sintiéndome un hada y entramos con la abuela.

Debajo de la música, se escucha el motor de una pecera. Su departamento tiene todos los tonos de rosa que existen en el mundo. Hay luces blancas de arbolito de Navidad recorriendo el piso de la entrada hasta el living. Me dejo guiar por ellas hasta llegar a un juego de sillones floreados con flecos en las puntas. Las cortinas son de terciopelo con aroma a bergamota. Nos sentamos en el living, todo es pomposo y me dan ganas de sacarme los zapatos para sentir las alfombras peludas. Sin darme cuenta, estoy adentro de una nube de sahumerios de sándalo, palo santo y canela. Ofelia me mira con un signo de aprobación para que juegue con los cuarzos, que no puedo dejar de mirar desde que llegué, apoyados sobre una mesa, rodeados de miles de estampitas con dibujos de mujeres y coronas. La última vez que vine, me hizo memorizar las vírgenes y santas a las que sigue, contó leyendas. Me tomó examen para reconocer los poderes de cada una, pero ahora de la única que me acuerdo es la del mar: la Virgen de Iemanjá. Agarro una de las piedras. Me sorprende que existan, no entiendo bien si son un pedazo de planeta, de dónde vienen, de dónde las saca ella. Le digo a la abuela que quiero una, y se ríe.

—Esta nena también es medio bruja —le dice a su amiga.

Cierro los ojos mientras sostengo la piedra, me concentro a ver si puedo visualizar el futuro. Aparece Materia comiendo pasto conmigo en el corral, aparece lo que deseo. Los vuelvo a abrir y Ofelia se sienta al lado, me sirve té de vainilla y empieza a mezclar un mazo de cartas para tirárselas a la abuela, que le pregunta por mamá.

—Quiero saber de Cristina —dice.

Elige dos cartas, que quedan boca abajo sobre el mantel de terciopelo. La última, la tercera, me deja elegirla. La apoyo al lado de las otras, también de espaldas, y me sirven un poco más de té para generar la intriga de las brujas.

—¿Estás lista? —le pregunta Ofelia.

La abuela asiente con la cabeza y Ofelia da vuelta una por una, despacio. Cuando termina, las mira y deja de sonreír. Levanta la vista hacia mí y aprieta los dientes, no entiendo si hice algo mal, si estoy tocando el cuarzo de la manera equivocada, si ahora la piedra me va a dar mala suerte. Lo suelto y cae al piso, pero no se rompe. Ninguna se inmuta, miran las cartas, la abuela pregunta:

—¿Qué pasa, Ofelia? ¿Por qué tanto misterio?

—Matilde, no puedo con la nena —y le pide que vuelva más tarde sola.

La noche, ese territorio del que me privan. Hoy está calurosa y papá maneja por la autopista. Elvira me peinó una media cola con el moño azul. Tengo puesto un vestido del mismo color con banderas de todos los países del mundo. Lo usé una vez sola, para el cumpleaños de una compañera y fue un éxito: mis amigas recorrían la tela buscando las banderas de los lugares que conocían, ninguna me podía soltar. Julia mira mi vestido, pasa el dedo por España, continúa lento hacia Francia y me dice que estoy linda. Me empieza a mostrar las banderas de todos los países que va a visitar cuando se vaya de gira a Europa con el club. Por suerte faltan dos años, todavía tengo que aprender a dormir sola.

Julia me cuenta que va a conocer la Torre Eiffel, Amalia dice que esa torre es su lugar en el mundo. Miro hacia adelante, busco el pelo rubio de mamá, busco el oro. Lo tiene atado con una hebilla dorada. A pesar de que papá está con uno de sus monólogos sobre caballos pura sangre, mamá nos escucha a nosotras. Abre la solapa del espejo para mirar hacia atrás. Sonríe y me guiña el ojo. Julia y Amalia no se dan cuenta, miran por las ventanillas, yo voy en el medio, entre todos, como si mi familia me protegiera, como si fuera una perla.

Estamos a punto de llegar y mamá se retoca el maquillaje, miro cómo se pinta la boca color ladrillo para que le combine con la camisa de seda; está hermosa. Aprieta un poco los labios para que baje la intensidad del color del rouge. Le pregunta a Amalia si está bien.

—Sí, ma, estás diosa —dice Amalia.

Dejamos el auto en un estacionamiento y entramos juntos al salón de conferencias. Papá le da la mano para que se baje del auto como una princesa. Amalia la abraza del otro lado y papá se corre hacia atrás para que entren juntas. Julia y yo vamos detrás de él, como si papá fuera un escudo. La entrada es lenta, trabada por muchos invitados en sillas de ruedas, andadores, muletas y un bastón con cabeza de pato. Una chica de la edad de Amalia está subida a una silla eléctrica que le sostiene el cuello y babea. Apenas entramos, otra de la edad de Julia me mira fijo y sonríe con todos los dientes, como si me conociera. Tiene una especie de andador y grita cosas, pero no se le entiende lo que quiere decir, habla como si tuviera comida en la boca. La vida sin lenguaje es una cárcel: la chica quiere decir cosas, pero no tiene con qué.

Julia me abraza tapándome la cara, mamá se acerca a la chica y la saluda como si fueran

amigas. Me siento más tranquila si no lo veo todo, pero hay muchas personas como ella, de todas las edades posibles. Papá mira a los demás, parece no tener a nadie para saludar. Se pone inquieto y nos mueve por todo el salón, una isla de hemipléjicos que saludan a mamá como mejores amigos.

Amalia me sirve Coca-Cola, papá me lleva de la mano en busca de una mesa con sándwiches de miga. Hay un hombre sentado al lado de las botellas, le están dando de comer en la boca. Me pregunto si mamá también lo conoce. No pasa mucho hasta que papá empieza con sus chistes. Mueve los brazos para que nos soltemos de él y activar su versión payaso. Haciéndose el que se choca con nosotras, imita a una señora que parece tener las manos atrofiadas. Tengo miedo de que se note.

Pero mamá ni lo escucha, saluda a todos, sonrío, tiene los ojos brillantes como cuando se emociona. No llora, está feliz. Se da vuelta y dice: “Me pesa”. Amalia agarra su cartera Louis Vuitton y se la sostiene. Le pido a mi hermana que me la dé, me encanta esa cartera, pero me dice que soy chica. Quiero seguir a mamá, pero tampoco puedo sacar la vista de Julia, me aterra perderme en un salón tan grande lleno de desconocidos que no pueden hablar. Papá me pregunta si tengo sueño y le digo que no, pero igual me responde que aguante un poco, que vamos a volver a casa lo antes posible.

Suben al escenario diferentes personas, la mayoría en sillas de ruedas y otras que, arriba de una tarima, parecen perdidas o muy torpes. Unos señores de traje están parados en el centro, listos para entregar los diplomas; dos mujeres los acompañan y ordenan a los pacientes en una fila.

El primero en subir es un hombre en una de esas sillas a motor. Lo ayudan entre dos asistentes y lo empujan juntos por la rampa. El hombre grita como si lo atacaran, pero enseguida una de las dos mujeres de arriba lo calma. Esas situaciones se repiten y se apagan en cada sector de la sala. Es el turno de una señora de la edad de papá. Parece mareada, se despide del micrófono saludando con la mirada hacia la ventana, grita: “Adiós sol, ¡hasta mañana!”. Julia y papá se ponen tensos, el resto del público sonrío y aplaude. Papá mueve la pierna, le pregunta a Amalia cuántos más faltan hasta que le toque subir a mamá, Julia se come las uñas. Tiene los ojos bien abiertos, dos ruletas girando para todas partes, como si buscara un fantasma.

Papá la agarra fuerte y le dice chistes en el oído que no llego a escuchar, pero me río por las dudas, para estar del lado de ellos, ser lo más normal posible. Amalia se aleja de nosotros y se sienta una fila más adelante, sola, llora de emoción. Tiene los cachetes más colorados que nunca, y encima antes de salir se excedió con el rubor; dobla y desdobra una servilleta para limpiarse los mocos, la agota. Se nos acerca Carmen, la fonoaudióloga. Saluda primero a Amalia, se abrazan como si se hubieran hecho amigas. Me pregunto cuándo pasó, dónde estuve, todos los lugares donde no estoy.

Julia la mira y agacha la cabeza. Papá se levanta de la silla para saludarla y en ese

movimiento, recibo una ráfaga de su colonia 4711. Los olores dulces me calman, me gustaría ser hombre para usar esa colonia. Se acomoda la corbata, le da la mano con su mejor sonrisa. Papá no es lindo como mamá, pero usa ropa elegante, corbatas Hermés, maneja autos caros y dice que tiene buen gusto. Yo le creo.

—¿Te acordás? —me pregunta—. Es una de las fonoaudiólogas de mamá. Se llama Adelaida. Amalia lo interrumpe.

—Papá, ella es Carmen, la del sanatorio.

Se acerca a mí y me dice: “Cómo está la más chiquita de las Tres Marías”. Me explica que así nos llama mamá cuando se refiere a nosotras dentro de la liga. Todavía le cuesta decir nuestros nombres, entonces con Amalia elaboró un código que el equipo de rehabilitación aprobó enseguida, en vez de nombrar a sus hijas, señala una constelación en el cielo. Mamá nos puso María a las tres como primer o segundo nombre. Según papá, una idea genial para estas circunstancias.

La fonoaudióloga baja hasta mi altura y me habla al oído solo a mí. Antes de incorporarse y caminar hacia adelante.

—Tu mamá habla de vos todo el tiempo.

Julia escucha y me mira, me preocupa lo que mamá haya dicho de mí. Desde que pasó el accidente, papá dice que perdió los filtros, no guarda bien mis secretos, las cosas que me dan vergüenza, como cuando tengo pesadillas y me hago pis.

La conferencia sigue, papá no para de mirar el reloj. Mientras, mamá está en una fiesta, rodeada de personas desconocidas. Algunas aplauden, otras sonríen, una mujer dos asientos atrás mío llora con ruido, desconsolada. Me subo a la falda de papá, que vuelve a mover la pierna nervioso. Bajo enseguida y empiezo a navegar debajo de las sillas hasta que me choco con Carmen, que me levanta del piso y me sienta encima suyo. Esto no termina, me acaricia el pelo y señala a mamá que está a punto de hablar. Sus puntas del brushing hacen un baile, las veo rebotar, se acerca al micrófono y dice:

—¡No puedo, pero bien!

Sale rápido, nerviosa hacia la fila. Carmen aplaude, me hace una seña para que haga lo mismo, aplaudir no vale nada. El resto de mi familia parece esconderse de lo que acaba de decir mamá. La conferencia termina y Carmen me pide que la salude con un beso. Le digo que no, pero igual me acaricia el cachete. Corro hacia mi familia porque va a bajar mamá. Entre sillas de ruedas y personas asistidas, tarda en llegar hacia nosotros.

La esperamos los cuatro en la salida, sin decir nada, mirando alrededor, desde donde viene el único ruido. Mamá se despide de todos sus compañeros de rehabilitación con afecto, no para de sonreír. Yo pienso que es la enferma más linda del salón. Pasa un hombre de la edad de papá con la cabeza cubierta por una venda y papá me dice: “Mirá, una momia”. Mamá tarda en llegar, ninguna de mis hermanas festeja ese chiste abrupto, papá le pide a Amalia que vaya a apurarla,

que vamos a perder la reserva sorpresa para celebrar en un restorán del centro.

Llegamos a Oviedo, nos sentamos en una de las mesas redondas, las que son para días de festejo. Si fuera una noche como cualquier otra, papá hubiera elegido una rectangular. El ambiente nos hace sentir más cómodos a todos. Los mozos son amigos de papá, de esa otra vida que lleva en el centro los días de semana. Hablan de apuestas, preguntan por un padrillo de Estados Unidos, uno nuevo e inigualable. Se palmean la espalda, papá les pone plata en los bolsillos.

Mientras todos terminan de tomar el café cortado y yo mezclo en sus pocillos usados azúcar con sal y mayonesa, siento que me convierto en una hechicera. Pido algunos deseos en voz baja y revuelvo la pócima mágica. Le agrego una copita que le invitaron a mamá de limoncello y ella no piensa tomar. Julia imita a algunos de los compañeros de mamá preguntando qué es lo que tienen, si van a mejorar. Mamá trata de explicarlo y papá resume. Terminamos escuchándolo a él, pero no es una competencia, a ella no le importa. Yo repito las preguntas de Julia, quiero llamar la atención a todos al mismo tiempo. Volvemos a ser felices.

Tercera parte

La abuela dice que el tiempo vuela. Se lo dice a Elvira, se lo dice a mamá, a Ofelia, al verdulero, a sus hermanas por teléfono. “No hay nada de qué preocuparse”, dice, “el tiempo vuela y se va”. Yo la escucho, pero no la tomo tan en serio porque es vieja y todo lo ve como si mañana fuera el último día. Todos estos meses, repitió y repitió que el tiempo volaba como los pájaros. Es la avioneta que surca su destino incierto, todo va a pasar rápido, pero mamá sigue confundida desde el invierno, aprendiendo a hablar de nuevo como si fuera un bebé, acomodándose en un ritmo lento. Tengo que tener paciencia. En una semana empiezan las vacaciones de primavera y puedo notar cómo el tiempo este año se me hizo lento y pegajoso. Las maestras me perdonaron las tareas, aunque igual estoy cansada.

Pero esta semana hubo esperanza: papá compró una camioneta, enorme, del color del mar Caribe. No conozco a nadie que tenga una camioneta tan grande, mucho menos de ese color, que me deja ver llegar a mi familia desde muy lejos. Es viernes, el primer día húmedo y caluroso del año.

Me buscan a la salida del colegio con mamá, me siento liviana: volvemos al campo. Papá estaciona en la puerta sobre la senda amarilla que dice “Despacio Escuela”. Apenas los veo, señalo la camioneta a la celadora para que me deje salir. Mamá baja la ventanilla para que la reconozcan, me abren la reja y salgo corriendo. Hay una ola de secuestros en colegios privados y como al mío va la hija del presidente, las medidas para salir están más estrictas que nunca. A principios de este año, en la tele, vimos a una egresada, la sobrina de un socio de papá, que la agarraron saliendo del cine. La tuvieron dos horas perdida del mundo, quién sabe dónde. Mamá estuvo traumada varias semanas con la noticia y decía: “Mejor ni imaginar, pobrecita”. Amalia opina que la chica no volvió a ser la misma.

Es la primera vez que volvemos al campo en familia. Pregunto por mis bombachas.

—Las bombachas, ¡José! —grita mamá.

—Cristina, por favor, no es algo para hacerse problema, podemos comprar todas las bombachas que quieran.

Me parece raro viajar al campo con uniforme de colegio, pero como veo que mamá está preocupada, prefiero darle lugar a ella. En el tratamiento nos explicaron que si algo la altera, la

lengua se enreda todavía más y es imposible entenderla. Papá arranca la camioneta nueva diciendo que en la entrada del pueblo hay una tienda donde venden ropa de campo, que todo está solucionado.

Le pregunto a mamá por mis hermanas y me dice que tenían otro programa, van a venir el fin de semana que viene con sus novios. Se da vuelta, me mira. Escuchar hablar del campo como un lugar a donde volvemos pronto, se siente como recuperar un tesoro perdido. Le pido que me despierte en la estación de servicio de Zárate.

Papá habla solo todo el recorrido: de los frenos, los cambios, los parlantes de la camioneta nueva, el embrague que tiene que llevar a revisar cuando volvamos a Buenos Aires. Mamá no contesta, mira para atrás, me sonrío. Pregunto si estoy contenta, le digo que sí. En realidad, no es una pregunta. Dice: “Contenta”, pero igual respondo. No sé si es algo bueno o malo, pero ya me acostumbré a que me hable roto.

La ruta me tranquiliza, extraño los caballos, el olor a alfalfa, cabalgar bien rápido hacia la inmensidad de la llanura, superar el ritmo de mis hermanas mayores. Papá nos enseñó a andar con cierta imposición de una jerarquía. Me regaló mi propia montura inglesa y una fusta que, apenas me subo al caballo, ato entre los bastos para no contradecirlo, pero me rehúso a usar. Cuando salimos a la ruta, me promete que vamos a llegar antes de que se haga de noche así puedo dar una vuelta corta. Con esa promesa, me entrego al movimiento de las ruedas y me sumerjo en una siesta profunda.

—Mi amor, estamos, llegó —susurra mamá.

Abro los ojos, la camioneta está estacionada y papá se bajó. Mamá me ofrece un Tic Tac, y me levanto rápido para agarrarlo y mirar dónde estamos. Me doy cuenta de que ya pasamos por Zárate y estamos en el pueblo de Nogoyá, enfrente de unos silos de trigo. Nadie me despertó. Veo a papá abrir la puerta del auto con una bolsa. Se sienta y me dice, sonriendo:

—Tres bombachas nuevas y una boina de fieltro. Y la misma para vos, Cristina. Tomen.

Tira la bolsa hacia atrás para que la ataje como una bola, y enciende el motor, ansioso por avanzar. Le digo gracias. Abro la bolsa y le paso una boina verde, la más grande, a mamá. Vuelvo a mis bombachas. Hay tres: azules, marrones y blancas.

—¡Me encantan! No miren.

Me saco la pollera, me la cambio por las bombachas blancas. Arriba, sigo con el uniforme.

—¿A ver?

Mamá se da vuelta para chequear si son mi talle y sonrío. Papá cambia el casete y pone *Kilómetro 11*, de Tránsito Cocomarola. Es un casete que no escuchamos en la ciudad, pero acá lo pone siempre. Julia dice que cambia su forma de hablar cuando estamos en el campo, que habla como un gaucho y se viste distinto. Papá se pone a cantar, desafinando cada melodía. Grita, hace tiempo no lo veía con ese entusiasmo. Ni siquiera sabe bien la letra, pero canta para que lo escuchemos, ocupa todo el espacio con su voz, se apropia del ritmo y empieza a inventar una

canción:

—La tierra es nuestra, no nos abandonará jamás. ¡Vuelven los dueños del paraííííso terrenal, del trigo y las moscas, los gallos nos saludarááááán!

Me da un poco de vergüenza, pero mamá no para de reírse. Papá pone el guiño y doblamos hacia la tranquera blanca. Pido abrirla y bajo corriendo sin escuchar la respuesta. Cuando estoy así, con tanta felicidad acumulada, voy a otro ritmo; mamá dice que puedo lastimarme.

Abro la tranquera y me subo a una de las dos puertas para empujarla de un envión. Me quedo unos segundos ahí arriba, mirando el horizonte. El cielo está rosa, pronto va a ser de noche. El horizonte vacío hace de cualquier tristeza una anécdota. Papá cruza la tranquera tocándome la bocina. Cuando vuelvo a subirme, le pido que vayamos lento, que quiero mirar el campo, ver si nos cruzamos con una liebre.

—Acá el único que corre es el viento —dice al ritmo de lo que suena ahora: Violeta Parra. Así es él, puede pasar de Mozart a Los Hermanos Barrios con tal de hacer del presente algo suyo.

El cielo es enorme. Por un momento, siento que algo me falta en el centro del pecho, pero enseguida papá toca la bocina y me saca afuera. Pongo la mirada en el camino de tierra, marcado por una línea de castaños en flor. Mamá los mira y los ojos se le llenan de agua. Nunca hizo mucha gimnasia, pero le gusta caminar por ese sendero de castaños con la abuela y una canasta de mimbre que compró en Punta del Este. Recolectar los frutos para hacerlos en almíbar, un postre para grandes que le deja marcas en las manos de tanto pelar las castañas que pinchan. Bajo la ventana y me llega una ráfaga húmeda con aroma a arroyo. Me acuerdo de una de las últimas tardes del verano pasado, en donde me tiré al arroyo con Julia y vimos una anguila que nos hizo salir corriendo a los gritos.

Mamá ve un charco.

—Lluvia —¿pregunta o acierta?

Papá no responde, sigue cantando, mira el horizonte. Cruzamos el segundo guardaguanado y veo nuestra casa, los árboles quedan atrás. Quiero bajar corriendo, pero papá me dice que primero tenemos que saludar a Ramón, el casero, que vive en una casita versión miniatura de la nuestra. Papá frena en el jardín de la entrada.

Ramón sigue igual de gordo, a su lado está Miranda, su esposa, una mujer rubia. Mamá dice que tiene ascendencia polaca, usa el pelo cortado como un varón. Miranda es seria, pero me cae mucho mejor que Ramón y cocina increíble. Carga una bandeja con pastelitos de membrillo llenos de granas de colores. Nos convida uno para cada uno, mamá baja y la abraza. Miranda le dice que la ve bárbaro.

Abro la ventanilla, agarro un pastelito que empiezo a devorar, me como la masa y dejo el dulce, mientras papá le pide a Ramón que prepare a Lagartija, el criollo de Julia, para que pueda dar una vuelta antes de que se haga de noche. Lagartija es el más rápido de los criollos de papá y si Julia estuviera, no me dejaría usarlo. Ramón camina hacia el establo y nosotros avanzamos

con el auto hacia la casa, que está a unos cien metros de la de ellos. Apenas estacionamos, salgo corriendo a las caballerizas.

—Cambiá remera—me grita mamá, pero yo ya estoy lejos. El olor del pasto, la temperatura del viento y el aroma a fardo me traen a la memoria la última vez que estuve acá, desensillando mi caballo como siempre, creyendo que a la semana volveríamos.

Me subo a Lagartija con la emoción de estar trepando una montaña, y por un instante, la perspectiva desde su altura me hace sentir invencible. Hasta que avanzo unos pasos y me doy cuenta de que el caballo está cansado, cabecea para volver. Insisto un rato con las riendas bien cortas para que me lleve al lote de maíz y cuando finalmente lo logro, me aburro y decido volver. Está por llegar la noche, me doy cuenta de que todavía no recupero la costumbre de irme lejos, a pesar de que los caballos siempre conocen el camino. Damos la vuelta y Lagartija acelera. Me dejo llevar por la adrenalina, aflojo las riendas, cierro los ojos y ahora sí: estoy en el campo otra vez.

Papá sigue bajando los bolsos, el canasto lleno de frutas, unos frascos de perdices al escabeche que compramos en el camino. Me pregunta si usé la fusta, le digo que sí, mintiéndole. Miro a mamá desde lejos, sentada en la galería observando nuestra casa. Me pregunto si se había olvidado de cómo era. Le saco la montura a Lagartija y con la ayuda de Ramón, preparo la manguera para bañarlo; es mi forma de agradecerle por transpirar tanto. Le digo a Ramón que sé guardarlo sola, que puede irse. Me quedo con el caballo, aprovecho para hablarle.

—Julia vuelve pronto, el próximo fin de semana está acá. —Le acomodo el pelo mientras manguereo su panza, transpirada por la montura—. Mamá entró a una operación y salió sin poder hablar. De repente, todos se olvidaron del campo y ahora ella está en otro planeta.

Le acaricio el cuello largo hasta las patas delanteras y Lagartija se entrega, está menos arisca que de costumbre. Agacha la cabeza para buscar alfalfa del piso: quiere decir que tiene hambre, pero que también confía.

Mamá es la única de la familia que no anda a caballo. Nunca fue una aficionada, pero ahora, después del accidente, papá me avisó que lo tiene prohibido, que no insista. Los admira de lejos, sentada en la galería.

La saludo con la mano mientras le paso un cepillo a Lagartija, pero no me ve. Quiero que me mire. Termino rápido, guardo a Lagartija y me acerco a ella, son los últimos segundos de luz. Me pregunta cuál me parece el más lindo. Le digo que la más linda es Materia, pero que ahora está durmiendo y mañana papá la va a traer.

La agarro de la mano y tiro para que nos vayamos adentro. Ella no reacciona, parece tildada

mirando la puerta, ¿o no quiere entrar? Finalmente, respira fuerte y se levanta.

En el campo, apenas el sol se cuele por los postigos, salgo disparada de la cama como si llegara tarde a algún lado. Abro la puerta y me choco con papá.

—Te estaba yendo a buscar.

Me pide que lo siga y empieza a caminar hacia la cocina, atravesando el enorme comedor, el bar circular y el living. Había olvidado sus dimensiones, la casa es un castillo. Va abriendo cada una de las ventanas para airear a los espíritus. Según papá, alguna vez acá vivieron reyes, o condes, pero yo imagino otra cosa: una dama antigua versión litoral.

En un ritmo constante y acelerado, camina y lo sigo. Desde la ventana veo el gallinero, una gallina es acorralada por sus pollitos bebés. Qué hinchas, pienso, pero nadie nota la molestia porque son divinos. Sigo avanzando, me quedo unos segundos mirando la chimenea, recordando la última vez que vinimos, en Semana Santa. Mamá había convencido a la abuela para que viniera con nosotros. Se la pasó sentada en el sillón blanco frente al fuego, tejiendo algún chaleco para el hijo nuevo de alguien.

Sigo a papá hasta la cocina. Miranda me saluda y me trae una medialuna recién salida del horno envuelta en una servilleta. Me había olvidado lo rica que era su masa casera, mamá la admira por eso. Papá me pide que me apure, escucho el gallo entrando por la puerta. A nadie nunca le pareció buena idea que el gallinero estuviera tan cerca, de vez en cuando aparece una gallina en la galería y llena todo de plumas rojas con feo olor. Miranda lo echa de una patada bruta. El cielo recién empieza a aclarar, sigue naranja.

—Vamos, rápido —dice papá.

Está apurado, un padrillo nuevo de Estados Unidos va a cruzarse con Materia. De esa combinación, va a salir un potrillo que nos va a dar mucha plata. Al parecer, es un evento importante y dice que voy a aprender mucho.

Le pido que me espere y corro de vuelta por el pasillo, pisadas que retumban y hacen eco. Todo es majestuoso en este lado de la tierra, el campo me infla el pecho. Voy a saludar a mamá a su habitación. Entro y veo que sigue en la cama, con los ojos cerrados. Le beso la frente y ella abre los ojos, me hace una caricia en el cachete y los vuelve a cerrar. Parece estar en cualquier otro lado. Es la secuela más grande, de la que nadie habla, una que persiste: está cansada.

—Vaya, amor, vaya. Necesito dormir.

Papá pega un grito desde la cocina y vuelvo picando. La acción me saca de la tristeza, ojalá aprendiera eso para siempre. Tiene mi campera en la mano y me hace un gesto para que corra. La agarro, busco mi boina en el perchero y me la acomodo mientras avanzo siguiéndolo por la galería española. Se lo ve emocionado, imagino que eso que llaman cruce de caballos se trata de una especie de danza y presentación, como si los caballos se pusieran de novios.

Es muy temprano, pero el calor ya es húmedo, insoportable. Unos peones nos reciben en la puerta de las caballerizas y nos meten en uno de los boxes, el más grande. Lo primero que veo es a Materia con el bozal puesto, sostenida por dos o tres peones preparados para controlar sus movimientos. Materia, mi amiga, igual de brillante y potra como siempre. Contengo el aire, puedo ver cómo la extraño, quiero acercarme a abrazarla, no sé cómo contenerme. Avanzo y papá me frena.

—Todavía no.

Un hombre vestido de saco y camisa está sentado en una esquina del cubículo, agarrado a unas carpetas y unos papeles, listo para certificar la cruce. Papá lo saluda con la mano, hablan de números, el hombre tiene olor a cigarrillo y es viejo. Los peones terminan de cepillar a una Materia resplandeciente y suave, papá me suelta la mano y dice que ahora sí puedo acercarme a saludarla, antes de que llegue “su novio”. Todos los hombres, incluido mi papá, se ríen apenas termina de decirlo.

Corro hacia ella. Le acaricio la luna blanca que tiene en el centro de los ojos, apoyo mi cara sobre su cuerpo para sentir el olor ahumado, la suavidad de su pelo. No puedo evitar sonreír por volver a tocar esa luna brillante. Nos miramos, la abrazo del cuello. Materia es alta, su pelo color chocolate está sedoso; tiene las piernas estilizadas. Desde que nació, me deja entrar a su corral con soltura, viene a buscarme a la tranquera y me lame el pelo. Soy la única a la que le busca la espalda con el hocico para que le juegue o le haga mimos en la cruz del cuerpo. Le pido a papá que me la regale. El hombre de saco y camisa se ríe, después tose. Dice que Materia vale mucha, pero mucha plata, que todavía tiene que trabajar.

Después de dar órdenes, papá me dice que me quede a un costado del box en el que esperamos al padrillo. Me explica que bajo ningún concepto puedo moverme de ahí, que los padrillos se ponen eufóricos en el momento de la cruce y es muy peligroso, pesan alrededor de quinientos kilos.

Los pasos del animal golpean la herradura en el cemento y enseguida lo veo entrar con un tubo gigante entre las piernas, del color de la sangre. Me tapo los ojos, el señor de traje se ríe, el padrillo relincha furioso y me agarro a la pared del vértice. Tengo miedo por Materia, quiero acercarme a ella y ante el impulso, uno de los peones me agarra del brazo bien fuerte, para que

me quede en el rincón. Lo miro a los ojos, busco a papá que mira al padrillo con una sonrisa diabólica, ciego de triunfo. Lo veo acercándose más y más a él, pide que le saquen una foto.

—¡Miren qué bestia preciosa! ¡Mírenla! —dice.

Sé que no vemos lo mismo. Está orgulloso, se aleja hacia el otro lado del caballo, me pierde de vista. Logran sacar la foto, pero a los segundos el caballo se descontrola, lanza relinchos agudos, quedamos encerrados en el box con la bestia rampante. Me acurruco más y más en una esquina, busco a Materia con la mirada, me escondo sobre un montón de alfalfa. El padrillo le pisa el pie a papá, los dos gritan a la vez y el caballo sale corriendo hacia afuera. Los peones desatan sus cuerdas de la cintura y corren a atraparlo.

Para eso tienen esas fajas ridículas llenas de cosas y cuchillos, pienso. Papá cae al piso, pega un grito, se queja de dolor. Varios cuidadores aparecen desde afuera y logran atajar al animal. Se llevan a Materia, me mira antes de que la saquen, tirándole desde el bozal bien fuerte. Quiero llamarla, gritar su nombre, pero me confundo.

—¡Mamá!

El sonido del campo es distinto. Las chicharras cantan todo el tiempo, hacen del silencio algo punzante. El molino gira lento, casi nunca hay viento. Escucho que una gallina da pasitos cortos y apresurados, es la hora de la siesta y el calor es insoportable. Después de almorzar, mamá y papá se acuestan a dormir. Ella insiste con que la digestión es importante, no me deja salir, mucho menos bañarme en el tanque, hasta que mi cuerpo no asimile la comida.

Intento estar un rato quieta, tirada en mi habitación, y hacerle caso, pero me cuesta cerrar los ojos y descansar cuando es de día. Además, hace tanto que no vengo. Desde el principio de nuestros tiempos en esta estancia, arriba del respaldo de mi cama hay una cruz en donde vive una araña. Me quedo mirándola un rato, tan quieta en su refugio. Espero acostada. Abro los postigos de la habitación sin hacer ruido y salgo para ir a visitar a Materia.

En cuanto me ve acercarme, empieza a caminar a paso lento, tímida y cabizbaja, directo hacia la tranquera. Prefiero treparla antes que abrirla. Además, al mediodía, los peones duermen y la dejan atada con candado. Me subo y quedo en la cima, logro estar a su altura, cerca de su metro setenta. Materia empieza a rascarse el lomo con la puerta pidiéndome amor. Le acaricio la trompa, recorriendo cada una de sus venas con mis dedos, Materia me da un empujoncito en la rodilla para que no pare.

Me bajo de su lado del corral y la abrazo.

—Te extrañé —le digo, y sé que ella también.

Ahora, que estamos juntas de nuevo, le cuesta soltarse. Se rasca con mi hombro para sacudir la emoción y salir del abrazo, la forma más apacible de buscar aire. Empieza a trotar en círculos. El entrenador de Materia le dijo a papá que hace eso cuando está relajada. Me siento en el centro del corral y ella empieza a dar vueltas a mi alrededor, como si me estuviera mostrando lo que puede hacer, cada vez más rápido. Trota, galopa, trota, se tira panza arriba en el piso, se rasca la espalda contra el pasto, bien cerca de mí. A pesar del tamaño no tengo miedo, es ella y confío. Se recompone, me mira y le hablo bajito. Saco del bolsillo unas ramitas de alfalfa. Materia se pega a mi cuerpo, entregándose a la curiosidad.

—Pareciera que no pasó nada y pasó todo —le digo.

Después de olfatearme y aceptar la comida, empieza a resoplar. Yo aprovecho para sacarle los abrojos de las crines.

Papá decide que volvamos a Buenos Aires mañana en vez del lunes.

—Pero acabamos de llegar —me quejo.

—Me tienen que revisar el pie, a ver si no lo tengo quebrado.

Le duele, renguea, dice malas palabras y aprieta los dientes. Un varón dolido o enojado es insoportable. Si algo le duele, se convierte en ogro. Le repite a mamá que todo le salió mal, que ni siquiera se cruzaron. Estamos en el cuarto, y parece hablar solo.

—¿Sabés cuánto me costó esta fractura, Cristina? No querés saber.

Mamá se peina en el baño en suite con la puerta abierta. No le responde, cepilla su pelo fino bien lento frente al espejo, pareciera querer entrar a otra dimensión. Desliza, desde el mango, las cerdas suaves de bambú de manera casi hipnótica, ganándole a la paciencia. Se pone unas gotitas de aceite de jojoba alrededor de los ojos, perfume en las muñecas. Termina y se queda ahí un rato, mirándose, completamente inmóvil. Papá habla, yo la miro desde la cama, estoy acostada de su lado. En el otro, él mira las carreras. Anota en la revista del hipódromo los resultados que aparecen en la pantalla. Lo interrumpo para que me muestre el pie.

—Quiero ver.

Papá corre la manta escocesa sin sacar los ojos de la pantalla. Levanta la bolsa de hielo y le veo un huevo moretoneado color azul en el empeine. Un asco, un cerro entre los dedos. Mamá sale del baño, mira el pie de papá y dice:

—¿Comimos empanadas?

Todavía nadie comió nada, pero ella sigue conjugando mal los verbos. Papá ya no la corrige, es el que más rápido se acostumbró y el que más lo acepta. Le pide que le traiga las empanadas a la cama, que no puede forzar el pie.

—Yo también quiero comer en la cama.

La sigo hasta la cocina haciéndome que patino con las medias, quiero asegurarme que entendió bien. A veces, si es muy tarde, las cosas se le mezclan y es capaz de confundir un martillo por una empanada, una taza por una campera, un lápiz por un avestruz. Es ahí donde algo se rompió, donde desconfío de su forma de pensar. Saca del horno la fuente, pasa las empanadas una por una a un plato grande y me lo entrega.

—Voy con ejercicios, que mañana salimos temprano.

Llegamos a la ciudad. Bajamos de la autopista y siento una palmadita de mamá en la rodilla. Escucho el bullicio de la avenida Maipú, vuelvo a acostumbrarme a algo que no quiero. Doblamos en Madero, y ya puedo ver la reja de mi casa. Del otro lado, están Mariano y Amalia sentados en los escalones de la entrada, recostado uno sobre el otro. Mariano tiene los ojos cerrados apuntando al sol, parece enceguecido. Amalia escucha la bocina de papá y se levanta de golpe para abrirnos la reja. Me pregunto si nos estaban esperando. Los dos sonríen. Entramos con la camioneta:

—¡Cómo duele! Llegamos con lo justo —dice papá, se queja. Tengo miedo de que le tengan que cortar el pie con un serrucho, o que por la cicatriz le entre un gusano y se le pudra la pierna, lo vi en una película. Amalia golpea la ventana del auto. Le sonrío, tengo ganas de abrazarla. Julia y Tatu salen de casa de la mano, siempre pegados, igual de insoportables que cuando me fui. Me pregunto si habrá hecho un asalto mientras no estuvimos, cuánta gente entró a casa, y si él durmió en mi cama. Sé que jamás me diría la verdad, tiene miedo de que se me escape. Julia dice que hablo mucho.

—Trajimos quesos de la ruta y castañas en almíbar —le cuento, mientras abro la puerta y salgo lo más lento posible, como un perezoso, para no tener que ayudar a bajar las cosas.

Julia me corre la cara y me choca las manos, se hace la canchera porque está Tatu. Mientras entramos, le cuento que vi a Materia, pero tampoco me da bola. Cuando está él, es así, pero yo insisto con mi derecho de hermana, más incondicional que cualquier novio, y le tiro del brazo, apartándola de él, trayendo su cuerpo lungo hacia mí, y en voz baja, le cuento:

—Creo que Materia y el padrillo no pudieron tener hijos.

Julia se ríe.

—¿Y vos qué sabés de eso?

Me sacude un poco el pelo como si fuera su perro y vuelve a su novio, tiene toda la atención en él.

Mamá va con Amalia a la cocina a acomodar lo que trajimos. Me siento en la barra y las veo

ordenar, separar los congelados de lo que tiene temperatura ambiente, apilar tupperes, doblar manteles. Hablan de los ejercicios de rehabilitación, mamá dice que no pudo, que papá está mal. Lo escucho caminar con dificultad, renguea hacia la entrada. Tira las llaves de la camioneta en una banqueta del palier, se queja de dolor y se va a su cuarto. Sin saludar, le pide a Elvira que le lleve hielo y un vaso de whisky.

—No estoy para nadie —avisa, perdiéndose por el pasillo.

Lo veo alejarse, la puerta de su habitación se cierra y pienso que desaparecer es una decisión. Mamá escucha el portazo y deja caer los tupperes, se agarra la cara. Amalia le pone la mano en la espalda y le pregunta:

—¿Pasó algo, ma?

Mamá llora, dice que no puede. Hace meses que la escuchamos decir no puedo. Amalia me dice que vaya para mi cuarto.

—Te aviso cuando haya que comer.

Entre Mariano y Elvira ayudan a papá a caminar. Le dicen que vaya al médico, pero él insiste en que es solo un golpe, aunque pasar unos días en reposo para que se le desinflame el chichón del empeine lo mata. Cada vez que mamá o papá dicen que algo los va a matar, el corazón se me detiene. A él, los médicos le dan miedo, dice que a cierta edad hay que evitarlos porque el que busca encuentra. No le entran los zapatos, salvo unas alpargatas que solo le veo puestas en la playa, pero él está convencido de que va a aflojar.

—Tengo problemas más graves —responde.

Elvira avisa que está la comida. Mamá sugiere que pongamos la mesa en el comedor del living, la que usamos cuando vienen visitas o cuando tenemos motivos para celebrar, pero nadie quiere molestar a papá, que decidió quedarse ahí al fondo, en el escritorio, haciendo llamadas. Habla fuerte, pregunta al otro lado del teléfono por padrillos americanos, especialmente por uno que se llama Ally; dice que necesita una cruz a más antes de que vuelva a Estados Unidos.

—¡No puedo gastar más en genética, Pascual! —grita.

Pascual es el cuidador. Según papá, la persona que más sabe de yeguas pura sangre que conoció en la vida. Fue el que domó a Materia, y una vez me contó que la vio nacer en el campo. Papá jura y me promete que ese día intentó despertarme, pero yo era chica y no puedo recordarlo. Me acerco al living para espiarlo a ver si menciona su nombre, quiero saber si está bien. Elvira me viene a buscar y me agarra del brazo para que vuelva a la cocina, dice que están todos sentados esperándome.

—Se enfría.

Todos menos él.

Se queda en el escritorio hasta tarde. El resto ya comimos y nos tiramos en el sillón a mirar *Laberinto* por décima vez. Somos una familia sin sobremesa, pero si algo nos gusta es dejarnos hipnotizar por la tele durante horas, entrar en la emoción de las historias de otros, especialmente ahora que papá está tan tenso. A los varones, en cambio, les cuesta concentrarse en la televisión, hablan e interrumpen lo que dicen los personajes. Tatu le pregunta a Mariano si sabía que el personaje de David Bowie lo iba a hacer Michael Jackson. Mariano cree que hubiera estado mejor. Vemos pasar a papá, que avisa que se va a dormir y que mañana tiene un día largo.

—Hay comida —le dice mamá, pero él sale sin responder.

Cuando ya está lejos, Amalia se larga a llorar despacio, Mariano la abraza.

—No te preocupes, mañana a la mañana le decimos.

Mamá la acaricia, le alcanza una carilina. Le da un beso a Mariano en la cabeza y le dice que es divino.

—¿Decirle qué? —pregunto.

—Nos vamos a casar —responde Amalia.

La miro a Julia, que está excitadísima con la noticia. Me cuenta que ella ya lo sabía: Mariano le pidió casamiento el fin de semana mientras nosotros no estábamos. Mamá pide que vuelvan a contar cómo fue, Julia quiere ver de nuevo el anillo de compromiso, no puede creer que Amalia recibió su primer diamante. Me explica que querían esperar a papá para contarles a todos juntos y hacer un brindis. Amalia deja de llorar y nos envuelve un silencio incómodo. No estoy lista para que la vida avance así de rápido.

Papá pasó la semana en la cama, casi sin levantarse ni apagar el canal de las carreras. Todos los días, vi a mamá asomarse a la puerta de la habitación sin animarse a entrar. La escuché ensayar algunas palabras de consuelo que no le salían, la vi asustarse. Como si su cuarto lo hubiera tomado un lobo, mamá espera a que él se duerma para meterse en la cama. Aprovecha que papá tarda en dormirse y duplica los ejercicios de la fonoaudióloga, sentada en la cocina hasta que la casa se vuelve silenciosa. Soy yo la que me acerco a despedirla todas las noches. Ahora que Amalia está por casarse, vuelvo a agarrarme a la ilusión de que se cure.

Es sábado, me despierto con Amalia entrando a nuestro cuarto a despertar a Julia, que abre los ojos enseguida

—¿Y? —dice Julia.

Amalia se sienta en su cama. Las miro, pero sigo sin levantarme, las escucho conversar en voz baja.

—No dijo mucho, solo que el lunes vamos a salir a cenar a un lugar lindo para hacerlo más formal. Me pidió que le dé tiempo.

—Mamá piensa que debe estar celoso.

Salgo de la cama de un salto, me subo a la de Julia.

—Mamá no entiende nada —digo, y las dos se ríen.

Amalia dice que estoy despeinada, me agarra el pelo, propone hacerme una trenza cosida.

Las escucho hablar de la gran fiesta. Todo ronda en torno al vestido. Julia saca del cajón de la mesa de luz un pilón de revistas de moda y las empiezan a mirar una por una. Trato de que Amalia no descuide el peinado que me está haciendo, me acomodo encima suyo para controlar su excitación por cada foto que Julia va señalando en las páginas que corren.

—Podés mandarte a hacer una capita de piel como esta.

Si algo de lo que ven les gusta a las dos, cortan la hoja y yo las voy apilando sobre mis rodillas. Son revistas importadas que Julia guarda como si fueran de porcelana y me amenaza si llego a tocarlas. A veces jugamos a ver cuál modelo que va pasando elegimos ser. Ella es más rápida para clavar el dedo en la hoja, yo pierdo tiempo tratando de descifrar cuál va a elegir, en vez de pensar qué me gusta a mí.

Amalia nos cuenta que estuvo pidiendo entrevistas con diferentes diseñadoras de vestidos de novia que le recomendaron las amigas, y que mamá le dijo que va a preguntarle a su amiga que hace ropa, Cecilia White, pero Julia dice que no puede pedirle nada a nadie todavía, que mejor que no cuente con eso. Las dos se miran, hacen silencio, pienso que Amalia va a llorar, pero sacude sus malos pensamientos y dice:

—Mirá cuando llegue tu turno.

—¿Te imaginás?

Julia cuenta que Tatu le dijo te amo el mismo día que la conoció, que quiere que estén juntos para toda la vida, pero que ella todavía no sabe. Lo que está segura es que quiere que su vestido sea de colores.

Desde la primavera que no volvemos al campo. Mamá sigue con los ejercicios, dice mal los nombres de los novios de mis hermanas, se confunde los días de la semana y la mayoría de los verbos. Amalia le repite:

—Presente y pasado son cosas distintas.

Ya no tiene tanta paciencia, pero necesita que llegue al casamiento más recuperada, evitar cualquier papelón. La buena noticia es que le devolvieron el registro, de a poco se anima a manejar y hace una semana que retomó el pool. Ahora que llegó el calor definitivo y falta poco para que terminen las clases, me doy cuenta de que este año no aprendí nada, que el colegio fue lo más fácil del mundo, que nadie me controló la tarea y me dejaron de retar.

Desde lo de mamá, Julia y Tatu se pelearon tres veces y se volvieron a arreglar. Papá se mejoró de la pisada del padrillo más rápido de lo que esperaba, ahora es solamente una cascarita. Igual, mamá sigue preocupada, dice que no sale de casa porque está deprimido, cree que perdió plata. Amalia ya le avisó que no tiene que decir esas cosas delante de mí, que no son verdad, pero con todas las dudas que acumulé este año, perdí interés en lo que es cierto.

Las últimas semanas, los preparativos de la fiesta de Amalia taparon todos los problemas. Finalmente, se decidieron por un disc jockey que a Julia le parece antiguo. Estuvo días y días insistiendo con otro, Vortex Sonoro, pero a pesar de tener mejores recomendaciones, ella tiene miedo de contratarlo porque pasó música en una fiesta que terminó en llamas, dice que quizás trae mala suerte.

La mamá de Mariano viene mucho a casa, pasa a buscar a Amalia para hacer pruebas de platos en diferentes hoteles de lujo de la ciudad.

—Ojo que vas a engordar y no te va a entrar el vestido —le advierte Elvira. Hoy a la tarde, llegó de probar unas opciones para la mesa de postres en el hotel Alvear, y dijo que no comía hasta mañana. Se hace de noche y va a la heladera a buscar un yogurt.

Se sienta en la mesa conmigo y con Julia. Mamá termina de pasarle un pincel con huevo a una tarta para llevar al horno. Papá es otro que se saltea la cena y eso me asusta porque recuerdo lo que dijo una vez la abuela: “Lo primero que se deshace de una familia es la mesa”. Sale de su habitación, escucho esa forma de caminar nueva que tiene, más pausada, un tambor grave y

pesado. Pasa por la puerta del comedor y no saluda. Sigue hacia el escritorio, hace algunas llamadas, se pelea con alguien.

Es viernes, me quedo dormida viendo la tele en la cama de Julia. En medio de la noche, ella se mueve, me da una patada y caigo al piso. El golpe es suave por los miles de almohadones que quedaron tirados desde ayer. La tele sigue encendida. Sé que es tarde porque no hay más programación y sobre la pantalla hay un sol y una luna, el logo del último canal que vimos. Me levanto a apagarla y pasar a mi cama. Pienso que es mi imaginación, porque es casi el amanecer, pero me doy cuenta de que el teléfono está sonando y me asusto. Me acuesto rápido, me tapo con el acolchado que está frío. Julia ronca al lado mío, el teléfono sigue sonando. Me acerco a Julia para ver si reacciona, pero no registra nada, tiene la boca abierta como un pez. Desde otro lado de la casa, alguien descuelga. La curiosidad es más fuerte que el miedo, y salgo de la habitación haciendo el menor ruido posible. Camino hasta el escritorio, siguiendo una voz.

—Esperame. Esperame que busco para anotar —dice.

Es papá.

—No me cortes, Pascual.

Sigo su voz hasta que lo encuentro sentado en el escritorio, igual que estuvo toda la semana. ¿Habrá pasado así también las noches? Tiene un pijama azul y rojo a cuadros. Corro a la cocina y descuelgo. Pascual habla del campeón de la Carrera de las Estrellas del año pasado. Le pasa un horario y una dirección. Papá se muestra emocionado, le dice que le debe una. Corta el teléfono, escucho que se mueve más rápido, tanto que no logro volver a mi cuarto antes de tiempo y me pesca por el pasillo. Se asusta. Primero me dice que es tarde, después se corrige y dice que es temprano. Me pregunta qué hago despierta y le digo que no tengo sueño.

—Quiero ver a Materia —le digo.

—Bueno, quizás hoy es tu día de suerte. Materia llega a Buenos Aires.

—¿Va a correr?

—No, va a convertirse en madre.

Quiero seguir preguntando, pero me da la impresión de que papá pierde rápido la paciencia. Me agarra de la mano y empieza a caminar hacia mi habitación.

—Vamos, a dormir, que vas a despertar a tus hermanas.

—No tengo sueño, ya es de día. ¿Cuándo llega?

—Más tarde.

Hace un chiste y dice que, desde que pasó lo de mamá, me convertí en la niña que no duerme, que a partir de ahora me va a llamar así. Papá se ríe como no lo hacía desde que volvimos al campo, como suele ser él: demasiado esperanzado, siempre más confiado que el resto, demasiado feliz. Es cierto que dormir me asusta, tengo miedo de perderme de algo. Camino lento para que

no lleguemos nunca a mi cuarto, hasta que papá se rinde y me dice que si me duermo rápido, lo puedo acompañar a la tarde a visitar a Materia.

—Pero para eso tenés que descansar porque va a ser largo y vamos a volver tarde.

Salgo corriendo al cuarto, abro la puerta, Julia sigue durmiendo un sueño profundo, no hay manera de que se despierte. Las cotorras, desde el jardín, ya arrancaron con sus graznidos agudos. La luz de la mañana se filtra por las persianas, y puedo ver cómo mi hermana sigue roncando. Me río, no puedo creer que hoy voy a ver a Materia. Me tapo la cara con la sábana e imagino el día que se viene.

Es sábado, mis hermanas tienen planes. Julia va a una fiesta de cumpleaños con sus amigas hasta tarde. Amalia salió a cenar con la familia de Mariano, incluidos los tíos y primos que todavía no conoce, para darles la noticia. Nos contó que los padres de Mariano ya la presentan como parte de su familia, y ella fantasea con cambiarse el apellido, jugar a ser otra.

La abuela vino de visita y trajo crepes de una fábrica de pastas de Recoleta, mamá asegura que es la mejor del mundo. Dice eso de cualquier cosa cuando Elvira tiene franco, y no tiene ganas de cocinar. Es la primera noche de calor e inauguramos las cenas en la galería. Papá vuelve a tener hambre, dice que están buenísimos y los devora. Me pregunto si los hombres son los únicos que pueden comer con la boca abierta sin que nadie les diga nada. Le pide a mamá que traiga el vino, que quiere una copa. Cuando me case, no quiero que me den órdenes, no quiero que me digan qué hacer. Mamá, igual, está contenta: finalmente papá salió de la cama y vuelve a ocupar su lugar en la mesa.

Le trae una copa servida que él termina en un solo sorbo, como si fuera agua. Dice que es tarde, que tiene que ir a recibir a Materia al stud. Me levanto de la silla, le aviso a mamá que voy con él. Está a punto de decir algo en contra, pero no le sale, tarda en articular y aparece Julia, brillando con su look de mujer. La abuela la mira y se le iluminan los ojos. Julia se da cuenta:

—Llegó tu nieta favorita.

Es seductora, parece atrapar a toda la familia con una red; yo vivo ahí adentro hace años. Tiene pintados los labios de rojo, un exceso de rubor fucsia. Parece más grande, se puso un chalequito peludo blanco sin nada abajo y una pollera verde de satén.

—¿Es muy corta? —pregunta, acomodándose la parte de atrás de la tela color lima para que no se le vea la cola. La respuesta es obvia, solo quiere que le digamos que está linda. Agarra la copa vacía de papá y se sirve Coca. Mamá sonríe.

—Una bella —dice.

Julia vestida de grande y Amalia a punto de casarse. Corro a buscar mi campera Barbour y salgo con papá.

La primera parada que hacemos es en el stud. Materia ya llegó, un petisero le avisa a papá que la recibieron a la tarde, antes de lo previsto.

—Es sábado y la ruta estaba vacía —dice.

Papá me da permiso para que vaya a saludarla mientras con uno de los petiseros enganchan el trailer a la camioneta. Camino hacia el fondo de las caballerizas, enciendo las luces una por una. Los caballos se levantan curiosos. Alguno relincha, otro pateo. Siento el olor a caballo, olor a felicidad. Desde los postigos de cada uno de los boxes, veo cuál duerme acostado y cuál de pie. Papá me explicó que los caballos pueden dormir parados. Lo hacen a modo de supervivencia, para mantenerse alertas.

Llego casi hasta el fondo y noto que Materia es la única que tiene la cabeza afuera. Quizás porque me siente, sale a buscarme con el hocico. Entro a su box y la abrazo, le acaricio las patas delanteras, le doy un beso en el copete y me doy cuenta de que me reconoce porque empuja con el hocico para que siga. ¿Sabrá que va a convertirse en mamá? Me pregunto si va a dejar de ser mi amiga o si no preferirá seguir corriendo.

La voz de papá retumba en el pasillo. Materia lo escucha y empieza a sacudir la cola, como si quisiera salir. Le hago un shhhh, pero papá habla como si los caballos no descansaran, me grita para que vaya con él. Agarro un último ramo de alfalfa y se lo doy a mi amiga en la boca, la abrazo fuerte. Últimamente, las cosas cambian todo el tiempo y tengo miedo de que esta sea la última vez que seamos solo nosotras dos.

Salimos en la camioneta con el trailer vacío. Papá me cuenta que vamos a buscar al padrillo que va a convertirse en el novio de Materia. Le pregunto si no es el mismo que vimos en el campo y me dice que no, que ese es una porquería que lo lastimó, que Materia se merece lo mejor. Mientras maneja por la autopista, voy contando las luces que pasamos: uno, dos, tres, veinte. Papá habla.

—El padrillo de un hijo de Materia tiene que ser un campeón.

Me cuenta que se llama Ally, que significa aliado en inglés. Nació en Palm Beach y ahora

continúa su carrera por Chile y Argentina. Imagino un caballo con un collar de flores en el cuello, papá con muchas copas distintas en hipódromos del mundo. Imagino que el hijo de Materia hereda la misma lunita en su frente. Pregunto si el padrillo es suyo y se ríe. Me dice que el hijo va a ser mejor, que no hay como la genética de Materia.

El cielo en la autopista tiene el color del vino, mostrando su último ardor. Maneja con la radio AM prendida y en cada kilómetro hasta General Rodríguez, se hace más y más de noche. La radio habla de una empresa de Estados Unidos que compró Cablevisión. Dicen que al presidente no se le ocurre ningún gobernador para su próxima candidatura y entrevistan a Mirtha Legrand, que vuelve a hablar por primera vez después de la muerte de su marido. Papá sube el volumen. Mirtha Legrand le dice al locutor: “¿Y a quién seduciré ahora?”. Papá se ríe. Inmediatamente después, baja el volumen y me pregunta si tengo sueño.

—Ya estamos por llegar.

Sale de la ruta y dobla por un camino de tierra. Hacemos unas cuadras rebotando sobre las piedritas hasta que disminuye la velocidad y entra por una tranquera que dice Haras La Lucía. Pascual está al final del camino de eucaliptos, parado en la entrada hacia los establos, haciéndole señas para que estacione el trailer de culata hacia el galpón. Para cuando llegamos, la única luz es de la camioneta, que deja ver el color del pasto, el lapacho gris de la tranquera, y a Pascual guiando a papá para que avance hacia donde él le hace señas. Papá abre la ventana.

—¡Qué hacés, campeón!

Pascual le hace señas con la mano para que hable más bajo. Entra por un galpón hacia las caballerizas y vuelve con Ally. El caballo negro y brillante cabecea incómodo por el bozal, pero Pascual lo agarra del cuello y lo calma enseguida. Tiene las crines peinadas con trenzas y gomitas rojas, músculos gruesos, enormes.

—Esperame acá —me dice.

Sale de la camioneta ansioso. Entre los dos, meten al padrillo en el trailer bastante rápido y emprendemos viaje hacia el stud. Por la concentración y el silencio con el que nos llevamos al animal, pareciera que estamos haciendo algo que no sabe nadie más que nosotros. Me pregunto si mamá tiene idea de dónde estamos.

La ruta está vacía, no se ve nada a los costados, salvo por algunos camiones que pasan encandilándonos con sus luces delanteras. Siempre que viajamos de día, me distraigo leyendo los nombres de las estancias que van pasando, pero ahora no se puede ver nada. Me acuerdo del verano pasado: fuimos y vinimos al campo varias veces manejando con mamá porque Julia tenía que rendir exámenes. Había que llevarla, esperar que apruebe y volver. Entonces inventamos un juego juntas, tenía que adivinar el kilómetro en donde se ubicaban las que más o menos solíamos reconocer. Los ombúes, La paciencia, El cardón y San Javier.

Noto que toma otro camino, ni luces ni autopista, solo una ruta oscura y algún camión pasándonos de repente. Pascual me pregunta si me gustan los caballos. Le digo que sí,

especialmente Materia. Papá le cuenta que la yegua se acerca siempre a mí. Yo le explico que es mi amiga.

—Quizás me sale cuidadora y te hace la competencia —le dice a Pascual.

Cuando escucho eso, me incorporo y me acerco a los asientos delanteros. Le cuento a Pascual que es cierto, que cuando sea grande quiero cuidar caballos.

—Entonces tenés que venir a La Lucía, a que te enseñe cómo domar de chiquita. Eso es importante.

Papá me promete que vamos a ir pronto, que tienen como quinientos caballos de polo y de carrera. Hay diferentes formas de convertir un caballo salvaje en uno que pueda ser montado. Su instinto es huir de las personas, domarlo significa sacarle ese miedo. Hay una forma de hacerlo a la fuerza, usando el látigo. Y hay otra, la que Pascual aprendió de los indios, en la que solo se tiene que tener paciencia. Papá me dijo que sale más caro, pero es mejor. Una vez lo vimos: se gana la confianza del animal y termina arriba en cuestión de minutos, o los dos acostados.

—Pascual doma caballos en todas partes del mundo, hasta en Turquía —agrega y la camioneta pega un salto bruto y los tres nos elevamos hacia el techo.

Papá dice que no se ve nada.

—Tranquilo, fue un bache —responde Pascual.

Se agarra de la manija de la puerta y me pregunta si estoy bien. Le digo que sí.

Avanzamos unos metros más y papá nota que se nos está torciendo el trailer hacia un lado. Empieza a volantear hacia un costado. Ally relincha desde atrás, se mueve desesperado. Por el movimiento del animal, papá pierde el control de la camioneta por un segundo, sale del carril y vuelve a entrar. Pascual le dice a papá que se fije, que parece que pinchamos una rueda. Papá dice que no, pero Pascual lo obliga a frenar.

—Algo le pasa al padrillo —dice.

En el medio de la noche, estaciona la camioneta en la banquina. Ally pega un resoplido desde el compartimento de atrás. Se siente como un estruendo, como si con ese largo aliento, se hubiera desplomado contra el piso de acero. Papá apaga el motor y salen con Pascual corriendo hacia atrás. Me dicen que no me mueva de donde estoy.

Me late fuerte el corazón. Me doy vuelta para mirar desde el vidrio de atrás cómo papá abre la puerta del trailer. Se mete adentro. Ally está agitado, pareciera que no puede levantarse. Pascual agarra a papá del brazo y lo aleja del caballo, le pide que lo deje ver qué tiene. Está inquieto.

—Cálmate —le dice Pascual.

Examina a Ally, que hace unos gemidos extraños, unos que no escuché nunca de un caballo. Trato de mirar por el espejo retrovisor. Papá está parado afuera, temblando. Me adelanto hacia el asiento de copiloto para meter la mano en la guantera y buscar su virgencita negra. La agarro bien fuerte con mi mano y vuelvo a sentarme atrás, donde me dijeron. Pascual se acerca a papá, baja la cabeza, le agarra el hombro, lo abraza.

—No hay remedio.

Mi papá grita.

—Tiene quebrada la pata.

Se escuchan unos perros salvajes ladrar desde lejos, quizás picándole el lomo a algún ternero. Los que andan solos a la noche en el campo no son perros buenos. Son lobos buscándose la vida. Me pongo a llorar, vuelvo a preguntarme si mamá sabe que estoy acá. Quiero salir de la camioneta, ir con mi papá, pero tengo miedo de hacer algo mal. Cada tanto, pasa algún camión de carga como si fuera un rayo.

Me quedo quieta donde me dijeron, busco a mi papá: se agarra la cabeza, pateo la tierra de la banquina, pega otro grito apretando los dientes. Pascual le dice que se tranquilice, le toca la espalda, y pide que no haga ruido así no me asusto. Se alejan para hablar. El caballo es un peso rotundo que siento respirar cada vez más rápido, ya casi sin fuerza. Los dos vuelven a acercarse al trailer y noto que intentan empujar a Ally hacia afuera. Le gritan, lo empujan, casi que lo tiran por la rampa de la puerta. El caballo se queja, queda tirado en la banquina. Papá se sienta al lado del padrillo y le acaricia el cuello, apoya su cabeza sobre la del animal. Sin darme cuenta, mientras miro a papá, Pascual abre la puerta. Me seco los ojos bien rápido.

—Quedate tranquila ahí en tu lugar.

Me pide que ponga la traba mientras cambian la rueda. Me mira las manos, transpiradas, estrangulando a la virgencita. Enciende las balizas.

—No pasa nada, ya volvemos.

Pascual agarra un botiquín y cierra la puerta. Antes de salir prende la radio y me pregunta qué música quiero escuchar. No sé qué responder.

—¿Esta radio está bien? —dice.

Asiento con la cabeza, tengo miedo.

—¿Lo van a operar? —pregunto.

No me responde, sube el volumen de la radio, suena “Libros Sapienciales”, de Vox Dei, él se aleja corriendo. Saca de su botiquín un dispositivo de metal y la aguja más grande que vi en mi vida. Papá empieza a caminar hacia un costado de la ruta, alejándose de nosotros, metiéndose en la oscuridad del campo, no sé si es para no mirar lo que hace Pascual o para desaparecer en la profundidad de una noche sin luna. Hay un último relincho y un temblor fatídico en el cuerpo del animal. Lloro, hago ruido. No paro de llorar.

Papá vuelve corriendo a la camioneta, entra y me abraza. Me dice que no pasó nada, que ya está. Lloramos juntos. Creo que nunca lo había visto llorar. Pasamos un rato abrazados mientras Pascual cambia la rueda del trailer. Se acomoda en el asiento de copiloto, espera que Pascual vuelva a acercarse a nosotros y le dice:

—Vos manejas.

Todavía es de noche, aunque de a poco empieza a aclarar y los pájaros ya están hablando en su idioma. Me desperté por las maniobras rústicas de Pascual para estacionar el trailer en la entrada del stud. La habilidad que tiene con los caballos es contraria a su capacidad de conducción, pareciera a punto de pegarle a la puerta. Siento fastidio, debe ser el sueño.

Me bajo de la camioneta y avanzo hacia las caballerizas sin pedir permiso. Papá me ve entrar pero no dice nada, está ocupado desenganchando el trailer e igual que yo, tiene ganas de irse a dormir. El olor a alfalfa me trae un poco de calma, por fin algo conocido. Me rasco los ojos, arrastro los pies hasta el box de Materia.

No estaba despierta a esta hora desde la fiesta de Año Nuevo, aunque tampoco tengo reloj para verificarlo, tengo miedo de que mamá esté preocupada y eso le haga mal. “Nada de exabruptos”, dijo el médico. Dejo la campera en la puerta de la oficina y avanzo hacia donde los caballos duermen. Voy espiando uno por uno, fantaseo con una cama adentro de sus habitaciones llenas de pasto y con tener, algún día, un hotel para caballos. Camino hasta llegar al fondo, donde está mi amiga, que me recibe despierta. Se acerca a los postigos mascando pasto, me da un golpecito en el hombro, todo lo malo se olvida.

—Volví.

Le acaricio la cabeza, le acomodo el flequillo enredado igual que hace mamá conmigo. Las luces están encendidas, pero el resto de los caballos duermen. La zona de las caballerizas es un pasillo largo y estrecho, hecho de madera y ladrillo, bien angosto, aunque no tanto como una manga. En la entrada, se bifurca hacia un ala en donde están la cocina, la oficina de los cuidadores y una sala de estar. Por todos lados, hay posters colgados de caballos, que fue coleccionando papá. El más grande es mi preferido, uno que muestra las diferentes razas: árabe, bretón, criollo, pura sangre, islándico, andaluz, asno, mula, cuarto de milla. Hay medallas de carreras ganadas, segundos premios, herraduras amuradas que papá dice que traen suerte, pero a mí me sigue pareciendo raro que los caballos vivan con zapatos atornillados. Papá se asoma desde la entrada y me vigila a lo lejos. Nos miramos fijo mientras camina hacia la oficina detrás de Pascual, un gesto suficiente para saber que puedo quedarme un rato más con ella. Nunca la veo a estas horas. Me meto adentro de su box y vuelvo a cerrar la puerta para que no se escape.

Solo ella me deja meterme así tan fácil; sé bien que hoy nadie va a castigarme. Levanto unas ramitas de alfalfa del piso y le doy de comer. Siento que viene alguien, es Pascual que se acerca hacia nosotras. Trato de no hacer ruido para que no me vea, pero parece olerme. Mete la cabeza por la reja de la ventana.

—Vine a dejar el botiquín en el cajón veterinario —avisa.

Es cierto que está al fondo. Se queda un rato quieto, mirándonos, no sé si esperando que diga algo o si para saludar a Materia.

—¿Estás bien ahí? —susurra.

Le digo que sí con la cabeza y se vuelve a ir. Su presencia me trae de nuevo el cuerpo de Ally, sus músculos millonarios tirados como basura al costado de la ruta. Pienso en los perros que aullaban ahí hace media hora, si estarán mordiéndole las patas, si alguien se lo habrá llevado. Acaricio el lomo de Materia para olvidarme, sentir que estoy a salvo. Escucho que papá pregunta por mí y voy con él.

Ya en la oficina, un despacho con papeles y guías de ganado, un poco venido a menos, papá sugiere que me acueste y duerma un rato en el sillón de la sala de al lado. Tengo tanto sueño que hago caso sin discutir y me tiro en un Chesterfield viejo de gamuza que compró mamá para nuestra casa, pero al mes hicieron una renovación y lo trajeron para acá. Papá me alcanza una manta gris para taparme, seguro tiene pulgas, dice que tiene que resolver unos asuntos antes de volver a casa, que por favor descanse.

Cuando me despierto, asoma la primera luz del día. La puerta está abierta y puedo ver a Pascual de espaldas a mí, calentando agua en la cocina. Le pregunto dónde está papá, pero no llega a escuchar lo que dije y me saluda:

—Buen día.

Pregunta si tengo hambre. Salgo asustada a buscarlo a los boxes, corro y lo encuentro al fondo con Materia, acariciándole la cabeza. Me hace señas para que me acerque.

—No se corre en las caballerizas.

Papá corta pedazos de una manzana y se los da.

—Ya lo sé, pero tengo miedo.

No son horas para retarme. Le pido un pedazo para darle en la boca a nuestra yegua. Nos quedamos un ratito ahí, sin nada qué decir, mirándola, terminando la manzana, hasta que respira hondo y sugiere que comamos algo, que hay medialunas.

—Desayunamos y volvemos a casa.

Caminamos a la cocina, donde Pascual está sentado en una silla, cebándose un mate. El reloj de la pared marca las cinco. Nos cuenta que ya no va a dormir, y que si algún día quiero cuidar caballos de carrera como él, tengo que acostumbrarme a madrugar a esta hora. Eso para mí no es

un problema, papá dice que soy la niña que no duerme. Lo veo buscar su agenda mientras avisa que va a meter el trailer adentro del garaje así nos vamos, que lo espere. Me quedo sentada en la mesa de la cocina con Pascual, me ofrece un mate. Acepto, y a pesar de que no me gusta lo amargo que lo toma, doy un sorbo y le pregunto:

—¿Por qué no salvó a Ally?

No sé por qué, pero lo trato de usted. Pascual se acomoda el pelo antes de hablar, piensa un buen rato.

—Ally nunca más iba a ser el mismo, ningún animal puede vivir con tanto dolor. Lo mejor que se puede hacer es ahorrarles el sufrimiento, dejarlos ir.

Ceba otro mate y me lo alcanza; se levanta de la silla y se ubica en una más cercana. Me mira.

—Ahora ya nadie sufre. El seguro va a cubrir la deuda y tu papá va a estar bien.

Papá interrumpe con las llaves del auto en la mano, se agarra una medialuna más y dice:

—No hay como los amigos.

Me acaricia el pelo, agarra la virgen del bolsillo y le pide a Pascual que le dé un beso a la estatuita que lleva a todos lados.

—A partir de ahora, ella también te va a cuidar a vos.

Cerramos los postigos de las caballerizas, ponemos candados en las rejas. Les decimos adiós a los caballos; adiós y buenos días, como a los porteros. Agarro mi campera y salimos. Se dan un abrazo, se palmean la espalda y papá le cuenta, por primera vez a un desconocido, que Amalia se va a casar. Lo invita a la fiesta.

Vuelvo del colegio con calor. Voy a la heladera a buscar un palito de helado casero de los que prepara Elvira. No son mis preferidos, pero es lo que tengo cerca. Queda una semana para que el colegio se termine. Hoy a la mañana, mamá le mencionó a Elvira que vamos a ir al campo a pasar las fiestas; la invitó a venir a trabajar allá con su hija y su nieto y Elvira aceptó.

Salgo de la cocina y veo la cartera de la abuela en la banqueta de la entrada.

—¡Abuela!

La busco por los pasillos de toda la casa hasta que escucho su voz venir desde el cuarto de mamá y papá. Algo no está bien, dice que Materia es un capricho, me acerco a la puerta para ver qué pasa. Está sentada en la cama, entro y me da un beso, pero se mantiene seria. No se alegra de verme, no festeja.

Espero un rato pegada a ella a ver si me trajo chocolates del centro o algo rico. Se está quejando y no quiere perder el hilo de lo que tiene para decir. Mamá me da un beso y sigue acomodando las corbatas de papá en el vestidor, en donde tienen un lugar exclusivo. Me acuerdo de cuando mamá solo podía decir eso, “corbata”, lo poco que puede servir esa palabra y todo lo que ocupan en ese espacio; el tiempo que pasó.

Se concentra en el pliegue de seda desde donde engancha una por una. La abuela habla, está enojada, no entiendo bien por qué. Mamá arranca la tarea en un ritmo delicado y cadencioso, pero cuanto más la escucha, su desprolijidad se eleva tocando el cielo. No la soporta más, pero no dice nada, sigue. La fonoaudióloga lo dijo muy claro: “Todavía no puede discutir, no está lista para eso”, Amalia nos aclaró que es lo más difícil de recuperar y que quizás sea algo imposible. A mamá le gusta que lo sepamos, un mensaje de paz que reparte en todos lados, pero la abuela no lo cree y sigue.

Se lo repitió toda la semana, que Materia había costado demasiada plata, más de la que teníamos. Mamá le llegó a cortar el teléfono, pero ahora que vino a visitarla, no puede escapar. Le llena la cabeza, insiste con que hay algo raro en papá, que lo tiene que tener cortito.

—¡Lo dicen las cartas!

Trato de interrumpir tirándome en la cama grande y encendiendo el televisor. Están pasando un capítulo de *El Zorro*, subo el volumen bien fuerte, pienso que quizás así puede darse cuenta,

hacer silencio de una buena vez, pero no alcanza.

—Tenés que hablar, te digo que tenés que hablar con José y pedirle que frene, Cristina.

Pero se olvida de que todavía no sabe hablar. Me paro sobre la cama y grito:

—¡Abuela, basta!

Me pongo enfrente de mamá, soy su escudo. Me da la mano para que baje y me pide que la acompañe a dejar a la abuela a su casa, que es tarde.

—Va a traficar —dice, en vez de va a haber tráfico.

La abuela se calla, su cara hierve. Camina hacia la entrada a buscar sus cosas. Las dos fruncen el ceño, es cuando más se parecen.

Ahora que mamá volvió a manejar, pide que la acompañemos a donde sea que tenga que ir. Pasamos el peaje y vamos rápido por autopista. Antes de llegar, la abuela vuelve a insistir con que hable con papá sobre Materia, trata de decirlo bien, pero está nerviosa. Mamá frena el auto, ella finalmente se calla. La abuela agarra la cartera, abre la puerta del auto y la cierra de un portazo. Mamá queda furiosa, le pega al volante para sacarse la frustración. Respira hondo, se da vuelta hacia mí y dice:

—Por fin. Vamos al Patio Bullrich.

Es su shopping preferido. Hay solo tiendas exclusivas, la mayoría importadas, dice que ahí está la gente bien. No me queda claro qué es eso. Me paso adelante por entre los dos asientos sin necesidad de salir del auto. Mamá arranca y le pido cambiar la música, pongo lo que más le gusta, el *Álbum blanco* de los Beatles. Ahora que quedamos solas, se afloja, tararea sin saber la letra, dice palabras solo suyas, palabras que no existen. Leo las letras del librito que viene con el CD. Tapo su voz con la mía, la única manera de corregirla sin que le afecte.

Cuando llegamos, se acelera. Sigue furiosa, pero no va a decirlo. Entramos a la primera tienda que ve, una con vestidos para nenas, ideales para mí. Dice que me pruebe uno negro de terciopelo, carísimo.

—Para el cansamiento —dice.

Me río de esa palabra inventada, pero mamá ni se da cuenta. Le pregunto si negro no es mucho, si está bien que me vista de ese color. Sé que de blanco no se puede, ese es el color de la novia, pero imaginaba más un lila, a lo sumo un verde musgo. Ella dice que el negro es para los grandes y yo ya crecí. Me acompaña al probador, me ayuda a abotonar la espalda del vestido y me pide una vuelteita. Su mirada brilla, se le borró la preocupación. La abrazo.

Papá tiene las llaves del auto en la mano, está impaciente. Da vuelta por los pasillos, va y viene al compás del “vamos”.

—Vamos, vamos que es tarde.

Amalia se quedó adentro del Ford T porque si se mueve va a arrugar el vestido. La diseñadora lleva la cola doblada encima suyo. Mide alrededor de cuatro metros. Elvira está nerviosa porque papá le pide que por favor se apure, que dependemos de ella. La luz del lavadero es la única prendida de la casa. Un tubo de led que está sobre la bacha y cada vez que se ilumina, lo enfría todo.

No deberíamos estar de vuelta en casa, pero la iglesia está a cinco cuadras y hoy es sábado: todos los locales cerraron. Es imposible conseguir unas ballerinas nuevas para reemplazar las que arruiné pisando caca de perro en la entrada de la Catedral San Gabriel. Me bajé del auto por la puerta de la calle de manera atolondrada, excitadísima. Escuché tanto hablar de este día.

Mi hermana está más linda que nunca, a pesar de que hace cinco días que se alimenta a base de caldo de huesos para que le entre el vestido. Quería verla salir del auto antes que los demás, aparecer en las primeras fotos de su casamiento y no pude resistirme a la ansiedad de acortar camino por el pasto, donde terminé pisando la caca de un perro. Elvira dijo que volviéramos a casa, que mis zapatos se podían limpiar y secar con un secador. A papá le pareció buena idea.

—Vamos.

Son ballerinas de satén blanco, mamá dice que son difíciles de conseguir incluso en días hábiles porque son importadas. Elvira abre la canilla, agarra un producto del armario y un cepillo, comienza a sacarles la caca de perro.

—Cómo se le ocurrió a tu madre comprártelas blancas —dice papá desde la puerta.

Mamá y Julia quedaron en la iglesia con la familia de Mariano. Cuando salimos, ya estaba llena. Me pregunto si van a contar a los invitados que el retraso es por mi culpa. Ruego que no, siento que lo arruiné todo. Corro al baño de mamá, busco el secador más potente de la casa y se lo llevo a Elvira para que deje de mirarme tan mal. En la otra mano, tengo un perfume que saqué del baño, así se saca el olor feo después de limpiarme los zapatos.

Se secan y salimos corriendo de nuevo al Ford T que alquiló papá para darse un gusto en la

fiesta de su hija. Hay quinientos invitados. Amalia me dejó invitar a doce compañeras y sus respectivas familias. Amigos de Julia también hay varios, y amigos de Tatu.

La ceremonia comienza quince minutos más tarde. Pidieron que los case el cura de Fátima, Ernesto. A Amalia le gusta escucharlo los domingos que va a su iglesia, dice que sus palabras la acompañaron mucho con todo lo que pasamos con mamá. No es fácil pedir un sacerdote especial en tierra de otro sacerdote, pero papá movió sus hilos. Mamá dice que a este lo entiende.

—Es moderno, menos antiguo.

Es cierto que el cura de Fátima tiene más buena onda. En catequesis hay veces que toca la guitarra y yo me pregunto por qué tiene que estar tan solo para ser cura. Para ser cortejo, me obligaron a confesarme con él. Fui, me arrodillé y pensé en eso mientras el cura Ernesto me daba la bendición.

Tengo un vestido negro de terciopelo francés, una corona de flores blancas, medias canchán opacas, también blancas, y mis ballerinas. Todo nuevo para mi primera vez como cortejo de una novia. Volvemos a la iglesia en el auto. Apenas se cierran las puertas, noto que mi hermana huele a jazmín. Pareciera que la sigue una luz.

Sonríe y se levanta el vestido, mira hacia abajo buscando sus pies, con miedo a que se pierdan entre tanta tela. Tiene una hebilla color perla desde donde se engancha la cola. El pelo planchado con las puntas hacia adentro, a la moda. El encaje es el del vestido de la abuela, transformado ahora en las mangas de esta nueva versión de esa misma tela que comparten juntas. El ruido del motor suena rasposo, los vecinos salen a saludar a mi hermana, la novia. Papá les toca la bocina, orgulloso. Me pregunto si va a ser mamá dentro de poco. No quisiera que me saquen el lugar de la más chica.

Como a papá le concedieron el salón de socios del Hipódromo de Palermo, decidió no ahorrar en nada. Camino de vuelta a la ceremonia, maneja y le cuenta a Amalia que hasta los aperitivos tienen caviar, del negro y del rojo.

—Debería manejar un chofer, pa —dice Amalia.

—Todo va a salir espectacular —le responde y dobla en la cuadra de la iglesia.

La abuela está esperándonos en las escaleras de la capilla, la vemos desde lejos parada en la entrada, con su cartera Chanel y unos tacos mandados a hacer para la ocasión. Cuando nos ve, pega una especie de saltito. Nos señala llamando al fotógrafo mientras papá estaciona el Ford T con algunas dificultades.

—Es durísimo, pero mirá lo elegante, por favor.

No sé bien a quién le habla, pero Elvira es la única que responde. Amalia, en cambio, está preocupada por no pisar su vestido. La abuela se acerca al auto, junto a dos fotógrafos. El resto de los invitados ya están adentro, esperando a que el padre entregue a la novia en el altar. Un hombre viene hacia nosotros y papá le da las llaves del auto para que lo cambie de lugar. Se acomoda el saco de pingüino y se acerca a mi hermana.

—Tu mamá ya está adentro —dice la abuela. Le agarra los dos brazos a Amalia, no queda claro si se ríe o llora. Le da un beso.

Deja clara la duda con una carcajada al compás de un grito:

—¡Estás preciosa!

Mi hermana le pide que vaya a su lugar, y la abuela camina hacia la puerta mirando para atrás, como si estuviera a punto de perder a su primera nieta para siempre. Amalia, entre agitada y nerviosa, se pone colorada. Se toca los cachetes cargados de rubor con la mano para que se enfríen un poco. Pareciera estar dándose cuenta de algo nuevo, diferente. Trato de no perderla de vista para identificar qué es. Chequea la tela del vestido, la recorre con los ojos mientras posa para el camarógrafo. Sería un desperdicio si después no le convence cómo salió en el video de su casamiento, así que se esfuerza. El video es para siempre.

Estamos a pasos del portón grande de la iglesia y entonces la agarro de la mano para abrazarla, pero termino hundiéndome en un colchón de tela sin llegar a sentir a mi hermana, entre tantos géneros distintos. Le digo que la quiero, que no nos deje. Amalia ríe y me da un beso, los ojos le brillan. Mientras esperamos que abran, le pido su ramo para compararlo con el mío y cuando me lo da, noto que sus manos tiemblan.

Papá mira hacia adelante, le ofrece su brazo sin mover la mirada, fija hacia el destino final que es el portón de madera a punto de abrirse. Amalia revisa su hebilla con la mano como toque final antes de que abran las puertas. Le devuelvo el ramo. Sonríe a las luces de los flashes que no nos dejan ver, se acomoda el flequillo, le pregunta a la diseñadora si está bien y avanza, agarrada al brazo de papá. Yo voy adelante con una versión pequeña de su ramo de gardenias. El estruendo de las puertas de la iglesia es imponente, hace eco. La música empieza a sonar. Papá me hace un gesto con la cabeza para que alce el pecho y no vuelva a mirar para atrás.

Busco a Julia, está adelante de todo. Tiene un tapado de terciopelo negro y un vestido superapretado, mostrando que es escuálida, marcando sus tetas enormes. Parece una modelo que le gusta llamada Deborah, pero las tetas le pesan tanto que se las tapa cruzando los brazos o encogiendo los hombros. A ninguna de sus amigas le tocaron tetas tan grandes.

Los violines retumban hasta lo más alto de la cúpula celeste, donde unos ángeles se unen con un lazo. El eco es imponente, pareciera que la música sonara dos veces. Soy la primera en entrar. Puedo sentir a mi hermana y a mi papá atrás mío, pero no miro. Hago un paso y espero, otro paso y espero. Amalia me explicó cómo caminan los cortejos, vimos videos, dio órdenes que intento seguir ahora al pie de la letra. Es importante que no me acelere. Este es su momento, quiere disfrutarlo y hacer el recorrido sin prisa, al ritmo de la orquesta, saludando a los invitados de ambos lados, ver cuál llora, cuál no.

Cuando llega a sus bancos, les estira la mano a sus mejores amigas, que lloran por ella. A mitad de camino veo por primera vez a mamá, esperándonos a un costado del altar. Ahí cerca, están Julia y Tatu. Mamá tiene un vestido de shantung y escote cuadrado color verde inglés, un

chal que le cubre los hombros y una parte del cuello. Espera con cara muy seria. Por momentos se distrae y mira hacia el vitraux de las paredes.

Llego al altar y me siento con Julia, que llora con un pañuelo en la mano mientras Tatu le acaricia la espalda. A pesar de estar en una fiesta, no todo es felicidad. Amalia no va a ser más parte de mi familia, al menos no como antes.

Papá camina con Amalia, saluda con un guiño en el ojo al tío Alberto. Amalia intenta contenerse, pero tiene los ojos llorosos. Al final del camino está Mariano, que se va a convertir en su marido a la vista de todos. Se la va a llevar a vivir a otra casa, nueva, un departamento que le regalaron para el que todos los invitados compraron muebles, vajilla, vasos, un televisor. Mariano también mandó a hacer una pecera porque colecciona peces desde que es chico. Papá dice que los peces son mufa.

Papá despide a Amalia y ella le agarra la mano a Mariano. Busco a mamá, que está adelante, mirando hacia los novios sin reírse ni llorar. La ceremonia es corta y finalmente, los novios se aceptan el uno al otro. Lo dicen en voz alta para que todos lo escuchemos y coronan la unión con anillos de oro blanco, uno para cada uno. Papá me dijo que los anillos son un regalo de parte mía y de Julia. Se dan vuelta al público y todos aplaudimos. Se dan un beso mientras vuelve la orquesta bien fuerte. Es un beso muy diferente al que imaginaba, ni siquiera pega con la música, no es de los apasionados de las películas. La miro a Julia y hago una mueca de disgusto. Quiero más, pienso. Mi hermana deja de llorar y me devuelve la misma cara.

—Qué beso flojo —me susurra al oído.

En el auto, camino al hipódromo, Amalia ya no está. En su lugar se sienta Tatu. Llevamos a Elvira y a la abuela, yo voy arriba del novio de mi hermana. Mamá mira hacia la ventana, sigue seria, no se mueve, pareciera congelada. Con una mano, se agarra del botón que tiene el vestido a la altura de la cintura. Entramos al salón de socios del hipódromo. Ya hay varios invitados que se acercan a mi papá.

—¡No puede ser, qué espanto! ¡No sacaron los televisores! —se queja la abuela.

Siguen amurados en las esquinas, los mismos desde donde se pasa el resultado de las carreras. Julia dice que nuestra abuela tiene razón, esos cajones negros apagados arruinan toda la decoración. Papá me agarra la mano y avanza, los mozos lo saludan, algunos invitados se acercan a abrazarlo y darle las felicitaciones. Mamá camina medio paso atrás de él.

—¿La silla del saco? —pregunta.

Papá la mira confundido, pero después le dice que están en una fiesta, que hay guardarropas.

—¡Te olvidaste de eso, Cristina!

Seguimos caminando. Miro hacia atrás para que mamá no se pierda; a veces papá camina muy rápido. Llegamos hasta la mesa más grande, la número uno, él le señala una silla a mamá y le dice:

—Este es tu lugar.

Ella deja ahí su chal y seguimos. El vestido verde le combina con los ojos, tiene los labios pintados de bordó. Pareciera que nos sigue, pero no puede alcanzar el ritmo. No dejo de darme vuelta cada tanto, para que papá se dé cuenta y vaya más lento, pero no hace caso.

A unos metros, Tatu y Julia se dispersan hacia afuera para mirar la pista de carrera iluminada, es más linda de noche. Los veo correr hasta las barandas blancas del público. Me pregunto si todavía habrá caballos entrenando.

Papá me lleva hacia el fondo, abre una puerta de vidrio con una cortina pesada color azul y me dice que esa parte del salón la gobierna yo. Es un espacio único para los más chicos, las mismas mesas del salón para adultos, pero de mi tamaño. Los arreglos florales son otros, el menú incluye platos especiales que los grandes no tienen, como fideos y milanesas. Reconozco algunos hijos de amigos de mis papás que se acercan a saludarnos, un poco tímidos. Mamá viene apurada atrás, pregunta si voy a estar bien.

—Tengo que saludar —me dice antes de seguirlo, y la veo salir a los trotecitos hacia el otro lado del salón.

Hay casi cincuenta mesas vestidas de fiesta, llenas de geranios rosas y blancos, la veo alejarse. En ese espacio de chicos soy la estrella que guía a los demás. Tami entra un poco más tarde y me da un abrazo, estudia mi vestido de arriba abajo.

—No puedo creer que sea negro —dice que va a pedirle uno igual a su mamá.

No pasa mucho tiempo hasta que me doy cuenta de que todos en ese salón me siguen a mí. Tengo la fuerza de la influencia, puedo hacer lo que quiera. Elegir el juego, echar al que me molesta, imponer normas, pedirles que me escuchen y se callen. Miro de nuevo hacia el lado de los grandes para controlar si alguien nos ve y me da la impresión de que todo lo demás quedó muy lejos. Vamos con Tami y los demás chicos hacia una mesa redonda con un mantel blanco de pespuntos color rosa. Hay un arreglo floral de jazmines en el centro y varios platos acomodados para cada comensal: el de la entrada, el del pan, uno para postre y el principal. Agarro la tela con las dos manos, despacito, me aseguro de que todos los que estamos ahí me estén mirando y entonces tiro del mantel hasta sacudir las cosas por el aire: platos, vasos y cubiertos quedan desparramados sobre el parqué. Tami se asusta, pero algunos hijos de los amigos de mi papá, especialmente los varones, empiezan a festejarme. No los conozco, pero nos hacemos amigos pateando las paneras del piso como si fueran pelotas, corriendo alrededor del salón.

Mamá ya está muy lejos, no ve nada. Hay tres mozas que se quedan quietas, esperando que nos aburramos. Uno de mis nuevos amigos sugiere que vayamos afuera hasta la pista de carrera y entonces los mozos se acercan con cuidado para acomodar el desastre.

Después de comer el primer plato, suena el vals que nos llama hacia la pista. Todos se levantan de sus sillas. Salgo corriendo, atravieso las mesas con manos de personas que me reconocen y me quieren atrapar para saludarme, hacer algún comentario de cómo crecí y a quién me parezco más. Algunos obstáculos son imposibles de evadir, como el tío Alberto y su novia nueva. Finalmente, logro llegar a la pista. Soy de las primeras, busco a Julia y a mamá, pero solo me encuentro con Elvira.

Papá está en el centro inaugurando el vals con Amalia, baila de una manera bastante particular; ya nadie llora y todo el mundo los rodea. Mi hermana se ríe, se tapa la cara de vergüenza, quiere desaparecer. Papá exagera sus habilidades pegando saltos como los príncipes de los dibujos animados, yendo de acá para allá a una velocidad que no tiene nada que ver con la melodía. Entre cada pisada, parece soltarse al vacío, es imposible seguirle el ritmo. Pienso en salvarla, pero el vals es una danza de cortesía, la gracia está en pasar de hombre en hombre hasta que la salve el novio.

En la ronda, veo a Julia, que está con Tatu y sus amigas riéndose de papá. Amalia le hace un gesto a Mariano, que está hipnotizado bailando con su madre. Es igual a él en mujer y según mamá, una señora muy elegante a la que se le fue la mano con las cirugías. Termina siendo Amalia la que lo saca a bailar y no al revés. Nadie lo registra, pero apenas arrancó la fiesta y mi hermana ya transpira. Papá me ofrece bailar y salgo corriendo, buscando a mamá. Hay varios hombres esperando su turno para sacar a bailar a mi hermana.

Atravieso el círculo de parejas de baile, escabullida, dejándome llevar por un ritmo colectivo, me cruzo a Tatu y a Julia que bailan abrazados, como se bailan los lentos. Tatu me golpea la cabeza de manera amigable, no saben hacer nada solos, ni siquiera en una fiesta tan grande. La abuela baila con Elvira de la mano, como si fuera un código entre ellas, un chiste para los demás. Salgo al fondo de la ronda y en el borde de la pista, encuentro a mamá. Está sentada en su silla, parece esconderse dentro de una ronda chiquita de amigas. La agarran de la mano para que se levante y vaya a bailar, pero ella sonríe nerviosa y dice que le gusta quedarse tranquila.

—No es para mí —les dice a sus amigas.

Unas semanas antes de la fiesta, memorizó varias frases para no meter la pata y una es esa. Las

amigas le insisten y ella dice que no puede hasta que me ve y se levanta, me agarra de la mano para salir de ahí. De sus amigas, solo me saluda Raquel. Me dice: “Felicitaciones”, y me doy cuenta de que hoy toda mi familia es importante, la gente está atenta a nosotros.

La pista no tarda en desbordarse. Llegan más y más personas que bailan, saltan y gritan. Julia me explicó que para el postre hay que esperar despierta un buen rato, pero dormí la siesta y creo que, con esta euforia, puedo aguantar más de lo que piensan. Camino de la mano con mamá. Ella me pregunta si estoy bien, si comí rico. Le cuento que pedí papas fritas porque no me gustó la carne. Mamá intenta escuchar lo que digo, pero la música está tan fuerte, y la gente la interrumpe saludando, que no se puede concentrar. Parece mareada. Un fotógrafo nos frena, insiste en sacarnos una foto. Agarro del brazo a mamá y le respondo que sí sacando la lengua a cámara. Seguimos caminando y sin darme cuenta, nos alejamos de la pista por un pasillo hacia el baño.

—Está fuerte —dice mamá.

—Es que es una fiesta —levanto el volumen para que pueda oírme.

Desde el baño, todavía se escucha la música que hace latir las paredes, la gente gritando contenta. Hay una especie de tocador con espejos amplios, y una fila de mujeres esperando su turno para hacer pis. Mamá se acomoda la cintura del vestido mirándose en el espejo, como si algo de esa costura la molestara. Mira a las demás, una por una, especialmente a aquellas que esperan atentas al reflejo de mamá. Le digo que está linda. Saca de su sobre un labial y se renueva el color de los labios. Le digo que yo también quiero.

—Más tarde, con el cotillón —responde.

Uno de los grupos de mujeres que hacen fila la saludan. Le dicen que la ven mejor. Mamá se pone colorada. Le hacen preguntas y ella dice que está apurada. Repite: “No es para mí”.

Cuando estamos por salir, una amiga de Amalia pasa por delante y le pregunta dónde puede conseguir toallitas. Mamá responde que no está segura, que desde la operación ya no menstrúa. La chica no contesta, mira a mamá con desconcierto. La saco de ahí de la mano lo más rápido que puedo y volvemos a la pista, papá está haciendo el baile del robot en una ronda más comprimida, la gente lo aplaude.

Amalia y Mariano están alzados por sus amigos, los tiran al techo. La música dice que hay que levantar las palmas; todos los invitados lo hacen al mismo tiempo. Tatu nos ve y nos llama.

—¡Cristina, Amalia está preguntando por vos! Vení a bailar.

Mamá sonrío. Se le ponen los ojos húmedos, no entiendo si quiere o no volver a la pista. Saluda a Amalia con la mano desde lejos y se queda quieta ahí, apenas hamacando un poco las caderas, a otro ritmo, uno más lento. Le agarro las manos y le bailo, pero ella no me mira, parece estar esperando que la fiesta termine.

—Mamá, vení, quiero bailar con vos —digo.

Estudio cómo se mueven los más grandes, y trato de copiar los pasos. Mamá dice que la música está cada vez más fuerte. No estoy segura de si es una pregunta, pero le digo que está

bien. Ella se ríe, mira hacia la multitud, estudia la alegría. Papá sigue en el centro, bailando con una copa de whisky, tiene la camisa manchada y ya está sin el saco y la corbata, bastante transpirado, pasado por agua. Me pierdo de la música y la gente, sigo caminando, tirando a mamá de la mano, con miedo a perderla.

Me acerco a la puerta, salgo y, sin que nadie nos vea, la llevo hacia la parte trasera del hipódromo, donde están los establos. Apenas abrimos la puerta suspira, yo la miro y entiendo. Hace un gesto como sacándose algo de la frente y la cara. El olor a cigarrillo cambia por el de la alfalfa. Le tiro de la mano para seguir avanzando y ella se deja, no dice nada, me acompaña. Atravesamos las barandas hacia las caballerizas, se levanta el vestido y las salta, como si fuera el alambrado del campo. Se ríe, orgullosa de pasar sin romperse la ropa. Ahora, el sonido de la fiesta es solo una vibración. Un caballo resopla y la música queda atrás.

—Me estaba matando el ruido —dice.

Vuelvo a agarrarle la mano y sigo avanzando despacio hacia el fondo de los establos. Caminamos con cuidado por un pasillo oscuro lleno de caballos. Le hago una seña con la mano para que hagamos silencio y no se asusten. Frenamos a acariciar a los que tienen la cabeza afuera y seguimos. A esta hora, está todo apagado, vamos despacito para no tropezarnos. Escucho algunos relinchos y sigo avanzando, cada vez más lejos de la fiesta, esperando que, en algún momento, vuelva la luz.



Agradecimientos

A Angeles Salvador, Magalí Etchebarne, María Eva Álvarez, Flor Monfort, Gonzalo Bellver, Julieta Cabrera, Macarena del Corro, Conrado Estol y Adelaida Ruiz.

A Berlín y a Miso.

A Mercedes Moirón, Jimena Moirón y a mis padres.



Una madre regresa transformada a su casa, ocurrió un accidente durante una operación de rutina y ya no es la misma. Ha vuelto otra. Confunde las palabras, no se puede expresar con claridad, deben enseñarle a hablar de nuevo. En un hogar donde reinaba la abundancia, ahora faltará lo elemental. La lengua madre se ha quebrado y brilla por su ausencia el sentido. Su hija, una pequeña atenta que todo lo escucha, lo aprende, y otro tanto lo adivina, intentará hacer pie en un entorno hasta ayer seguro y familiar, hoy inestable y ominoso.

Con delicada lucidez, aparente ingenuidad y una gran capacidad para hacer foco en el dolor que se calla, Majo Moirón construyó la voz de una niña que consigue narrar para entender y se alza sobre lo incomprensible. Una novela tierna y a la vez sugerente sobre la fragilidad de lo que nos sostiene.

“Una familia es como un reloj, una brújula, un mapa. Contiene y orienta. Cuando se rompe una pieza también se pierden el tiempo y el espacio. En esta novela, un accidente irrumpe en el torrente de la palabra y la madre pierde el hilo del habla.

La hija menor queda a la deriva entre las hermanas, la empleada doméstica y unos padres no muy competentes. Un mundo de bombachas, caballos, camiones y novios se desparrama. Majo Moirón repara con el hilo dorado de su escritura y raptos de iluminación esa lengua rota”.

Marina Mariasch

“Majo Moirón construye la primera persona de una niña que intenta no sucumbir a la tristeza y al silencio una vez que su madre pierde, de la noche a la mañana, la capacidad de hablar. Entre hermanas y caballos, intentará mantenerse despierta para poder oír, entender, hacerse visible, y nos contará todo con ternura, algo de crueldad y muchísima gracia”.

Romina Paula



MAJO MOIRÓN

(1985) es escritora y guionista. Publicó los libros de relatos *Lobo rojo* (2013) y *Los lugares equivocados* (2020).

Foto de la autora: © Alejandra López

Moirón, Majo

La lengua rota / Majo Moirón. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2024.

(Ficción)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-780-487-4

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Foto de tapa: archivo personal de la autora

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

© 2024, Majo Moirón

Edición en formato digital: julio de 2024

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-780-487-4

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: [penguinlibrosar](https://www.facebook.com/penguinlibrosar)

Twitter: [penguinlibrosar](https://twitter.com/penguinlibrosar)

Instagram: [penguinlibrosar](https://www.instagram.com/penguinlibrosar)

Índice

La lengua rota

Dedicatoria

Epígrafe

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Segunda parte

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

Tercera parte

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos

Table of Contents

La lengua rota

Dedicatoria

Epígrafe

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Segunda parte

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

Tercera parte

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos